

Arwen McLane

Preso de su
Mirada

Saga Miradas con alma I

Preso de su mirada

Arwen McLane

Título: Preso de su mirada

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©ArwenMcLane

Primera edición noviembre de 2018

Diseño de cubierta: ArwenMcLane

©De la imagen de la cubierta: Adobe Stock.

Maquetación: ArwenMcLane

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

DEDICATORIA

Este libro se lo dedico principalmente a mi familia. A mi marido, por la gran paciencia que ha tenido para conmigo y por todo el apoyo que me ha brindado desde el principio. Por aguantar mis horas de escritura, mis horas de bloqueos, mis horas de «déjame nene que ahora estoy concentrada y como me desconcentre se fastidia el tema».

A mis dos maravillosos hijos por haber aguantado a una madre malhumorada, que no les dejaba levantar la voz más de lo necesario para que no la desconcentraran. Os quiero con todo mi corazón, chicos.

También se lo quiero dedicar a mi Noni García por toda su ayuda, ya que, en determinados momentos a la hora de escribir me surgieron dudas, y ahí estaba siempre ella para ayudarme. Miles de gracias por haber soportado cada una de mis preguntas y por tu santa paciencia cielín. ¡Te quiero un montón preciosa mía! Miles de gracias por todo.

Y finalmente, quiero darle las gracias y un abrazo enorme a mis tres mosqueteras. Raquel, Jess y Priscila. Las cuales me han apoyado desde el principio, me han dado ánimos para poder conseguir tener listo el libro y sobre todo a ti, Raquel, quiero darte las gracias de todo corazón, porque si no hubiera sido por ti, este libro no estaría actualmente donde está.

Un beso enorme chicas, os quiere hasta el infinito y más allá, vuestra «loca de la colina».

Índice

Tabla de contenido

[Sinopsis](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[REDES SOCIALES](#)

Sinopsis

Caleb, el Alfa de la manada Carras, sabe que su destino es estar solo. Cree que encontrar a su pareja es prácticamente imposible, ya que todo está en su contra.

Francisca Summers "Frankie", es una chica española, la cual viaja a Minnessota para trabajar en la Fundación Carras como secretaria y traductora. Siempre, en su infancia y adolescencia, tuvo problemas a causa de su "rasgo especial" y lo pasó muy mal. Por tanto, decide abandonar España y aceptar ese trabajo en el extranjero, dejando allí a sus padres y hermana. Solo quiere un cambio de aires y empezar de cero en una nueva ciudad, en un sitio donde nadie la conozca y no la puedan juzgar.

Pero lo que no se imagina, es el cambio que dará su vida, en cuanto atraviese las puertas de la Fundación Carras y conozca a su jefe, Caleb.

PRÓLOGO

Hace cientos de años en las tierras de la actual Canadá, habitaban muchas manadas de cambiantes. Todos ellos eran lobos, todos eran una gran comunidad, y todos vivían en paz.

Todas esas manadas y sus miembros, encontraban a su «pareja eterna de vida» usando su olfato, y en cuanto reconocían el característico olor que solo su compañera sagrada podía poseer; sabían que habían encontrado a la que sería su alma gemela, hasta que la muerte se los llevara a uno de los dos.

Todas, menos una manada...

La manada Carras.

Ellos eran diferentes. Esa manada no reconocía a su pareja con el olfato como las demás. Sino teniendo su futura pareja un color de ojos específico, y con el difícil añadido de saber que esa persona tenía que poseer un alma pura, un alma sin maldad en su interior.

Esas dos circunstancias, tenían que darse para que el miembro de esa manada reconociera a su «pareja eterna de vida».

Al nacer, la hechicera de esa manada, entregaba un pequeño cofre cerrado al padre de ese bebé. Y solo al cumplir la mayoría de edad, se le daba al varón o hembra de esa familia. En su interior, contenía un anillo con una piedra de un color. Ese color, indicaba la tonalidad de la mirada de la que sería la futura pareja de ese cambiante.

Podían tener a lo largo de su vida relaciones con mujeres con esa tonalidad en su mirada, pero no significaba que fuera su pareja. Eso solo se sabría, cuando el anillo cayera del dedo del portador.

Ese anillo era imposible de sacar del dedo en el que se introducía por mucho que se intentaba. Una vez puesto, quedaba ahí sellado hasta que quien lo poseía, miraba a los ojos a la que sería su «pareja eterna de vida» y el anillo en ese momento, se desprendía y caía.

A causa de esa característica especial, las manadas aliadas empezaron a desconfiar de la manada Carras. No los querían con ellos. Así que, para evitar futuras confrontaciones, decidieron emigrar a Estados Unidos, y con el paso de los siglos, se fueron asentando en diferentes ciudades.

Hasta nuestro presente. Donde la actual manada Carras, está asentada en el estado de Minnesota.

CAPITULO 1

Después de más de veinte horas entre diferentes vuelos y escalas, al fin llego al aeropuerto de Minnessota. Me dirijo al mostrador de información, y pregunto sobre la línea de autobús que tengo que coger para llegar a la dirección de la que será mi nueva casa. Una vez me la dan, me dirijo a la parada a esperarlo.

Miro el tiempo que le falta por llegar y casi me da un «patatús» al ver que le faltan treinta minutos. Así que cojo mis dos inmensas maletas, y me siento en el banco de la parada a esperar. Saco mi teléfono móvil del bolso, le conecto los auriculares y me pongo a escuchar un poco de música.

Recuesto la espalda en la cristalera que tengo detrás, cierro los ojos y empiezo a recordar a mis padres y el disgusto que les di, cuando les expliqué mi decisión de venir a vivir aquí, al haber sido aceptada para ocupar el puesto de secretaria de dirección para una gran multinacional.

El puesto requería carrera de secretariado, idiomas, «el castellano imprescindible», ya que según me comentó la señora que me hizo la entrevista por *Skype*, la empresa tenía pensado expandirse, y el primer lugar sería España. Así que el ser nativa supongo que me dio bastantes puntos para el puesto.

También el principal motivo de haber aceptado el trabajo, fue que necesitaba un cambio urgente de aires. Necesitaba salir de ese entorno, de mi barrio y de la gente que me conocía desde niña. Gente que a lo largo de mi vida me ha señalado con el dedo, adultos y niños que me han dado la espalda desde la época de estudiante en el colegio, por tener los ojos de un intenso color violeta.

Lo raro en sí no es que tuviera ese color, no; sino que ningún miembro de mi familia lo tiene, ni lo tuvo tampoco ningún ancestro. Todos ellos, han sido de ojos pardos, ¿pero violetas? Ninguno, nunca.

Así que era el «bicho raro» del barrio y del colegio.

Mi padre era inglés, conoció a mi madre cuando fue a Mallorca a veranear; se enamoraron, y ahí se quedó. Poca relación mantenemos con mi familia paterna. Solo tengo a mi abuela, la cual no quiere saber nada de su hijo, ya que lo dejó todo por mi madre. Así que decidió desheredar a mi

padre, «el cual es hijo único» después de decirle que no quería volver a saber nada más de él, ya que prefería a una extranjera a su propia sangre. Así que mi padre hizo las maletas y se fue a vivir con mi madre. Y ahí siguen. Tan enamorados como lo estaban hace veintiocho años.

Miro el reloj y veo que apenas han pasado quince minutos. Madre mía, el tiempo no corre. Entre el agotamiento que llevo y el *jet lag* que llevaré mañana al trabajo... Menuda impresión daré.

Me vuelvo a recostar contra la cristalera y recuerdo que no he llamado a mi madre tal y como le prometí que haría. Apago el reproductor y al ver que me queda poca batería decido esperar a llegar a casa para enchufarlo y así podré hablar tranquilamente con mis padres; a los cuales ya echo de menos.

Mi pobre madre se quedó llorando en la puerta de la terminal de salidas, mientras mi padre la abrazaba dándole consuelo. Sé que fue muy duro para ellos verme partir, pero entendieron perfectamente los motivos por los que tomé esa decisión, y por mucho que les dolió, la respaldaron. Pero lo que les prometí, fue que cuando me dieran vacaciones en el trabajo y en vacaciones de navidad, me tendrían siempre allí con ellos. Siempre.

Noto un ligero meneo en el banco y al abrir los ojos para ver que lo ha causado, veo que el bus que tengo que coger se está acercando. Así que cojo las maletas, saco el dinero y me preparo junto a los demás a hacer cola.

Casi una hora después llego a mi destino. Me bajo del autobús, y después de pedir la dirección a un par de personas, camino las tres calles que me faltan para llegar a mi nuevo hogar y cuando localizo el número me detengo delante de la puerta. Miro dos veces que el número que marca el portal sea el correcto comprobándolo con el que tengo apuntado en el papel. Me quedo completamente anonadada. Esto no puede ser verdad. Esto no me puede estar pasando a mí.

—Menuda... Mier... —susurro por lo bajo.

Si aquí es donde me tengo que alojar voy arreglada.

El portal parece que tiene más años que mi abuela y no tiene cerradura. La finca creo que fue construida a principios del siglo XX, o eso parece, porque las ventanas —algunas rotas y sin cristales— se ve que han pasado por tiempos mejores. La fachada es más negra que blanca por la suciedad que contiene y... —¿¡eso es una rata!?

—Ni de coña me quedo aquí —digo en alto.

—Tranquila muchacha, por dentro no es tan malo como parece por fuera.

Me doy la vuelta y me veo a una anciana cargada con varias bolsas de comida. Se ve que llega de la compra.

—Yo misma vivo en este edificio, y te garantizo que se está bien. Por dentro está reformado. El dueño se ocupó de ello hace un par de años. Crecí en este edificio y te digo que no estarás mal. Además, si vas a vivir en el tercer piso, creo que sería mejor que empezaras a subir las maletas, niña. Debes estar agotada por el largo vuelo.

—¿Sra. Smith? —le digo con una ceja levantada.

—Siempre causo esa reacción cuando me veis por primera vez— afirma riéndose. —Todos creéis que habláis con una mujer más joven que yo cuando me escucháis por teléfono, pero la realidad es bien diferente. A que sí. — Afirma con la cabeza al tiempo que me guiña un ojo. —Venga niña, subamos; pero antes déjame pasar por mi casa a por tus llaves, ¿ok? Dejo la compra y te enseño el piso.

Accedemos al interior del edificio y sí que se ven diferencias. Toda la entrada está pintada de blanco, está limpia, los buzones enteros y en buen estado, hay incluso una planta en una esquina para darle colorido —creo que una mini palmera—. Me recuerda a las que mi madre tiene en su balcón.

—Ven cielo, subamos y te indico, —me dice la Sra. Smith.

Después de subir los tres pisos cargada con mis maletas, llegamos a la puerta de la que será mi vivienda a partir de ahora. La Sra. Smith abre la puerta y me cede el paso. La verdad, es que a primera vista no me desagrada. Es un piso luminoso, tiene un bonito balcón tras el cual entra una buena cantidad de luz. EL salón posee una pequeña mesa de centro color negro, con un cristal encima. Un sofá blanco en forma de L y una pequeña televisión enfrente, en un mueble del mismo color que la mesita. Las paredes de toda la casa están pintadas de un blanco luminoso, al igual que las cortinas que dan al balcón. Detrás de mí se encuentra una pequeña cocina con barra americana —suficientemente grande para mi sola— y unos cuantos muebles en color madera de cedro.

Sigo a la Sra. Smith y tras pasar una arcada que hay en paralelo a la cocina, entramos en un pequeño pasillo con dos puertas, supongo que serán las del baño y habitación.

Y en efecto, la primera puerta de la derecha es la habitación. Cama de plaza y media con un cabezal metalizado precioso, una mesita de noche blanca

y un armario de dos puertas a juego con la mesita.

El baño es totalmente blanco también. Ducha plato de una plaza con cortinas blancas hasta el suelo, un lavabo de un seno, espejo ovalado y un mueble para toallas a la derecha.

Una vez que me ha enseñado la casa, me da las llaves y la acompaña a la puerta.

—Si necesitas cualquier cosa, o tienes alguna pregunta que hacerme, ya sabes dónde encontrarme niña. Sin compromisos. Para cualquier cosa baja, ¿prometido?

—Desde luego, Sra. Smith. Muchas gracias por su amabilidad. La avisaré si tengo alguna duda.

Cierro la puerta después de haberme despedido de ella, me dirijo al sofá y caigo en plancha sobre él. Cierro los ojos y al instante caigo redonda.

Una música me despierta poco a poco y cuando veo la oscuridad que me rodea me incorporo de un salto.

—¡Ay madre! ¡Ay madre, que me he dormido!

Me levanto de un salto del sofá y corro a mi bolso a buscar el teléfono. ¡Ocho llamadas perdidas de mi madre, ocho!

Cojo el cargador del teléfono, el adaptador que me compré para estos enchufes ya que no son como los de España, enchufo el aparato y llamo enseguida a mi madre.

A los dos tonos escucho su grito.

—¿¡Pero es que quieres matarme de un infarto, Frankie!? —aparto el auricular de la oreja, casi me ha dejado sorda—. ¡Te he llamado muchas veces, creía que te había pasado algo malo!, ¡tenías que haberme llamado al haber llegado al aeropuerto mocosa, y de eso hace horas!

—Lo siento mamá, de veras que lo siento. Pero me quedaba poca batería y al llegar a casa en vez de ponerlo a cargar me he quedado frita en el sofá. De verdad que lo siento y mucho. No te preocupes, estoy bien en serio, estoy muy bien mamá. He llegado bien, el piso es precioso, está todo en orden y tengo que ponerme a vaciar las maletas y preparar para mañana la ropa para el trabajo. Tendría que haberlo hecho ya, pero me ha podido el agotamiento —le cuento rápidamente mientras enciendo la luz de la sala.

Sé que le he soltado la parrafada del siglo, pero como no la corte desde un principio la conozco y me estaría echando la bronca hasta mañana.

—¿De verdad que estás bien mi niña? No te imaginas la pena que pasábamos tu padre y yo.

—Que sí mamá, que sí, que estoy bien. Ahora llamaré a un servicio de comida china a domicilio, cenaré, sacaré lo de las maletas y me acostaré.

—Mmm, cielo, no es por nada, —me dice con cierto «rintintín»—, pero teniendo en cuenta que aquí son las siete de la mañana... ¿crees que, a la una de la madrugada de allí, habrá algún restaurante abierto?

—¿La una?, ¿cómo que la una mamá!?

Miro mi reloj y efectivamente son la una de la madrugada, y en cinco horas me tengo que levantar.

—¡Mamá! Te tengo que dejar —le digo firmemente—. Tengo que dormir algo, en cinco horas me levanto y aún no he preparado nada.

—De acuerdo cielo, descansa. Mañana llámame y cuéntame que tal tu primer día, ¿vale?

Me despido de ella y después de confirmarle que la llamaré, cojo las maletas, las cuales aún están delante de la puerta de entrada; me dirijo a mi habitación, saco la ropa que me voy a poner mañana, y después de desnudarme y enfundarme en una camiseta de manga corta; pongo la alarma del teléfono a las seis de la mañana, me meto en la cama y vuelvo a caer redonda.

CAPITULO 2

Suena el despertador y me levanto medio dormida. Me meto en el baño, me doy una ducha «tirando a fría» para espabilarme, y me pongo el traje para mi primer día de trabajo. Un traje con americana y pantalón blanco y una camisa de seda en tono rosa palo sin mangas, atada con un lazo en un lateral del cuello. Me pongo mis zapatos de salón negros, me maquillo con un poco de colorete y *rimmel*, un brillo de labios rosado a tono con mi camisa y seguidamente cojo el bolso, reviso que esté todo lo que necesito y salgo por la puerta.

Miro en *Google Maps* a que distancia queda la sede de la oficina, y como está a dos manzanas, decido ir caminando. Hace un día precioso de primavera y me irá bien caminar un poco para quitarme los nervios que llevo encima. Saco mis gafas de sol del bolso, me las pongo y me pongo a andar.

Media hora después entro por la puerta de la empresa, pero al ver que he llegado demasiado temprano y que aún me queda media hora para incorporarme, decido ir a tomar un café.

Doy medio vuelta y al abrir la puerta me doy de bruces con alguien, lo que causa que acabe sentada en el suelo y totalmente espatarrada.

—¡Joder que hostia! —digo al mismo tiempo que levanto la mirada.

Las puñeteras gafas de sol han hecho que no viera al «mastodonte» que ha chocado conmigo. Sí, lo he llamado «mastodonte», porque el tío es enorme. Debe medir cerca de los dos metros —o poco le falta—. Lleva un traje negro con camisa blanca y corbata azul cobalto. —Menuda planta tiene, madre mía—. El traje le queda como un guante, tiene un buen porte, pero la cara no se la puedo ver bien ya que el sol le da a contraluz y desde aquí no puedo ver sus facciones.

—¿Se encuentra bien señorita? —escucho que me dice una voz grave y varonil.

—Sí, sí, disculpe. No le había visto —le digo mientras sujeta mi mano y me ayuda a ponerme en pie—. Muchas gracias señor, gracias —le digo sonriendo y saliendo a toda prisa por la puerta—. El contacto con su mano me ha puesto nerviosa y no sé por qué. Ha sido tocarla y acelerárseme el corazón. Y eso no es muy normal que digamos.

Llego a la esquina de la calle y me detengo. Paso mi mano por el trasero, para aliviar un poco el dolor que aún siento, y respiro hondo.

—¡Eys preciosa! ¿necesitas ayuda? ¡Si quieres puedes cambiar mi mano por la tuya, bombón!

—¡Capullo! —le grito al mismo tiempo que le hago una peineta con la mano derecha y vuelvo de nuevo al edificio.

Vuelvo a entrar y me dirijo al mostrador de información. Me acerco y veo a una chica más o menos de mi edad, enfundada en un traje con pantalón negro. Lleva un moño muy tirante y unos auriculares que no deben ser nada cómodos, mientras contesta llamadas que le van llegando.

Llego al mostrador y sin levantar la mirada me levanta el dedo índice, indicando que me espere un momento.

Cinco minutos después se quita los auriculares, suspira hondo y me sonrío.

—Disculpe la espera, pero estoy aquí sola y como habrá visto había llamadas en espera que tenía que contestar.

—No se preocupe —le digo devolviéndole la sonrisa—. Verá, es mi primer día en la empresa y necesito saber cómo llegar al despacho del señor Carras, —le informo al mismo tiempo que me quito las gafas de sol.

—En ese momento se queda con la boca abierta mirándome, y al ver su reacción me acuerdo de que no me he puesto las lentillas antes de salir de casa. ¡Maldita sea! Ya la he liado.

—Última planta —susurra sin quitarme la vista de encima en ningún momento, impactada, por la manera en que tiene los ojos abiertos como platos.

—Muchas gracias —susurro totalmente cohibida—. Agacho la cabeza y doy media vuelta. Llego al ascensor sin levantar la vista del suelo — no quiero que nadie más me mire a la cara— y al entrar, pulso la planta treinta y cinco. Abro el bolso y cojo el frasco de las lentillas. Marrones, como no, un tono de lo más normal entre las españolas como yo. Me las pongo lo más rápido que puedo intentando no estropear el maquillaje ni sacarme un ojo y oigo el pitido del ascensor anunciando que he llegado a mi planta.

Tomo aire y voy hacia la única puerta que hay. La abro y al fondo hay una mujer preciosa y elegantemente vestida tecleando en su ordenador. Madre mía, ¿todas las que trabajan aquí son guapas?

—Buenos días— le digo sonriendo ampliamente. Hoy me incorporo a la empresa, es mi primer día, y me dijeron en la entrevista que hice hace unas semanas, que tenía que presentarme a las ocho de la mañana en el despacho del señor Carras.

—La mujer deja de teclear, me mira de arriba a abajo y después de

levantar una ceja en plan —¿en serio? — me manda dos puertas más abajo.

—Gracias —le digo entre dientes—. Menuda tía más borde madre mía.

Entro por la puerta que hay al final del pasillo después de llamar, y la cosa cambia por completo. La señora que me atiende es muy amable. Debe tener la edad de mi madre, y después de anunciar por teléfono al dueño que ya estoy aquí, me manda esperar un poco indicándome que lo haga en un sofá que hay al lado de las cristaleras.

Unos diez minutos después, entra por la puerta un portento de hombre. Es muy muy guapo, moreno, de veinte y tantos años, ojos azules y un cuerpazo de escándalo. Veo como se dirige a la señora que me ha atendido antes y sentándose en la mesa carraspea.

—Sí Ben, ya sé que eres tú, cachorrillo— le afirma negando con la cabeza mientras le sonrío.

—Venga Gladys, dime que está libre, por favor, necesito hablar con él.

Coge un lápiz del lapicero y empieza a pasárselo entre los dedos.

—Dame un minuto. Pero te aviso que antes que tú, esta esa señorita esperando en el sofá —dice señalándome—, la cual, por cierto, es nuestra nueva incorporación a la empresa. Pero antes tiene que entrar a hablar con tu hermano.

¿Su hermano? Pues si él es así, a ver cómo será su hermano —pienso intentando recrear la imagen de Ben, pero con unos años más.

—Gladys— escucho que dicen por un altavoz que hay en la mesa. Dígale a la señorita Summers que pase.

—Enseguida señor Carras.

Me levanto y cuando paso por al lado del hermano del jefe, me guiña un ojo. Noto como me pongo roja y lo escucho riendo por lo bajo. Será...

En cuanto Gladys me abre la puerta, le susurro un —gracias— y entro en la oficina.

—El mastodonte— suelto en voz alta y sin pensar.

—¿Disculpe? —contesta frunciendo el ceño.

—¡Oh! Perdone señor Carras, pero es que estaba pensando en algo y me ha salido en voz alta si querer. Le digo enrojeciéndome por completo.

—Ya veo. Y se puede saber ¿qué, o quién, es ese mastodonte señorita Summers? —me pregunta mientras cruza los brazos y se reclina en su silla.

Por Dios bendito que bíceps. Tiene la americana colgada del respaldo de la silla y las mangas de la camisa subidas hasta el codo. Menudos ante brazos tiene, me digo sin poder apartar la mirada de ellos.

—¿Señorita? Ya que veo que no va a contestar mi pregunta, que le parece si toma asiento, nos centramos en lo importante y deja de mirarme los brazos —afirma colocándolos encima de la mesa.

Pego un respingo y mirándolo a los ojos asiento varias veces. Me siento y me enderezco. Respiro hondo y... ¿ojos azules?, ¿no eran castaños? Bah, da igual.

—Bien señorita... *Francisca Summers Martines*.

Sí, así ha sonado mi nombre dicho por él. Con la erre floja y eses en lugar de cetras.

—Frankie —le digo con una leve sonrisa.

Me ha hecho gracia escucharlo pronunciar mi nombre con ese acento inglés. Pero prefiero que sepa que me gusta que me llamen Frankie.

—¿Perdón?

—No, es que..., le decía que me gusta Frankie. Verá, en mi casa a pesar de llamarme Francisca, todos me llaman Frankie. Insistí con los años y ya me llaman así. No sé por qué, pero nunca me gustó Francisca.

Asiente con la cabeza sin mover el gesto adusto de su cara y continúa.

—La hemos contratado, además de por su excelente informe académico, por ser usted española. Creo que, en el departamento de recursos humanos, la persona que la entrevistó le dijo que buscábamos a alguien con castellano perfectamente hablado, al igual que francés e inglés.

—Sí, señor.

—Pues bien. Aclarado todo y viendo que cumple todos los requisitos, y después de haber pasado con éxito la entrevista que se le hizo en su momento; le comunico que su horario laboral será de ocho de la mañana a cinco de la tarde, con una hora de descanso para comer. Su nómina será de dos mil dólares mensuales, los gastos de la empresa irán a parte. Los sábados y domingos libres, a no ser que surja algo muy muy urgente, por lo cual, si tuviera que trabajar alguno de esos días, las horas se le abonarían aparte. ¿Alguna pregunta?

Niego con la cabeza y al ver que no tenía nada que decir se levanta, me extiende la mano y me fijo que lleva un precioso anillo de oro, con una gema violeta. Que casualidades tiene la vida; lleva la gema de la misma tonalidad de mis ojos. Los ojos que tantos problemas me han dado.

Tomo su mano y de nuevo noto como se me acelera el corazón y como un intenso calor se apodera de todo mi cuerpo.

No sé si es que ha notado alguna reacción por mi parte, o algo más, pero

retira su mano de golpe y se la guarda en el bolsillo del pantalón después de habérsela masajeado.

—Bien. Gladys la acompañará a su nuevo despacho y le comentará cuáles serán sus labores diarias a realizar. Más adelante iremos añadiendo más.

Me acompaña a la puerta, la abre, y Gladys al vernos se levanta.

—Acompaña a la señorita Summers a su despacho por favor, y hazle un pequeño resumen del trabajo que tendrá que realizar. En cuanto te llegue su contrato del departamento de recursos humanos, dáselo para que lo firme por favor.

—Claro Caleb, enseguida.

Caleb

Así que le han gustado mis brazos—sonrío mentalmente—. Esa manía suya de expresar sus pensamientos en voz alta le puede meter en más de un problema.

Se aleja con Frankie y me fijo en mi hermano. La mira de una manera un poco peculiar, lo cual no sé por qué, pero no me gusta nada.

—Pasa Ben —le ordeno al ver que no deja de mirarla.

—Caleb. Hay algo raro en esa chica —me comenta después de cerrar la puerta—. Se sienta en la silla y yo lo hago en la mía.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé Caleb, pero hay algo raro en su mirada; carece de brillo. Sabes que capto a la gente mirándola a los ojos, pero con ella..., no he podido captar nada, y es raro, nunca me había sucedido con nadie.

Eso sí que es cierto, y además nunca falla. Caleb tiene el «don» de poder leer el interior de las personas. Sabe si son de fiar o no con mirarlas a los ojos, si mienten, o dicen la verdad.

—A mí también me ha pasado algo raro con ella cuando le he dado la mano. He notado los síntomas Ben. Todos los síntomas —le digo enfatizando las últimas tres palabras. Ya sabes, el calor interno, se me ha acelerado el corazón, se me ha acalambrado la mano cuando me la ha dado. Pero no es posible Ben, ella no tiene los ojos violetas, los tiene pardos —susurro mientras coloco las manos en mi cabeza y remuevo mi cabello—. Y el anillo..., el anillo sigue aquí, intacto en mi mano —le aclaro enseñándoselo—. Así que no me lo explico. Tú no puedes leer en su mirada, yo noto los

síntomas que se supone tenemos que notar cuando encontramos a nuestra pareja..., y es imposible que sea ella, su color de ojos no concuerda. No lo entiendo Ben, esto escapa totalmente a mi comprensión. ¿Alguna idea hermano?

—Podríamos consultarlo con los ancianos Caleb. O, si lo prefieres, puedo ir echándole un ojo de vez en cuando, ya sabes... ¿espirla? —me suelta con una sonrisa burlona, la cual quita al ver como mis ojos cambian de color pardo a color azul.

—Ni se te ocurra acercarte a ella Ben —le gruño notando que me ha cambiado un poco la voz tornándose más grave.

—Tranquilo hermano, tranquilo —me dice levantando ambas manos, al mismo tiempo que se incorpora en la silla—. Solo era una sugerencia. Estate tranquilo que la dejaré en paz, ¿de acuerdo? Ni la miraré Caleb, pero tranquilízate, por favor. No es lugar ni momento para que cambies. Pero piensa una cosa, solo piensa un momento Caleb. ¿Te has dado cuenta de la reacción que acabas de tener, solo por decirte que la quería vigilar? Ese instinto de posesión que acabas de enseñarme, solo tendría que salir con tu compañera hermano. Joder, solo te ha faltado que gritaras ¡Mía!

Dios, tiene razón. Todo concuerda, todo..., y, sin embargo, esos ojos..., no son los ojos. Tantos años esperando por ella, tantos, y ahora que aparecen los síntomas, resulta que no es mi pareja. ¿Por qué tiene que pasarme esto?

CAPITULO 3

Frankie

Después de cinco horas sentada detrás de mi escritorio, decido ir a la cafetería de la empresa a comer. Gladys me ha dicho que los trabajadores no tienen que abonar nada y que la comida que sirven es deliciosa. Así que no me lo pienso, y después de apagar el ordenador y recoger mi bolso, me dirijo hacia allí.

Al entrar por la puerta veo que está bastante concurrida y que apenas hay sitio, pero aún así me acerco a la zona donde sirven y después de recoger bandeja, cubiertos y bebida, me pongo a hacer cola.

—¿Habéis visto a la nueva? —oigo que dice una mujer en una mesa cercana—. Creo que es española, o eso dicen. He oído comentarios, y se ve que la contrataron precisamente por eso, pero no puedo asegurároslo. Se ve que Caleb necesita una intérprete para algo relacionado con el trabajo. Pero creo yo, que la imagen de la empresa es importante, ¿no? y la imagen que da esa chica es muy pobre, la verdad. Tan bajita, tan poca cosa. ¡Si ni siquiera tiene gusto vistiendo! ¿Cómo se le ocurre a un retaco como ella ponerse pantalones acampanados y blancos? Se ve que se ha quedado en los setenta. Y ese trasero..., uf, tendríais que haberlo visto chicas, con ese pantalón blanco ¡casi había más pandero que espalda! —afirma riéndose en voz alta—. Esa tendría que vestir de negro definitivamente —susurra mientras toma un sorbo de su Cola Light—. Esos michelines se tienen que ocultar o disimular. No se puede ir con esas pintas en una empresa como esta.

Después de haber escuchado esa larga exposición, giro ligeramente la cabeza para saber quién es la mujer que tiene tan mala opinión de mí, y veo que es la chica que me miró de manera despectiva al preguntar por la oficina de mi jefe.

—Hace un rato, mientras bajaba en el ascensor, —vuelve a decir—, me he encontrado con Alex, la chica de información de la planta baja. ¿Y sabéis lo que me ha dicho? —cuchichea mientras va acercándose a ellas, pero con el suficiente volumen para seguir oyéndola—. Que la española tiene los ojos morados chicas, ¡morados! —afirma levantando la voz—. ¿Os lo podéis creer? ¡Tenemos un fenómeno de feria en la oficina!, ¡un bicho raro! —suelta

riéndose a carcajadas, lo que hace que media cafetería se fije en ella.

Al escuchar eso, siento como se me eriza la piel, se me acelera el corazón y empiezo a temblar visiblemente. Así que, bajando la cabeza, dejo la bandeja en mitad de la fila, y salgo de la cafetería intentando pasar lo más desapercibida posible.

Selena

—Serás bruja Selena, —le increpa una voz en la mesa de al lado—. Frankie no tiene los ojos morados, deja de decir estupideces.

—¿Frankie? —le responde riéndose a carcajadas—. Además de «rarita» y con un pésimo gusto para vestir, tiene nombre de tío. Va mejorando la cosa, Ben.

—Te repito Selena, que no tiene los ojos morados, los tiene pardos. Y lo sé, porque la he visto hace unas horas esperando a que la atendiera mi hermano. Y sino me crees, puedes hablar con Gladys. Ella también la ha visto y te lo puede confirmar. Incluso la ha acompañado a su despacho y ha estado con ella un par de horas. Así que deja de decir estupideces y preocúpate de ti misma, que bastante problema tienes ya siendo como eres.

Al ver como Ben la ha dejado por los suelos y que está siendo el centro de atención de todos, Selena se levanta de su silla, alza la barbilla y sale bien erguida de la cafetería.

—¡Maldito papanatas! ¡Será estúpido! —grito ya dentro del ascensor. ¡A mí nadie me deja en ridículo, nadie!

Salgo del ascensor en la planta treinta y tres y me dirijo al despacho de la «susodicha». Eso tengo que comprobarlo por mí misma. Ya puede decir misa Ben. Si Alex ha dicho eso ha sido por algo, así que tengo que comprobarlo.

Al llegar a su despacho y ver que está vacío, voy al servicio. Antes de entrar por la puerta escucho a alguien llorando, así que empujo la puerta abriéndola un poco y veo que la que llora es Frankie. Está delante del espejo hablando consigo misma en su idioma, supongo, ya que no entiendo nada de lo que dice.

Sí... ¡sí, sí! Grito en mi mente. Una malvada sonrisa asoma a mi cara, al ver como se acerca al espejo y se retira una de las lentillas. Ahí está la prueba de que yo tenía razón, ¡tiene los ojos morados! —Uf que grima— me digo al verla con un ojo de cada color. Es impactante y da repelús.

—Al ver que he conseguido lo que quería, bajo de nuevo a la cafetería con una gran sonrisa, para restregarle a Ben mi descubrimiento por su cara; pero lamentablemente ya no está.

Y yo que creía que aquí la cosa cambiaría —me digo intentando dejar de llorar—. Y todo esto por un estúpido descuido mío. Si no me hubiera levantado tan cansada, me habría acordado de las malditas lentillas.

—¡Joder! —grito al mismo tiempo que golpeo con el puño en la mesa.

—¿Algún problema señorita Jones?

—¡Mierda! —vuelvo a gritar al mismo tiempo que levanto la cabeza y veo a mi jefe apoyado en el marco de la puerta. —Que susto me ha dado señor Carras —le contesto levantando la voz sin cortarme un pelo. Pero al ver como endurece sus facciones, me doy cuenta de mi error. La verdad es que el «mastodonte» acojona cuando pone cara de cabreo.

—¿Mierda? Eso que es, ¿un nuevo vocablo que va a utilizar cada vez que me vea, al igual que mastodonte, señorita?

Ahí sí que me ha dejado sin palabras.

—Yo..., yo..., verá se—señor, yo...

—Deje de titubear de una vez y póngase a trabajar. Llevo quince minutos llamándola y no ha cogido el teléfono. ¿Podría decirme por qué?

—Lo, lo lamento jefe, estaba en el servicio.

—Bien, procure que no se vuelva a repetir. Y si tiene que ausentarse, llévese el teléfono móvil de la empresa y desvíe las llamadas a él. ¿Le ha quedado claro? —me impreca totalmente serio.

—¿Cómo? ¿Qué teléfono jefe? Es la primera noticia que tengo.

—Esto es increíble —escucho como susurra mientras niega con la cabeza—. Venga a mi despacho señorita Jones, le daré el teléfono. Gladys tendría que habérselo dado esta misma mañana, pero siempre está hasta arriba de trabajo y se le habrá olvidado. —Vamos— me indica con la cabeza para que le siga.

Me levanto y al pasar por delante de él, me percató de la diferencia de estatura. Yo, con apenas mi metro sesenta y cinco y mi jefe con su más de metro noventa, parecemos «el punto y la i». Apenas le llego al hombro.

Siento como apoya la palma de la mano en la parte baja de mi espalda para que vaya delante y en ese momento un fuerte calor invade mi cuerpo. —

Ya estamos otra vez—. ¿Por qué reacciona mi cuerpo así en cuanto me pone la mano encima?

—Eso es algo que me gustaría averiguar Frankie —susurra con tono meloso.

Me paro en seco y lo miro a los ojos. Ya no va detrás de mí sino a mi lado, por lo cual tengo que alzar bastante la cabeza para mirarlo a los ojos. Menuda estampa más ridícula debemos hacer. La enana y el gigante.

—Se pone a reír de repente y me quedo con la boca abierta literalmente. Madre mía de mi vida, si serio ya es imponente, cuando se ríe es un Adonis.

—Frankie, como no te quites el vicio de pensar en voz alta, me da que te meterás en más de un problema— me dice con una sonrisa sarcástica—. Así que... ¿la enana y el gigante? Tengo que admitir que soy bastante alto —dice manteniendo la sonrisa—. Mido uno noventa y dos y tú... ¿uno setenta? —pregunta repasándome de arriba abajo.

—Uno sesenta y cinco, señor Carras —susurro roja como un tomate.

—Eys, no quería incomodarte, Frankie —afirma dando un paso hacia mí—, pero tienes que admitir que la situación ha sido graciosa— comenta mientras vuelve a colocarme la mano en la parte baja de la espalda, y me insta a que siga caminando.

Menudo calor, qué calor por Dios. Me doy aire con la mano para aliviar un poco la sensación interna de quemazón que siento y al ver como se detiene, me detengo yo también y observo que me mira con el ceño fruncido.

—Sucede algo señor Carras?

—Frankie, a ver cómo te digo esto. Puede que te resulte extraño lo que te voy a preguntar, pero necesito que seas sincera conmigo. Totalmente sincera. Es muy importante.

Frunzo el ceño por lo raro de la pregunta, y asiento.

—Verás. Lo que necesito saber es... ¿Sientes una quemazón interna cuando te toco? ¿Cómo si de repente tuvieras un infierno en tu interior? ¿Notas un calor agobiante? —me pregunta mirándome intensamente.

Abro los ojos como platos y retrocedo unos pasos hasta apoyarme contra la pared. ¿Cómo es posible que sepa eso? Puede ser que como ha visto que me daba aire con la mano... Pero ha dicho «cada vez que te toco», así que..., ¿cómo sabe que siento eso?

—Tóqueme señor Carras, —susurro mirándole a los ojos y sin haber pensado en lo que le pedía antes de abrir la boca—. Es cierto lo que dice. No sé por qué, pero cada vez que me toca no sé qué sucede, pero noto todo eso

que me ha dicho antes. Así que, si no le importa y para sacarnos de dudas...

Levanta la mano derecha lentamente y la coloca en mi mejilla. Y efectivamente, me invade de nuevo esa quemazón y se me acelera el corazón. Pongo mi mano sobre mi pecho, al sentir como se acelera más y más y al ver eso, Caleb baja la mano y se separa de mí.

—Sientes calor y se te aceleran los latidos del corazón. ¿Me equivoco? —niego con la cabeza y después de escuchar un fuerte suspiro por su parte, se aparta de mí. —Lástima que no tengas los ojos violetas Frankie. Lástima.

—Al escuchar esas palabras, siento como si me golpearan fuertemente en el estómago. Tal es la impresión, que todo empieza a darme vueltas. Siento como mis piernas ceden, mientras el mareo va aumentando y antes de perder del todo el conocimiento, noto como me atrapan unos fuertes brazos y seguidamente, todo se vuelve negro.

—Frankie... ¡Frankie! Palmeo su mejilla y no reacciona. Está totalmente inerte entre mis brazos, pálida, y la imagen que me presenta no me gusta.

Veo por la esquina aparecer a Selena con unas cuantas carpetas. Al ver la situación, se acerca a mí, con una sonrisa que no me gusta nada. ¿Qué estará tramando? Siempre he sabido que no era trigo limpio, que si la aguanto es por su tío, pero ver ese indicio de maldad en su mirada...

—Bueno, bueno, Caleb. Veo que el fenómeno de feria está *k.o.* ¿Qué le ha pasado? ¿Alguien ha visto realmente como es y ha «colapsado»? —me dice haciendo el signo de las comillas con los dedos y riéndose.

—Mira Selena..., déjalo ya. Paso de tus gilipolleces. Haz el favor de desaparecer de mi vista. Una cosa es que tenga que aguantarte por el motivo que ambos conocemos, y otra bien diferente es que tenga que aguantar tu actitud chulesca y superior hacia los demás. ¿Acaso no ves que a mis ojos te deja como nada y menos?

Sigo palmeando las mejillas de Frankie para ver si reacciona; pero al ver que no hay manera, saco el teléfono de mi bolsillo. Marco el número de emergencias y espero a que me atiendan.

—Veo que a ti también te ha engañado Caleb. ¿La mosquita muerta española no te ha dicho su secretito? —niega con la cabeza al mismo tiempo que una risa perversa sale de su boca—. ¿Doña ojos morados también se ha escondido de ti? —Me dice con un deje de resentimiento en su voz.

Al escuchar eso levanto la cabeza como un resorte. ¿Qué es lo que acaba de decir esa loca? ¿Ojos morados? ¿Frankie?

—Veo que tengo toda tu atención al fin, querido. Sí, aquí la susodicha, tiene los ojos morados, o violetas, no sé especificarte el color, pero por ahí anda la cosa; yo misma se os he visto. La chica de información de la planta baja me lo dijo, yo se lo dije a mis compañeras, pero el buenazo de tu hermano al escucharlo no me creyó. Insistió en que los tenía pardos. Pero lo que no le pude llegar a decir, es que minutos más tarde, la pillé en el servicio de señoras, llorando, y con una lentilla en la mano. Sí Caleb, tiene los ojos morados y los camufla con unas lentillas marrones. Y lo entiendo, la verdad. ¿Quién querría estar cerca de alguien así? Lo de esta mujer no es normal, la verdad — admite simulando un escalofrío de repulsión.

Ojos morados. ¿Será posible que sea cierto? Si eso fuera posible, si es verdad todo lo que esta bruja me ha dicho..., quiere decir que ahora mismo tengo a mi compañera entre mis brazos. Una inmensa alegría empieza a inundar mi pecho. Frankie, ¿mi compañera?

Pero... Pero tengo que confirmarlo, y no delante de Selena precisamente. Tengo que alejarla de aquí ahora mismo.

—Vete a buscar a Ben, Selena. Dile que necesito su ayuda con Frankie. Tráemelo lo antes posible, ¿entendido?

—Venga ya Caleb. ¿De verdad estás preocupado por..., eso? —me dice señalándola con asco—. No merece la pena..., lo que tendrías que hacer es...

—¡Vete a buscar a mi hermano de una jodida vez Selena! —le grito con todas mis fuerzas dejando salir un fuerte rugido. —¡Ya!

Ya he perdido la paciencia. ¡No la soporto maldita sea! ¡Ojalá desapareciera de mi vida de una puta vez!

Al ver que sale corriendo y chillando como una histérica, aprovecho para dejar a Frankie en el suelo. Coloco su cabeza encima de mis rodillas y le aparto el pelo de la cara. Empiezo a acariciarle la mejilla y soltando un suspiro le empiezo a hablar.

—¿Por qué no despiertas nena? ¿Qué es lo que pasa dentro de tu cabecita para haber acabado así? —susurro sin parar de acariciarle la mejilla—. ¿Realmente tienes los ojos violetas?, o es otra de tantas mentiras de la zorra de Selena.

Suspiro hondo, apoyo la cabeza contra la pared y a los pocos minutos veo aparecer a Ben por la puerta, seguido de Selena, como no.

—¿Qué ha pasado aquí Caleb? ¿Qué le ha pasado a Frankie? ¿Has llamado a una ambulancia?

Busco el teléfono y lo encuentro en el suelo al lado de mis piernas. Se me

había olvidado completamente la ambulancia, después de que Selena me soltara esa «bomba».

—Ya está Selena, te puedes marchar y seguir con tu trabajo. Aquí ya no eres necesaria. Ben me ayudará.

—¿Cómo que ya no soy necesaria? —replica con cara de mosqueo—. No me voy a ir de aquí, Caleb. Quiero saber cómo acaba la aventurilla de la «rarita» esta. Algo malo ha tenido que pasarle para haber acabado en un *off* total, y pienso enterarme; es más..., quiero enterarme—aclara cruzándose de brazos.

Le hago una señal a mi hermano y afirmando con la cabeza se levanta, se acerca a Selena y tocando un punto en su cuello, hace que se desplome y caiga inconsciente en el suelo.

Me rio por lo bajo al ver la extraña posición en que ha quedado tumbada. Parece una muñeca a la que han cortado las cuerdas. Piernas por un lado, brazos por otro... Decir que ha quedado «espatarrada», sería lo correcto.

—Júntale las piernas Ben. No me apetece nada verle la ropa interior a esa arpía.

Ben lo hace y después de soltar una carcajada se arrodilla a mi lado.

—Ábrele el ojo por favor. Necesito asegurarme de algo.

—¿Qué?

—Que le abras el ojo y le sujetes el párpado, Ben. Necesito comprobar una cosa. Solo hazlo y cállate por favor. Si estoy equivocado, te dejaré echarme la bronca. Pero si estoy en lo cierto..., solo te diré que mi vida dará un cambio radical a partir de este momento.

Ben se sitúa en la cabeza de Frankie, le levanta el párpado superior del ojo izquierdo, y bajándole el inferior yo al mismo tiempo, procedo a retirar la lentilla, que después de nuestros movimientos se ve que realmente utiliza. Coloco el dedo índice en la esquina inferior y apartándola poco a poco, hace que vaya descubriendo un color lila intenso y brillante. Una vez retirada la lentilla, mi hermano y yo nos miramos con los ojos abiertos como platos y con una gran sonrisa en la cara. Volvemos a bajar la mirada y al ver de nuevo ese morado, ese precioso color, haciendo juego con mi anillo; hace que me ponga a reír como un loco. Dejo caer la lentilla al suelo, alzo a Frankie en mis brazos y la abrazo fuertemente. Al fin, al fin he encontrado a mi compañera.

Me levanto del suelo con ella entre mis brazos y saliendo por la puerta seguido de Ben, nos dirigimos a mi casa, a la aldea del clan. Tengo mucho que hacer y que preparar para mi futura compañera.

CAPÍTULO 4

—Por encima de mi cadáver, Caleb Carras. Por encima de mi cadáver acabarás con «esa» —sisea una voz que lo ha visto todo desde un rincón.

Abro los ojos y cuando logro enfocar la vista, me doy cuenta de que estoy en una habitación que no es la mía, y en una cama que tampoco lo es. Cojo la sábana y me la llevo a la nariz. Huele bien, huele a pino, creo.

Me incorporo y apoyándome en el cabecero de la cama intento hacer memoria de lo que ha pasado. Tengo la cabeza un poco embotada y con alguna laguna.

—Venga Frankie, venga, piensa —susurro mientras me masajeo las sienes.

—Veo que ya has despertado.

Miro hacia la dirección que ha sonado esa voz y me quedo a cuadros. ¿Qué hace aquí el señor Carras?

—Dónde..., cómo...

—¿Dónde?, en mi casa. ¿Cómo?, en mis brazos y en coche, durante más de una hora —me afirma mientras se va acercando.

Tiene las manos metidas en el pantalón y al ver de nuevo sus antebrazos, un nuevo sofoco sube desde el centro de mi estómago a mi cara. Vale, me da que me acabo de poner del color de la grana de nuevo.

Me quedo sin saber que decir, y Caleb se pone a reír. Debe haberme quedado una cara de tonta increíble.

—No Frankie, tranquila —me dice riéndose un poco más—. No te lo tomes por donde no es. Puede que haya sonado mal la frasecita, pero solo te he llevado en mis brazos desde la oficina hasta aquí, hasta mi casa. Y por mí no te cortes en seguir mirando mis brazos. Creo que lo tuyo es ya una especie de fetiche, ¿no? Porque es mirarlos y ponerte como un tomate, cariño.

¡Hala!, ya la he liado. Un momento..., ¿su casa?, pero cómo... y... ¿cariño? Pero qué...

—¿Tú casa? ¿Estamos en tu casa? ¿Y por qué estamos aquí y no en en mi

casa? Y por cierto..., ¿qué me ha pasado? Recuerdo estar hablando contigo y de repente está todo en blanco..., no recuerdo de que hablábamos. ¿Me refrescas la memoria?

—¿Me estás diciendo que no recuerdas nada de lo que hablábamos antes de desmayarte? ¿Nada? —veo que me dice con el ceño fruncido.

—Pues no. Nada, —respondo negando con la cabeza—. Y la verdad es que no lo entiendo. Nunca me había pasado. ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Sabe algo del porqué de mi desmayo?

Caleb niega con la cabeza mientras mira a un punto fijo detrás de mí. Miro en esa dirección y al no haber nada, lo miro a él.

—Caleb..., ¿te pasa algo? ¿Estás bien? —Chasqueo los dedos delante de su cara y eso lo hace reaccionar.

De repente se acerca a mí, me sujeta por los hombros y me acerca a su cara. Estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan. Mi cuerpo empieza a arder, una fuerte quemazón empieza en la base de mi espalda y va elevándose hasta mi nuca, haciendo que mi corazón se acelere de golpe y mi piel se erice. Pino, Caleb huele a pino.

—Dime de nuevo que no te acuerdas de nada de lo que hablamos ni de lo que sucedió Frankie. Dímelo de nuevo.

Siento como aprieta su agarre y me acerca más. Casi estamos nariz con nariz.

—Caleb —susurro—. Siento algo raro en mi interior —le confirmo con miedo, ya que es demasiado intenso—. Calor..., ten—go, tengo..., ca—lor —consigo decirle tartamudeando.

—Sí, Frankie, calor. Vas bien encaminada nena. Sientes calor, tu corazón se acelera, y no entiendes el cómo ni el porqué; pero solo te pasa cuando te toco, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Esto me suena..., parece como si ya hubiera tenido esta conversación anteriormente.

—Pues eso, eso te lo provocho solo yo. Y de eso; es de lo que estuvimos hablando. Luego, fue nombrar el color de ojos de la que tiene que ser mi compañera, y ahí te desmayaste Frankie. Y por cierto..., adoro tus ojos, cariño. Adoro tu mirada violeta, ese brillo que posee, es increíble. Te he estado esperando toda mi vida Frankie. Ya había perdido la esperanza de poderte encontrar. Quiero que sepas..., que estaba en un lugar oscuro, hasta que la luz de tu mirada lo iluminó. Ven conmigo, compañera. Dame tu mano y ven a vivir conmigo, junto a mí, el resto de nuestras vidas.

Ahora sí que me he quedado en *shock*. Mirada violeta..., ¿cómo sabe que tengo los ojos violetas? ¿cómo sabe...? ¿Compañera?, pero ¿de qué puñetas está hablando? ¿Compañera de quién?, ¿de él?

Levanto mi mano hacia mis ojos, pero Caleb me detiene. Se acerca a la mesita de noche y me enseña un botecito para lentillas. Al ver lo que contienen, un fuerte dolor se apodera de mí y hace que me doble, abrazándome por el estómago.

—No nena, no —susurra sentándose a mi lado y abrazándome fuertemente—. Tranquila, cielo, tranquila. No tienes nada que temer, nada. Estoy a tu lado, Frankie. Estoy aquí, estoy aquí..., —me susurra al mismo tiempo que me mece como si fuera una niña pequeña.

No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible que Caleb esté abrazándome en lugar de corriendo lejos de mí? Ha visto mis ojos, ¿no? ¿Entonces?

Lo empujo fuertemente por los hombros y bajo de la cama lo más rápido que puedo. Corro hacia la salida y así como alcanzo el pomo, unos fuertes brazos me rodean la cintura y me alzan. Empiezo a patallar y a gritar como una loca.

—¡Déjame! ¡Déjame, Caleb!, ¡no puede ser! ¡Lo que dices no puede ser! ¡Yo no soy nada, no soy nadie! ¡Déjame!, ¡déjame ir!, ¡por favor! —grito desgarrada—. ¡Por favor, déjame marchar Caleb! ¡No te creo, no te creo! ¡No puedes quererme, no puedes quererme! —le ruego llorando y perdiendo fuerza poco a poco en mis gritos—. Soy mala, soy mala, ¡soy mala para ti! Soy un engendro, —susurro—, un engendro, un engen... —suelto un suspiro tembloroso, ya me cuesta hasta hablar— Ojos malos, malos, malos... —repito mientras noto como se me cierran.

El suave balanceo y abrazo de Caleb hace que me calme, y poco a poco, caigo dormida.

CALEB

—Duerme mi niña, duerme —susurro al mismo tiempo que le acaricio la cabeza—. No sé qué pasa con tus lindos ojos, mi amor. No sé por qué los ocultas, por qué no quieres que nadie los vea, con lo hermosos que son. Pero

una cosa te juro vida mía. Si algún día, alguien, sea o no en mi presencia, te hace daño o dice algo negativo de ellos, se encontrará con mi ira. Y la ira de un lobo enamorado de su compañera, más vale que nadie la conozca.

Dejo a Frankie suavemente en la cama y salgo de la habitación. Tengo que averiguar qué le pasa. Porqué tiene ese trauma. Odia sus ojos, eso me ha quedado más que claro, pero tengo que averiguar por qué. Quiero..., necesito saber que le pasó.

Bajo a la planta baja, y al entrar en mi despacho me encuentro a Ben.

—¿Cómo está? ¿Ya se ha despertado?

Asiento con la cabeza y le hago señas para que se siente. Recuesto la espalda en mi sillón y mirándole fijamente se lo suelto sin más preámbulos.

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre Frankie, Ben. Todo. Donde vivió en España, dónde estudió, dónde creció, su barrio, sus amigos, todo. Hay algo que no me cuadra en su comportamiento y..., y necesito saber que es. Odia... odia sus ojos, los odia, y sé que todo tiene que ver con su pasado. Por eso necesito que realices una ardua investigación. Quiero saber hasta que marca de champú usa para ducharse, Ben. Cuando digo todo, es todo.

—Bien. Entonces me voy a la empresa, miraré su ficha personal y a partir de ahí empezaré a investigar. En una semana como mucho te diré cosas Caleb, antes imposible, ya lo sabes.

—Me da igual lo que tardes, Ben. Por mí, como si te tienes que ir a España —reitero acercándome a él, para que vea en mi mirada que voy en serio—. Pero lo quiero todo, hermano. Todo.

Al día siguiente

Frankie

Después de haber descansado toda la noche, decido levantarme de la cama e ir a hablar con Caleb. Tengo que contarle el porqué de mi reacción de la pasada tarde y hacerle entender el motivo por el cual oculto mis ojos al mundo. Voy al cuarto de baño y después de darme una ducha bien caliente, me visto con la misma ropa que llevaba ayer y me vuelvo a colocar las lentillas que hay en el bote en la mesita de noche. Tengo que volver a mi apartamento cuanto antes, no puedo permanecer aquí con él. No sé por qué, pero hay algo

en Caleb que me pone nerviosa, y no en el mal sentido, pero tengo que hablar con él y aclararlo todo de una vez.

Bajo las escaleras y me dirijo a lo que creo que es el salón. Atravieso las puertas que están abiertas y me encuentro a Caleb y a Ben desayunando, los cuales al verme se levantan enseguida de sus sillas. Me quedo de pie en la puerta totalmente estática sin saber si entrar o volver por donde había venido, pero Caleb me lo aclara todo acercándose a mí.

—Ven Frankie —me dice cogiéndome de la mano y llevándome a una silla que hay a su lado.

La retira y me siento. No levanto la mirada en ningún momento ya que me siento totalmente cohibida.

—Frankie. Mírame por favor.

Levanto lentamente la mirada, lo miro y veo como frunce el ceño.

—¿Por qué te has puesto las lentillas, cielo?

Abro los ojos como platos. ¿Me está dando a entender que no quiere que las lleve? Eso no puede ser, no es posible que me quiera sin ellas.

—Es que..., verá señor Carras, yo..., yo...

—Llámame Caleb, por favor. Dejemos las formalidades ¿de acuerdo? Y dime por favor porque te has puesto las lentillas.

—Porque no quiero que se avergüence de mí; no quiero..., no quiero volver a ver en la cara de nadie, ni en su mirada cuando me miran como les doy asco o repulsión, haciéndome sentir que soy una cosa rara.

Lo escucho gruñir y lo miro. Me está mirando con el ceño fruncido, tiene los puños apretados sobre la mesa y el cuerpo tenso.

—Escúchame bien Frankie. No sé cuál es tu historia, no sé qué te ha podido pasar para que lleves esos preciosos ojos ocultos a la vista de todos —veo que va a hablar y le levanto la mano para que no lo haga— Pero yo no soy esas personas, nena. Yo soy Caleb Carras, un hombre que se ha quedado totalmente prendado de tu mirada violácea, un hombre que necesita verla, y un hombre del que dependerá su destino, porque me he quedado preso de ella nena, me he quedado irremediabilmente preso de tu mirada.

Noto como el corazón se acelera en mi pecho después de esa declaración y como se me empiezan a empañar los ojos.

— Son muchas cosas que tengo que explicarte, Frankie, pero por favor, no me temas, no a mí. Necesito verlos, nena. Por favor, enséñamelos. Muéstramelos, Frankie.

Miro a Ben el cual no se ha perdido nada de la apasionada declaración de su hermano. Me mira y me asiente. Así que cojo aire, y dándoles la espalda retiro las lentillas de mis ojos. Los cierro, y cuando noto una mano en mi hombro, doy media vuelta pero no los abro. Me falta valor, maldita sea.

—Mírame Frankie, por favor.

Abro primero uno y después el otro. Veo como sonrío ampliamente, lo cual hace que le devuelva la sonrisa ligeramente, se incorpora de su silla y echando su cuerpo hacia adelante, me sujeta de la nuca y deja un dulce y ligero beso en mis labios. Me quedo estática sin saber cómo reaccionar, y no aparto mi mirada de la suya en ningún momento. En ese momento, siento como si una conexión extraña nos uniera, como si mi mirada y la suya fueran solo una y me parece muy extraño y al mismo tiempo muy intenso.

Pero lo que sucede después hace que me quede totalmente anonadada.

Veo como Caleb baja la mirada a su mano y frunce el ceño. El anillo que lleva empieza a iluminarse, la piedra violácea que lleva empieza a emitir unos destellos dorados, los cuales poco a poco van aumentando de intensidad, y pasan poco a poco a convertirse en destellos morados, de la misma tonalidad que mis ojos. Seguidamente, la mano de Caleb empieza a temblar, así que la levanta y se la sujeta de la muñeca. Parece que lo que le pasa hace que le duela porque tiene la mandíbula apretada y gotas de sudor están cayéndole de las sienes. De repente, el anillo empieza a moverse en su dedo y veo cómo va saliendo poco a poco de él. Una vez fuera, se queda suspendido en el aire y se va acercando a mí. «No me creo lo que ven mis ojos, parece sacado de una película de ciencia ficción, joder». El anillo se queda estático en el aire delante de mi mano y algo dentro de mí, me dice que la levante. Lo hago y el anillo se introduce poco a poco en el dedo corazón de mi mano derecha y se estrecha hasta quedar totalmente ceñido a mi dedo. Va perdiendo poco a poco el brillo violeta que desprendía y se queda en la misma piedra violácea que he visto desde el principio.

Miro a Caleb en plan «¿Qué puñetas acaba de pasar?» Y él lo único que hace es sonreír ampliamente. Se levanta de la silla, posa su rodilla derecha en el suelo delante de mí y me abraza fuertemente. Siento de nuevo ese inmenso calor, esa quemazón interna y separándome de él me mira y me besa apasionadamente.

Decir que este beso es lo mejor que he sentido en mi vida sería quedarme corta. Las sensaciones son increíbles, maravillosas. Solo sé que tengo ganas de subir las escaleras con él y hacerle el amor intensamente. Pero... ¿Por qué

siento esto? ¿Por qué tengo el corazón cabalgando en mi pecho como si se fuera a salir de él? ¿Por qué creo, o tengo la sensación, de que acaba de pasar algo sumamente importante y vital para mí? ¿Algo que hará que mi vida cambie a partir de ahora?

—Frankie..., mi niña. Al fin, al fin te he encontrado. Al fin he encontrado a mi alma gemela, mi destino.

—¿Perdona? No entiendo nada Caleb. Por favor, te ruego que me expliques lo que acaba de pasar..., porque..., porque digamos que no es muy normal. —niego con la cabeza y me encojo de hombros—. Estoy perdida, totalmente perdida. Siento algo dentro de mí muy intenso, algo que no sé reconocer, algo que no sé de donde viene. Luego, lo del anillo. Seguidamente me besas y me dices que soy tu alma gemela y tu destino. Perdona que te diga esto Caleb, pero me siento como si estuviera metida en una película de fantasía, en la cual yo soy la protagonista, y no tiene ni idea de lo que está pasándole.

—Te entiendo nena, te entiendo. Y te lo voy a explicar todo, te lo prometo. Pero solo te pido, que mantengas la mente abierta, Frankie, muy abierta. Porque lo que acabas de ver, digamos que no es nada al lado de lo que en nada verás. Y te ruego también, por favor..., que no me rechaces cuando lo veas. Te pido..., suplico..., que me des una oportunidad de explicártelo todo desde el principio, pero antes... Antes tendrás que verlo.

Se incorpora, dejando otro beso en mis labios, se aleja y Ben se coloca al lado de él. Se miran, asienten y después de ponerse a cuatro patas, veo como un halo de niebla empieza a rodearlos a los dos. Ese halo empieza a espesarse más y más a medida que van pasando los segundos, haciendo que no los vea. Pero poco a poco, segundos después, va desapareciendo de nuevo y se va aclarando hasta que desaparece completamente..., dejando delante de mí a dos... ¡¡¡Lobos!!!

Vale, ¿qué acaba de suceder aquí? Son lobos, ¡lobos! ¿Cómo puede ser esto posible? Madre mía me siento como si estuviera metida en una película de fantasía. Caleb y Ben..., ¿hombres lobo? Es que lo veo y no lo creo. Caleb se ha convertido en un inmenso lobo negro y Ben en uno con el pelo castaño claro, ambos preciosos y enormes. Me incorporo lentamente de la silla y me acerco lentamente a ellos con el corazón palpitándome de forma brutal en el pecho. Tengo miedo, sí, pero también curiosidad por lo que tengo delante...,

mucha curiosidad. Cuando llego delante de Caleb, apenas a dos pasos de distancia, alargo la mano y muy muy despacio la acerco hasta que la poso en su cabeza, la cual comienzo a acariciar. Escucho un suave ronroneo salir de él, lo que me indica que le están gustando mis caricias. Miro a Ben y está observando lo que le estoy haciendo a su hermano; así que levanto la mano para hacer lo mismo, pero el da un paso atrás, baja la cabeza y se sienta dándome la espalda. Bueno, me da que no quiere que le acaricie.

De repente y sin esperarlo, me veo tumbada en el suelo, y al lobo negro encima, el cual me está dando lametones en las mejillas, las cuales hacen que me empiece a reír a carcajadas a causa de las cosquillas. «¡Madre mía será baboso!»

Segundos después, noto como el peso cambia y como unos calientes labios empiezan a besar mi frente, mis mejillas, mi barbilla..., y finalmente se posan en mis labios, los cuales abro para darle acceso.

Nunca, en toda mi vida había recibido un beso de estas características. Un beso tan intenso, tan ardiente..., que hace que mi cuerpo reaccione calentándose, cosquilleando en la parte baja de mi vientre y mojando mi ropa interior.

—Sal, Ben. Necesito que me dejes con ella a solas, ya.

Miro a Caleb, el cual está mirándome y respirando aceleradamente. Es tal la pasión y necesidad que veo en sus preciosos ojos, que hacen que se me ponga la piel de gallina y gima. Sonríe al escuchar ese sonido y se incorpora poco a poco sin retirar en ningún momento su mirada de la mía. Se pone de pie y me doy cuenta de que está totalmente desnudo, ¡totalmente!

—Ca...Caleb, ¿y tu ropa? —le digo notando como me suben los colores—. Intento no mirar hacia abajo en ningún momento, pero no lo consigo, ya que mi mirada va de sus ojos a su miembro intermitentemente.

—Es lo que pasa cuando cambiamos, cielo, que nuestra ropa desaparece por completo.

—¿Y dónde está? Porque no queda nada de ella, Caleb

Se encoge de hombros como si le diera igual, se acerca a mí y me tiende la mano para que me levante.

—Ahora mismo me importa bien poco la ropa, Frankie. Lo único que quiero en este momento, es que me acompañes escaleras arriba para hacerte mía definitivamente. Quiero amarte hasta que caigamos desfallecidos entre las sábanas, quiero reclamarte como mía para siempre. Quiero que seas mi compañera de vida, cariño, mía. No te imaginas el tiempo que he estado

esperando este momento. Para mí ha pasado una eternidad. No me lo niegues, por favor. Ven.

Me vuelve a ofrecer su mano y me ruega con sus ojos que no lo acompañe, lo cual me hace plantearme un par de preguntas. «¿Me atrae? ¿Quiero retozar realmente con él entre las sábanas? ¿Quiero pasar el resto de mi vida con él y ser su compañera? ¿Lo amas hasta ese punto, Sandy?».

—Caleb. Antes de subir esas escaleras, creo que tendríamos que hablar. Hay muchas cosas que me tienes que explicar, que necesito saber acerca de todo esto. Porque, aunque no lo creas, hasta hoy no sabía que existían seres sobrenaturales como tú. Ya me entiendes..., cambiantes. O eso creo que os llamáis.

Me mira y suelta el aire con fuerza. Pone las manos en su cintura, haciendo que lo vea totalmente imponente y negando con la cabeza se empieza a alejar de mí.

—Caleb...

—Será mejor que suba a vestirme si quieres que tengamos esa charla, Frankie. Espérame aquí. Dame cinco minutos, por favor y en cuanto vuelva iremos a mi despacho y te contaré toda la historia. No te vayas ¿ok?

Afirmo y veo como se aleja de mí, regalándome una excelente vista de su precioso trasero. «¡Madre mía que hombre! Ese trasero debería estar prohibido».

Sube las escaleras y cuando desaparece de mi vista me relajo, dándome cuenta de que había estado todo el rato en tensión.

Todavía no me creo todo lo que me está pasando. Cuando recuerdo lo que ha pasado desde que me he sentado a desayunar hasta este mismo momento... ¡Madre mía esto es una completa locura! Anillos que levitan, hombres lobo, magia.

Estoy centrada en mis pensamientos, cuando de repente un ruido ensordecedor hace que me tape los oídos. Siento un fuerte dolor en la espalda y salgo despedida de la silla al suelo, golpeándome fuertemente contra él. No sé qué es lo que ha podido pasar, pero es como si algo hubiera explotado y la onda expansiva me hubiera alcanzado de lleno.

Miro en dirección a mi silla, y veo como la pared de la casa ya no existe. Solo queda un boquete enorme y en el exterior distingo tres personas, las cuales van armadas hasta los dientes.

—¡Frankie!

—¡Aquí Caleb, estoy aquí!

Llega corriendo a mi lado, se agacha y me abraza fuertemente, haciendo que sisee a causa del dolor que siento en mi espalda.

—¿Estás herida? ¿Qué ha pasado, nena?

Le señalo la zona donde ya no hay pared y al ver la situación en la que estamos, se incorpora lentamente y se coloca delante de mí.

—¿Qué quieres Stevens? —le dice con todo el cuerpo en tensión y los puños apretados a sus costados.

—¡A ella, Carras!, ¡La quiero a ella!

—¡Sobre mi cadáver! ¡No te vas a llevar a mi compañera, cabrón!

¿A mí? ¿Me quiere a mí? ¿Pero por qué, sino lo conozco de nada?

—¡No es tu compañera, no os habéis vinculado todavía, lo veo! Así que la quiero, ¡dámela! No voy a consentir que pongas en ridículo a mi clan juntándote con una maldita humana, Carras. ¡Antes os mato!

Levanta las armas y nos apunta con ellas. Madre mía, ¿voy a morir?

De repente empiezo a escuchar gritos y un gran alboroto y veo como una gran cantidad de hombres, totalmente armados también empiezan a rodear a los malos.

—Creo que va a ser que no, Stevens. Así que te sugiero que te marches y que no vuelva a verte el pelo nunca más, ¿me oyes? Nunca más, o te juro por lo más sagrado que como te vuelva a ver cerca de aquí o de mi compañera, acabaré contigo. Sabes que las compañeras son lo más sagrado que tenemos, Stevens. Así que ten mucho cuidado, te lo advierto. Vuelve a poner en peligro su vida y te mato. Espero que te haya quedado claro, porque no estoy bromeando.

—Tranquilo, Carras que no me volverás a ver. Pero ella sí que lo hará, vamos que sí. Una humana no puede pertenecer a nuestro mundo. Como Alfa de mi manada, no voy a consentirlo. Y si para eso tengo que acabar con quien sea, no dudes que lo haré. Pero una humana no va a pertenecer a nuestro mundo. Jamás. Yo también te lo advierto, Carras. Me voy, pero tendrás noticias mías. Vigila tu espalda y la suya a partir de ahora. Nunca sabes que te puede deparar el destino.

Veó como se da media vuelta y se va, llevándose a esos hombres con él.

Me relajo al ver que ya ha pasado todo y coloco las manos en el suelo. El dolor de la espalda puede conmigo, es un dolor muy muy intenso y ardiente. Siento como si tuviera algo quemándome en ella y es difícil de aguantar.

Miro a Caleb y sigue mirando cómo se alejan esos locos. Mierda, que dolor. Tomo una fuerte inspiración intentando relajarme, pero no hay manera.

Maldita sea, ¿Qué tengo en la espalda?

—Caleb —susurro— ayúdame por favor. Me duele, no sé qué...

Se gira y al ver la situación en la que me encuentro, viene enseguida hacia mí.

—Joder Frankie. ¿Qué te pasa? ¿Dónde te duele?

—La espalda —le digo notando como las fuerzas van abandonándome poco a poco.

—¡Ben! ¡Ben, ven aquí, corre!

Me tumba en el suelo boca abajo y desgarró la camisa por la espalda.

—Joder, nena. Joder.

—Ya estoy, aquí, Caleb. ¿Qué ha...? ¡Mierda, Frankie!

—¿Mierda Frankie? ¿Pero que me pasa? ¿Qué tengo? —pregunto en un bajo susurro.

—Corre al por el médico, Ben. ¡Corre, hermano!

Joder, pues si que debo estar mal

—Tranquila, mi niña, tranquila. Te pondrás bien ya lo verás —susurra acariciándome la cabeza.

Cierro los ojos porque todo me empieza a dar vueltas, y gimo.

—Me mareo, Caleb. Estoy mareada..., todo... esta...

—Shhh, no hables cariño, tranquila. No hables y reserva tus fuerzas, ¿vale?

Asiento y cierro los ojos. Necesito cerrar los ojos.

Unas pisadas rápidas hacen que los abra lentamente y mire en esa dirección. Veo dos pares de zapatos delante de mí y siento una mano helada posarse sobre mi espalda.

—¿De verdad es tu compañera? —Le pregunta una voz masculina que no conozco de nada.

—Sí, es ella. El anillo la reconoció y fue a su mano. Ya sabes cómo son las cosas, Bennett.

—Pues vincúlala a ti inmediatamente, Caleb. Esta herida es mortal. Si sigue perdiendo sangre, no durará más de quince minutos y estando como está no puedo hacer nada. Necesito que os vinculéis si quieres que salve su vida. Tengo que sacar ese cristal de su espalda lo antes posible, o de lo contrario...

CAPITULO 5

La levanto lo más cuidadosamente posible del suelo, intentando hacerle el menor daño y la estrecho entre mis brazos. Verla en ese estado hace que sienta pánico. Pánico de no saber si todo irá bien, o si la vinculación se llevará a cabo con éxito. Necesito a Frankie en mi vida como necesito el aire para respirar, ya que, si a ella le llegara a pasar algo, no sé qué sería de mí.

Llegamos a la puerta de mi habitación, Ben me abre la puerta y accedo al interior. Recuesto a Frankie boca abajo en la cama, le retiro el cabello de la cara, dejándole de paso una caricia y cuando el médico va a cortar la camiseta con las tijeras para dejarle la espalda libre, detengo su mano y niego.

—Salgan todos de la habitación por favor. Yo me ocuparé de ella a partir de ahora.

—Pero señor, el cristal... —me dice el médico.

—Cuando esté lo suficientemente fuerte, cuando se haya realizado parte de la vinculación le avisaré y podrá proceder a extraérselo. Pero hasta entonces, necesito que me dejen a solas con ella. No quiero ninguna interrupción, ¿le ha quedado claro?

El médico asiente y sale por la puerta. Ben me mira, y sale detrás de él.

Me siento al lado de Frankie, levanto mi mano derecha y hago que salgan mis garras. Le rasgo la camiseta de arriba abajo, sigo con las mangas y la dejo totalmente descubierta de hombros y espalda.

Cuando veo el cristal y la manera en que lo tiene incrustado, un escalofrío recorre mi espalda. Cojo aire y lo suelto lentamente intentando relajarme.

—Frankie —la llamo zarandeándola suavemente—. Nena, despierta por favor. Necesito que abras esos lindos ojos y me escuches. Cielo, abre los ojos, por favor, ábrelos.

Le acaricio la cabeza, los hombros, las mejillas, le doy ligeras palmaditas en la cara para que reaccione y cuando la escucho gemir, me acerco a su cara.

—Frankie. Frankie, soy yo, Caleb. Nena ¿me escuchas?

Vuelve a gemir, y la veo abrir los ojos.

—Cielo, necesito que bebas una cosa que te voy a dar. Bébetela, ¿de acuerdo? Eso hará que te pongas mejor. Afirmas si me has entendido, por favor,

cariño.

Veo como frunce el ceño, cierra los ojos y me dice un suave «sí».

—Muy bien, cariño, muy bien. Abre la boca nena, ábrela y bebe.

Cojo mi muñeca, me hago una incisión horizontal en ella y se la pongo en los labios.

—Venga cielo, bebe. —Le suplico mientras la sujeto de la nuca y aprieto su boca contra la incisión.

Veo como arruga la nariz e intenta retirar la boca; pero no le dejo hacerlo, ya que si no consigo que beba lo suficiente, no podré hacer nada por ella.

—Sé que el sabor es raro, cielo, lo sé. Pero es imprescindible que bebas, cariño si te quieres curar. Sino bebes te perderé y no quiero nena, no quiero..., no lo soportaría. Por favor, Frankie, bebe amor, bebe.

Levanta la mano, sujeta mi muñeca con las pocas fuerzas que veo que le quedan y noto como empieza a sorber poco a poco. Sé que el sabor no es agradable, la primera vez nunca lo es; pero también sé que cuando el vínculo se haya completado, la necesitará y será ella la que me la pida.

Abro mis sentidos y escucho como su corazón va cobrando fuerza, como se va acelerando y como su latido es más potente. Eso es buena señal, eso significa que mi sangre la está ayudando. Solo los auténticos compañeros comparten ese don.

Unos minutos después, suelta mi mano y apoya de nuevo la cabeza contra la almohada, quedándose de nuevo dormida, así que le limpio cuidadosamente un poco de sangre que le ha quedado en la comisura de la boca, me levanto y hago entrar al médico el cual va precedido de mi hermano.

Se acerca a la cama y después de tomarle el pulso a Frankie me hace señales para que me acerque.

—Voy a anestesiarle la zona para que sea lo menos doloroso posible. Igualmente, necesito que la sujeten bien por los hombros y piernas, ya que si se moviera sería fatal para ella. No quiero que por culpa de un mal movimiento hecho por la paciente, la herida se abra más. Por favor colóquense y sujétenla bien.

Nos colocamos como el médico nos ha pedido, Ben a los pies y yo la sujeto de los hombros. Le inyecta la anestesia y minutos después, veo como le hace una pequeña incisión en la espalda, en cada extremo del cristal y como empieza a extraerlo muy poco a poco y con mucho cuidado. Escucho gemir a Frankie y veo como el sudor se acumula en su frente..., eso me hace ver que siente dolor.

—¡Deténgase! ¡Le está haciendo daño!

—Si me detengo ahora será crítico, señor Carras. Tengo que extraerle el cristal y coser lo antes posible. Si me detengo ahora, despídase de ella.

Miro impotente el sufrimiento por el que está pasando mi niña, y el saber que no puedo hacer nada por evitárselo, hace que note como se agita el lobo dentro de mi.

Un ligero gruñido sale de mi garganta y en ese momento mi hermano Ben se coloca a mi lado, y me coge de la cara.

—Tranquilízate, ¡Ya! ¿Es que quieres mandarlo todo al garete hombre? ¡Piensa en Frankie, Caleb! ¡Piensa en ella y en que si no haces lo que el médico te pide la perderás! ¿Qué siente dolor? Es normal, Caleb, es normal. Pero piensa también que Frankie es fuerte, es muy fuerte. Así que se fuerte también por ella y quédate a su lado apoyándola. No te conviertas o lo habrás jodido todo. ¿Me has oído? ¡Céntrate Caleb y cálmate!

Escuchar esas palabras de mi hermano hacen que me calme, pero que también sienta mucha rabia. ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Y más, sabiendo que estaba con los nervios al límite y que hubiera podido hacerle daño? Ya hablaré con él más adelante. Esto no se puede volver a repetir, joder.

—Ya está.

Me giro y veo que el médico a parte de haberle retirado el cristal a Frankie, también le ha cosido la herida. ¿Acaso todo ha sido una distracción por parte de Ben para que no me fijara en todo lo que le estaba haciendo el matasanos a ella? Si ha sido así, ya me ocuparé de agradecersele después. Ahora lo importante es ella.

—Bien. Le dejo estos calmantes aquí. Dele una pastilla cada seis horas para el dolor, en caso de que lo necesite. Y por favor, complete cuanto antes la vinculación. Sabe que en cuanto esté completa, ella sanará del todo, señor Carras. Y sabe que siendo su pareja y estando en los tiempos que estamos actualmente, lo principal es eso. Que la vincule a usted.

Le doy la mano al doctor agradeciéndole todo lo que ha hecho por ella y Ben sale de la habitación después de él.

Me siento a su lado y al ver lo empapada que está en sudor, me levanto, entro al cuarto de baño, lleno una palangana con agua fresca y cojo una toalla. La mojo, la escurro bien y se la empiezo a pasar por la frente rodeando la herida con ella. Veo como se le pone la piel de gallina, como gime y como una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Se ve que esto le alivia y con tal de

hacerla sentir mejor, lo haré el tiempo que sea necesario.

Horas después, me encuentro recostado en el sillón con los ojos cerrados; pero de repente siento como algo me acaricia la mano. Abro los ojos y veo una de las manos de Frankie encima de la mía, la cual no deja de acariciar.

—Caleb —me dice en un bajo susurro.

Me acerco inmediatamente a ella y deposito un suave beso en sus labios. La miro y está devolviéndome una mirada somnolienta pero feliz.

—¿Cómo te encuentras, cielo?

—Me duele la herida, pero estoy bien. Aunque me siento un poco extraña, Caleb. Noto que hay algo raro en mí y no sé qué es.

—¿Algo extraño? ¿A qué te refieres?

—No sé... es un ruido constante, un pum, pum, pum, pum, rítmico. Lo escucho todo el rato y no sé de dónde proviene.

Un momento... no se estará refiriendo a...

Me acerco, coloco mi pecho en su oreja y le digo que preste atención al sonido, por si fuera el mismo.

—Sí, sí, ese mismo es. ¿Cómo es posible, Caleb? ¿Cómo puedo escuchar tus latidos desde aquí?

¿Y ahora como le explico yo todo lo que ha pasado? Además, se supone que esto no le tendría que haber pasado hasta que la vinculación se hubiera completado. El desarrollo de los sentidos no ocurre hasta que ha pasado ese momento. Joder, esto no es normal. ¿Qué puede haberle pasado?

Han pasado dos días y no sé qué hacer con Frankie, temo seguir con la vinculación porque lo que le está pasando no es normal. Sus sentidos están demasiado desarrollados para la poca sangre que le di. ¿Qué pasará cuando se complete la vinculación entera? Hay algo mal en todo esto y no tengo ni idea de que puede ser.

Ben me dijo que fuera a ver al chaman de la aldea, pero hasta eso temo. Temo lo que me pueda decir, tengo miedo a que haya algo malo en Frankie, la verdad. No entiendo cómo siendo una simple humana ha desarrollado ya la mitad de mis facultades lobunas, pero sé que, si quiero sacarme estas dudas de encima tengo que hacerlo, ya que, si él no me puede ayudar, sé que nadie lo hará.

Salgo de casa, me dirijo hacia el bosque y me interno en él. Camino unos diez minutos y a lo lejos diviso la casa de la persona que he ido a ver. Llamo a la puerta, entro y lo veo de pie detrás de una pira de fuego, la cual sale de un recipiente ovalado.

—Te esperaba, Caleb. Ven, siéntate que tenemos que hablar.

¿Me esperaba? Este anciano de cada vez me sorprende más. Me siento en la silla que hay enfrente y me mira a los ojos. Niega, se da la vuelta y coge un libro muy grueso de una estantería que hay a su espalda. Se acerca a mí, lo pone encima de mis piernas, y sin tocarlo, hace que el libro se abra y con el movimiento de sus manos en el aire, hace que las páginas empiecen a girar a una velocidad vertiginosa. Hace un alto con su mano derecha y me señala la página que está abierta.

—Léela en voz alta.

Bajo la mirada a esa página y veo mi nombre en grande.

—Lee, Caleb.

Caleb Carras, hijo de Callum y de Fiona, nacido en el año mil ochocientos dieciocho de nuestro señor en las tierras de Canadá.

Se le hará entrega del anillo con la piedra morada en su mayoría de edad, ya que en su destino no estará el de encontrar pareja y ese color ayudará por ser inusual. Su destino, es estar completamente solo y liderar el clan Carras hasta cumplir quinientos años. No dejará descendientes y se hará cargo del clan su hermano Ben en cuanto Caleb fallezca.

Solo un giro del destino, un destino que no es conocido por nosotros, hará que conozca a su pareja, y llegado el momento, tendrá que vincularla completamente a él, ya que cuando llegue ese momento, significará que se aproxima una guerra.

Su vinculada, la de los ojos morados, tendrá que ayudarlo, será su complemento y su fuerza. Si no se lleva a cabo la vinculación, será el exterminio del clan Carras por completo.

Si ella no aparece, serán años de paz para el clan, pero si lo hace será una temporada de guerras y de muerte. Muchos se perderán, pero al final mucho se ganará. Y con ella, el clan tendrá oportunidad de subsistir.

—¿Qué es esto chamán? ¿Esto es lo que me depara a mí y a mi clan?
¿Una guerra si me vínculo con Frankie y paz sino lo hago?

—No, Caleb. Ya no es eso. Ahora mismo no te queda más remedio que completar la vinculación con ella. Ella es la portadora de tu anillo, con ella ya has compartido tu poderosa sangre, la más poderosa del clan y no es porque seas el Alfa, es por otro tema del que ya hablaremos en un futuro, lo veo y lo sé. Al haberse iniciado la vinculación, tienes que completarla sí o sí, o de lo

contrario, todos pereceréis.

—¿Pero por qué ella tiene ya mis sentidos lobunos si aún la vinculación no se ha completado?

—Como te he dicho, de todo eso se hablará en un futuro, cuando haya acabado la guerra y os tenga ante mí. Hasta entonces, lo único que tendrás que hacer será apoyar a tu compañera, ayudarla y darle toda tu comprensión, porque te aseguro que la necesitará. En un futuro, el por qué os será desvelado, pero no antes. Ahora vete con ella, completad vuestro vínculo y esperad. En dos lunas empezará todo, así que estad preparados. Y recuerda bien lo que te he dicho, Caleb. Ayúdala.

Salgo con la cabeza hecha un lío y me dirijo de nuevo a mi casa. Guerra... en dos lunas habrá guerra y no sé por qué ni con quien. Pero si el chamán así lo ha dicho, sé que se cumplirá. Tengo que hablar con Ben y hacer una pequeña asamblea con los jefes de familia del clan; necesito ponerlos sobre aviso y así podrán estar preparados para cuando llegue el fatídico día.

Abro la puerta principal, y veo a Ben dando vueltas sobre sí mismo, con el ceño fruncido y muy pensativo. Lleva una carpeta en sus manos y en cuanto escucha como cierro la puerta, se acerca a mí corriendo.

—Joder, Caleb, te he estado buscando por todas partes. ¿Dónde coño estabas, hombre? Lo que tengo que decirte es muy urgente.

—Estaba con el chamán. Luego te lo explico todo, y ahora, cuéntame a que viene tanta prisa.

Nos dirigimos a mi despacho, cierra la puerta y al sentarme en el sillón, me tira la carpeta que lleva en su mano; pero al abrirla y leer su contenido, frunzo el ceño y lo miro.

—¿Qué significa esto hermano?

—Esto es lo que me pediste, Caleb. La información sobre Frankie. Y como puedes ver, es adoptada. No he podido averiguar nada sobre sus padres naturales, nada. Tampoco sé de donde salió antes de que sus padres adoptivos la acogieran. Es un auténtico misterio, Caleb. Antes de que se fuera a vivir con los Jones, Frankie era un fantasma.

—Da igual. Ya todo me da igual —respondo devolviéndole la carpeta—. Ahora lo importante es vincularme con ella completamente y estar listos para la guerra que se avecina.

—¡¿Qué?! ¿Pero de qué coño hablas, Caleb? ¿¿Qué guerra!?

—Mira, vamos a hacer una cosa —le digo apretándome el puente de la nariz—. Mañana a la hora de comer os lo explicaré todo a ti y a Frankie.

Tenéis que estar los dos presentes, hermano, así no tendré que explicarlo todo dos veces. Ahora, con tu permiso, me retiro a mi habitación y me terminaré de acoplar con ella.

Entro por la puerta y la veo sentada en la cama con su camisón blanco de tirantes y con un libro entre las manos. Cierro la puerta y me mira. Joder, adoro esos ojos, son hipnóticos. Tienen un color y un brillo tan impactantes, que hace que a veces me quede en babia mirándola.

Deja el libro en la mesita de noche y me abre los brazos. Me acerco lentamente sin apartar la mirada en ningún momento de la suya, y veo como se ruboriza. «Sí cielo, ruborízate, porque te voy a comer enterita, cariño».

Me siento en el borde la cama, la sujeto de los hombros y la acerco a mí lentamente. Miro su boca, la cual está entreabierta y sin pensármelo dos veces, la beso.

CAPITULO 6

Me rodea el cuello con los brazos y pega su pecho al mío, dándome a entender con ese acto que se rinde a mí. No le he dicho nada de la vinculación ya que no me quiero arriesgar a que se eche atrás, la necesito como el aire para respirar... Frankie es mía, es mi pareja, mi alma gemela, y la quiero a mi lado para toda la eternidad.

Bajo las manos a los bajos del camisón, lo voy subiendo lentamente, al mismo tiempo que voy dejando tiernas caricias desde sus rodillas hasta sus muslos. Cuando llego a la cintura, palpo y me doy cuenta de que no lleva nada debajo ya que no hay nada de tela, «maldita sea, si ya me estaba excitando solo por sentir las caricias de sus manos, ahora no puedo soportar la presión de los pantalones».

Le dejo un beso en la punta de la nariz y le quito completamente el camisón, dejándola tal y como vino al mundo. «Madre mía, ¡tiene un cuerpo precioso!» Unos pechos que caben perfectamente en mis manos, del tamaño perfecto, una cintura estrecha y unas caderas redondeadas.

La tumbo en la cama, me pongo de pie y procedo a quitarme la ropa. Me desabrocho la camisa muy muy despacio, dándole a entender que no tengo prisa ninguna en poseerla, aunque por dentro sienta todo lo contrario. Quiero que arda de impaciencia por mí, quiero que sienta tantas ganas de tenerme en su interior, que crea que va a arder por combustión espontánea.

Veo como me mira con hambre, con mucha hambre. Saca la punta de su rosada lengua y la pasa por su labio inferior... «joder ese movimiento ha hecho que me ponga más duro de lo que ya estaba». Acelero mis movimientos, me deshago de los zapatos, seguidos del pantalón y me quedo totalmente desnudo ante ella.

—Madre mía, Caleb..., no sabía que te gustaba ir en plan comando.

Le sonrío de lado y me acerco a la cama sin retirarle la mirada en ningún momento. Me pongo de rodillas y cuando veo que va a cogerme el pene, sujeto su mano y se lo impido negando con la cabeza.

—Ahora no, cielo. Será mejor que no me toques sino quieres que esto acabe antes de que empiece. Simplemente déjame a mí, preciosa; ahora, solo quiero que sientas todo el placer que te voy a proporcionar. La noche es muy

larga, cariño, y habrá tiempo para más, nena, para mucho más.

Me tumbo encima de ella, apoyando parte de mi peso en los antebrazos para no aplastarla y empiezo nuevamente a besarla. Le devoro la boca literalmente, introduzco mi lengua, juego con la de ella, la saboreo, muerdo sus labios, los lamo, los absorbo y cuando me retiro y veo que están rojos e hinchados por el trato que les he dado, empiezo a bajar por su mandíbula, su cuello, pasando mi lengua por ese camino y dejo un reguero de besos y mordiscos que la encienden más, por los dulces gemidos que salen de sus labios.

Me incorporo y la visión que me ofrece es espectacular. Está encendida por el deseo, tiene la cara colorada, la respiración acelerada y los pechos hinchados. Los pezones los tiene endurecidos y de punta, como si fueran dos guijarros. Bajo la cabeza al no poder resistirlo más y voy directo a sus pechos; los lamo, los mordisqueo, me entretengo con sus pezones color coral, y cuando sus gemidos se convierten en jadeos, paro.

—No..., por favor... Caleb.

—Shhh. Calma, tigresa, calma. Déjame a mí, cariño. Esto no ha hecho más que empezar. Relájate y déjate llevar nena, solo te pido eso.

La miro a los ojos y ese maravilloso color violeta está más oscuro de lo habitual. Joder, adoro esa mirada que tiene y el increíble brillo que desprende.

Bajo la cabeza y dejo un beso entre sus pechos, mientras mi mano derecha se posa en su sexo. Separo sus labios y me dirijo a su entrada, la cual está húmeda, muy húmeda. Introduzco mi dedo corazón y empiezo a hacer un ligero movimiento de vaivén. Frankie jadea audiblemente y levanta sus caderas saliéndome al camino..., así que aprovechando que le gusta lo que le estoy haciendo, introduzco un segundo dedo, y empiezo a masajear su clítoris con mi dedo pulgar al mismo tiempo, haciendo unos ligeros movimientos de rotación.

Joder..., nunca hubiera imaginado que Frankie fuera tan caliente. Sentir sus gemidos, jadeos, ruegos, sus manos apretando y arañándome la espalda. Será mejor que empiece ya con la vinculación o llegará al orgasmo enseguida y no es el momento.

Coloco mi pene en su entrada, cojo sus manos y las coloco a ambos lados de su cabeza cruzando mis dedos con los de ella. Empiezo a introducirme lentamente, sintiendo con cada centímetro que entra un inmenso calor que me rodea, y unas fuertes palpitations, «maldita sea, sí que es estrecha..., está siendo incluso un poco doloroso». Cuando estoy a mitad de camino, noto algo

que me impide continuar y ahí es cuando me quedo pasmado. Joder, joder... no puede ser cierto que a su edad sea...

La miro y me quedo totalmente quieto, estático, y al ver que no me muevo abre los ojos y se da cuenta de lo que está pasando.

—No le des la más mínima importancia, Caleb, por favor. Para mí ya no significa nada. He estado esperando a encontrar la persona adecuada para mí y en ti la he encontrado. Así que por favor..., sigue y no te detengas más, Caleb, o me va a dar algo.

—Pero...

—Shhh. Ya hablaremos luego, nene. Ahora, haz lo que tengas que hacer, —me dice colocando un dedo sobre mis labios.

Inspiro hondo, aguanto la respiración y de una sola arremetida, me introduzco en ella hasta la empuñadura. Veo como se tensa, suelta un quejido y como le cae una sola lágrima de su ojo izquierdo. Se la limpio con un beso, apoyo mi frente sobre la suya, esperando a que me de permiso para continuar, y cuando cruza sus piernas detrás de mi espalda y levanta las caderas, me doy cuenta de que ya está lista y de que el dolor ya ha pasado.

Así que, intentando no ser muy bruto, ya que no quiero hacerle daño, salgo lentamente y vuelvo a empujar. Al ver como gime, y no precisamente de dolor, me envalentono y acelero poco a poco mis embestidas. «Joder, esto es increíble. Nunca en toda mi vida había sentido algo así. Nunca».

Frankie se ha abandonado totalmente a mí, a lo que le hago y yo sigo concentrado en darle el máximo placer, porque eso es lo que se merece, eso y nada más. Siento como su interior empieza a palpar y a estrujarme y eso significa que está a punto de llegar al orgasmo. Empiezo a rotar mis caderas, tocando un punto interior que sé que le hará explotar, y segundos después lo hace. Así que para que la vinculación se complete, dejo salir mis caninos de la encía superior, bajo a la curvatura que hay entre su hombro y su cuello e introduzco mis colmillos, haciéndola gritar de nuevo y provocándole un nuevo orgasmo.

Saborear su sangre, y sentir su segundo orgasmo, hace que al final acabe reventando yo. El haber eyaculado dentro de ella, justo después de haberla mordido, ha hecho que la vinculación empezara.

Escucho a Frankie gemir y siento los espasmos interiores que aún tiene alrededor de mi miembro, después de haberle dado su segundo orgasmo. Pero sucede algo con lo que no contaba.

Un ligero haz de luz violeta, empieza a rodearla, haciéndose con el paso

de los segundos más y más intensa. Retiro mis colmillos de la zona donde la he mordido y lamo la herida. De repente, su cuerpo empieza a elevarse de la cama y al estar encima de ella, me eleva a mí también. La sensación es increíble; noto una ligera corriente en mi interior, como si una ligera descarga eléctrica nos recorriera a ambos. Después, la luz llega a su cénit y escucho una voz en mi cabeza.

«La vinculación se ha completado hija mía, y ahora, dependerás completamente de tu pareja eterna de vida. Amaos, cuidaos mutuamente, id alerta con todo lo que está por venir y, sobre todo, confiad plenamente el uno en el otro, siempre. Sed felices».

De repente, la voz desaparece al mismo tiempo que la luz y nuestros cuerpos descienden lentamente hasta la cama.

Me retiro poco a poco de su interior, la miro y veo que se ha quedado completamente dormida. ¿Habrá escuchado ella también esa voz o solo habré sido yo? No sé de donde puede haber venido la voz de esa mujer, ni quien puede ser. Pero lo que tengo muy claro, es que lo averiguaré.

Me tumbo a su lado, la abrazo colocando su cabeza en mi pecho y cierro los ojos.

—¿Quién eres realmente, Frankie? ¿De quién eres hija exactamente, mi amor?

CAPITULO 7

En cuanto abro los ojos, miro a Frankie y veo que el lado de su cama está vacío. Coloco la mano en donde ha dormido y se ve que hace bastante que se ha levantado, ya que su zona está fría; así que me levanto, me visto y bajo para prepararme un café, ya que me hace falta. Tengo muchas cosas que pensar.

Cuando llego al pie de las escaleras y miro hacia la cocina, la veo sujetando una taza entre sus manos y con la mirada perdida en el interior de ella. Así que me acerco poco a poco y al llegar a su lado le dejo un beso en la sien. Frankie levanta la cabeza, me mira y me sonríe; pero no es una de sus sonrisas radiantes, no, es una sonrisa forzada, y saber que va dirigida a mí no me gusta nada.

—¿Qué te pasa, nena? No te veo muy bien.

Niega con la cabeza, se levanta, tira el café por el desagüe, pasa por mi lado ignorándome totalmente y se va. «¿Pero qué puñetas le pasa?»

—No voy a permitir que me hagas el vacío, Frankie. Ni hablar nena, eso sí que no —susurro viéndola alejarse en dirección al salón.

Salgo tras ella y al llegar la veo mirando por la ventana. Está abrazándose por la cintura y mirando en la lejanía.

—Frankie...

—¿Quién soy, Caleb?

—¿Qué? ¿A qué te refieres, cielo?

Se gira y me enfrenta. Da dos pasos en mi dirección y me mira a los ojos.

—No me apartes la mirada en ningún momento, Caleb. Voy a hacerte una pregunta y quiero que me digas la verdad; quiero que seas totalmente sincero conmigo.

Me cruzo de brazos, relajo la postura y no le aparto la mirada.

—¿Estoy loca? ¿Soy humana? ¿Quién soy realmente, Caleb? ¿Quién es mi verdadera madre?

Mientras me hace esas preguntas veo como lágrimas caen por sus mejillas. Ni siquiera se las limpia, bajan hasta llegar a su barbilla y de ahí, caen al suelo.

Que me haga esas preguntas quiere decir que ella también ha escuchado la misma voz que escuché yo, y viendo su estado, se ve que le ha afectado

mucho.

—Ven cielo. Sentémonos y hablemos, cariño.

La cojo de la mano y la llevo al sofá. La siento a mi lado y giro mi cuerpo quedándome de frente a ella.

—Quiero ante todo que te quede bien clara una cosa. Me da igual quien seas, no me importa. Por mí como si fueras hija de un alien, cariño; me daría completamente igual. Lo único que sé y de lo que estoy completamente seguro, es de que te quiero nena. Eres mi pareja, la mitad de mi alma y nada más me importa, nada. ¿Loca? No mi niña, no estás loca —afirmo acariciándole la mejilla—. ¿Humana? Desde luego que lo eres, no lo dudes. Humana y muy muy especial para mí. ¿Quién es tu verdadera madre? Lo averiguaremos. Y sé porque me haces esa pregunta, ya que ayer noche creo que ambos escuchamos lo mismo, Frankie. Y si tu pregunta es por lo que pasó..., solo te pido que no saques conclusiones precipitadas. Lo de ayer pudo haber sido un hecho puntual, un caso aislado..., o tal vez no. Eso lo sabremos con el paso del tiempo. Pero mientras tanto, creo que no tendrías que preocuparte por eso. Y con respecto a quién eres. Eres Frankie, la mujer a la que amo. Y con eso me basta.

—Pues a mí no me basta, Caleb. A mí no. Necesito saber qué es lo que pasó ayer durante nuestra vinculación. Tengo que saber porque oigo a la ardilla que hay en ese árbol —señala la ventana y me muestra el árbol, el cual está a unos cincuenta metros—. Porque escucho el caudal del río que hay a lo lejos, porque puedo escuchar cómo se acelera tu corazón mientras te hablo. Esto no es normal, Caleb, algo me pasa y estoy muy asustada.

—Esto que te pasa es normal, cariño, es parte de la vinculación. Podríamos llamarlo consecuencias. Al darte parte de mi sangre, tu cuerpo se adaptó y cogió alguna de mis habilidades de lobo. Olfato mejorado, oído, vista... y creo que más cosas, pero solo las sabremos con el paso del tiempo. Con respecto a lo de la voz que ambos escuchamos, solo te puedo dar una opción. Te puedo llevar a ver al chaman de la aldea, cariño. Él lo sabe todo sobre nosotros, todo. Así que, creo que no perderíamos nada si nos acercáramos a hacerle una visita. ¿Te parece bien? Tal vez él pueda despejar tus dudas.

Asiente, apoya la espalda en el sofá y cierra los ojos. Se la ve cansada, como si no hubiera podido pegar ojo en toda la noche. Las pequeñas ojeras que rodean sus ojos me lo demuestran.

—Ven nena, —estiro mi mano y le cojo la suya—. Vámonos a descansar,

lo necesitas.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me duerma? Por favor.

—Desde luego mi niña. Claro que me quedaré contigo.

Subimos las escaleras y antes de llegar arriba, Frankie de repente, se sujeta fuerte por la cabeza, suelta un grito y se queda hecha un ovillo.

—¡Frankie! —grito agachándome a su lado. Nena, nena... hálbame, por favor.

Lo único que hace es sollozar fuertemente y apretar con fuerza su cabeza.

— Duele, due...le mu...cho.

La incorporo muy despacio y la coloco en mi regazo, la abrazo y beso su sien, mientras la voy meciendo intentando calmarla.

Tengo que decir que eso sí que no me lo esperaba y que me estoy acojonando. Madre mía ¿qué tiene?

Beso sus labios muy suavemente y en el momento en que lo hago Frankie abre los ojos ampliamente y me mira. Tiene las pupilas completamente dilatadas y el morado de sus ojos brilla.

«Esta es la segunda vez que me pongo en contacto contigo, mi amor, así que escúchame bien.

El tiempo de la batalla se acerca, y será una batalla crucial para el destino de todos vosotros. Es tiempo de que luchéis juntos, de que os apoyéis y de que lo sepáis todo.

Mañana, dirigíos a la parte prohibida del bosque, la que los clanes tienen prohibido el acceso. Id hacia la zona norte, caminad siempre en esa dirección, hasta que visualicéis la estatua de una mujer. Una vez allí deteneos y esperad.

En algún momento de vuestra travesía me volveré a poner en contacto. Cuando lo haga, seguid mis instrucciones hasta el final.

Solo entonces, descubrirás la verdad, mi amor.

Caleb, cuida de mi pequeña.»

Tras esas palabras noto como el cuerpo de Frankie queda laxo en mis manos. Separo mis labios de los suyos, la miro y veo que ha perdido el conocimiento. Me levanto con ella entre mis brazos y al llegar a mi habitación, la tumbo en la cama y la tapo.

Ya es la segunda vez que escucho esa voz. Por lo que he podido comprender, puede que se trate de su verdadera madre, pero lo que también me ha quedado claro es que no es un ser humano convencional, sino alguien con poder. De lo contrario, sería imposible que mantuviera esas

conversaciones telepáticas con ella..., con nosotros.

Salgo de la habitación y me dirijo a mi despacho. Me siento en el sofá, cojo mi teléfono móvil y llamo a Ben. Después de cuatro tonos, se pone.

—Dime, Caleb.

—No sé dónde estás, Ben. Pero haz lo que hazas, necesito que lo dejes inmediatamente y vengas. Ha ocurrido algo y necesito contártelo.

—¿Es grave?

—Sí y no. No sé, Ben. Es algo a lo que no le encuentro explicación. Intento encontrársela, pero me es imposible. Ya no sé qué pensar de todo esto y necesito que me echas un cable.

—De acuerdo, dame quince minutos.

—Perfecto. Estaré en mi despacho.

En ese momento llaman a la puerta y después de dar permiso para que entren, Jonás, uno de nuestros Betas, entra y cierra la puerta a su espalda.

—Disculpa la intromisión, jefe. Pero hay algo que tengo que contarte y es muy urgente.

Me levanto del sofá, me siento detrás de mi escritorio y le indico que se siente.

—Verás. Como sabes, vivo en el límite entre nuestra tierra y la zona prohibida.

Asiento, apoyo los codos en la mesa y cruzo las manos debajo de la barbilla.

—Pues he venido a verte, porque hace dos días que están sucediendo cosas raras y no sé a qué puede ser debido. Ya que como te puedes imaginar, en la zona prohibida no tengo cojones de entrar, Caleb.

—¿Qué cosas son las que ocurren?

—Pues... resplandores morados que se reflejan en las copas de los árboles, animales de todas las especies que salen en estampida del interior del bosque, una voz que solo repite, «cuidado», en ocasiones..., y todo eso siempre ocurre de noche, cuando el bosque está tranquilo.

—¿Siempre de noche?

—Sí, Caleb. Alrededor de las dos de la madrugada. La verdad es que he intentado hablarlo con los demás componentes del clan y ninguno tiene explicación a los que está pasando. Pero bueno, te lo queríamos explicar, por si tú tenías alguna idea de todo esto. O si podías saber a qué puede ser debido.

Suspiro fuertemente y niego.

—La verdad es que no, Jonás. Pero igualmente, en unas horas tenía

pensado ir a ver al chamán. Puede que él tenga alguna explicación. De todas maneras, cuando vuelva hablaré contigo, y si todo esto sucede por algún motivo, te lo contaré.

Se levanta, baja la cabeza a modo de saludo y sale por la puerta al mismo tiempo que Ben entra. Se sienta en la misma silla que ha estado sentado Jonás, y me mira.

—Lo que te voy a contar no puede salir de aquí, ¿entendido?

Asiente y me mira.

—Me estás acojonando, Caleb. ¿Ha pasado algo malo?

—No se podría llamar, malo. Sino..., ¿peculiar?

Me mira con el ceño fruncido y cogiendo aire se lo suelto a bocajarro.

—Creo que la madre de Frankie no es humana.

CAPITULO 8

Frankie y yo nos encontramos en la entrada del Bosque Prohibido junto a Ben. Después de la conversación que mantuve con él en mi despacho sobre mis dudas sobre la madre de Frankie y de decirme, que si quería aclarar completamente mis dudas lo mejor era hacer lo que nos dijo la voz, tomé en cuenta su sugerencia y esa misma noche hablé con Frankie.

Al haber escuchado ella la misma voz y estar con tantas dudas, la verdad es que no me puso ningún problema. Al contrario, me dijo que fuéramos lo antes posible y aquí estamos.

—Tened mucho cuidado, chicos, no os separéis bajo ningún concepto y estad alerta. La verdad es que no sé porque habéis decidido entrar ahí llegando la noche. Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Tranquilo Ben. No nos pasará nada. Míralo por el lado bueno; al final podré contaros que es lo que se esconde, o no, en el interior de ese bosque. Siempre ha sido algo tabú para nosotros, así que dentro de poco dejará de serlo.

—Joder, Caleb, no sé cómo puedes estar tan tranquilo. ¿Y tú, Frankie?

—Bien. A ver, no te niego que estoy un poco nerviosa, pero el saber que voy con él y que encima tiene la habilidad de convertirse en una bestia agresiva..., la verdad es que me da mucha seguridad.

—¿Bestia agresiva? Vaya..., gracias cielo.

—Tú ya me entiendes, cariño —me dice haciendo un aspaviento con las manos.

Me encojo de hombros mirando a Ben y él pone los ojos en blanco.

—Bien ¿Lista cielo?

Frankie asiente y después de darle un abrazo a mi hermano y él un beso a Frankie en la mejilla, nos cogemos de la mano y empezamos a introducirnos en el bosque.

A medida que vamos entrando, me doy cuenta de que la luz empieza a disminuir. Son tan altos y tan tupidos los árboles que prácticamente tapan la poca luz que nos regala el poco sol que queda; así que cojo la linterna de la mochila e ilumino el camino.

—Nena, ¿estás bien? Desde aquí escucho tus latidos y están muy

acelerados.

—Sí, sí, estoy bien. Lo que pasa es que la oscuridad no me gusta. La verdad, es que nunca lo ha hecho. Siempre me he puesto nerviosa, desde bien pequeña en cuanto mi madre apagaba la luz de mi habitación para que me durmiera, lo primero que hacía era meterme debajo de la manta y hacerme un ovillo. No sé..., tal vez lo encuentres una tontería, pero...

—No, nena. No es ninguna tontería. La verdad es que todos tenemos miedo a algo. Aquí dónde me ves, mi mayor temor son las arañas. La más minúscula de ellas me pone histérico.

—¿En serio? —me pregunta sonriéndome con pillería.

—Sip. Pero esto quiero que quede entre tú y yo, ¿ok? Un secreto por otro. Frankie se pone de puntillas, me sujeta las mejillas y me besa.

Es notar el contacto de sus dulces labios contra los míos, y una pequeña energía empieza a recorrer el interior de mi cuerpo. La abrazo fuertemente contra mi pecho, ella rodea mi cuello con sus brazos y así como se va intensificando el beso, Frankie se pone rígida de repente. Abro los ojos sin separar nuestros labios y los de ella también se abren de golpe y empiezan a emitir ese ligero brillo morado.

«Cuidado, chicos. Vigilad bien vuestros sueños. Confíad el uno en el otro. Pase lo que pase, confiad».

Nos separamos de golpe y Frankie cae nuevamente inconsciente en mis brazos. Joder, tengo que averiguar por qué le ocurre esto después de que nos hable esa voz. Porqué le ocurre a ella y a mí no.

La cojo en mis brazos y sigo caminando. Tengo que encontrar un buen lugar donde poder pasar la noche que no sea aquí, en la intemperie.

De repente, escucho un ruido a mi espalda y me giro rápidamente. Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Un nuevo crujido, como si una rama se hubiera partido suena a mi derecha y mirando en esa dirección pongo toda mi atención. Intento escuchar algo con mi oído lupino, pero no oigo nada. Mi mirada tampoco capta nada y tampoco mi olfato.

Me giro y empiezo de nuevo a caminar poniendo todos mis sentidos en lo que me rodea. No quiero que nada me pille desprevenido y más llevando a Frankie entre mis brazos. Llevo cerca de una hora caminando sin dejar de vigilar y la verdad es que no sé dónde puedo parar. No termino de encontrar ningún sitio lo suficientemente resguardado para los dos. Lo único que tengo claro es que sigo yendo en dirección norte, tal y como nos dijo que hiciéramos la voz.

—Caleb, hermano.

—¿Ben? —pregunto asustado mirando a ambos lados.

—Detrás de ti.

Me giro y ahí está Ben. ¿Cómo puede ser que esté aquí? ¿Ya no le tiene miedo al bosque?

—¿Qué haces aquí, hermano?

Se encoge de hombros y se acerca a mi lentamente.

—Lo he pensado mejor y bueno..., quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Me señala a Frankie con la cabeza y frunzo el ceño.

—No te entiendo. ¿Frankie? ¿Qué pasa con ella?

—Verás. Hace tiempo que quería comentarte una cosa, pero al final he cogido valor para hacerlo. Sé que tendría que habértelo dicho antes, pero tenía miedo de que te pasara algo y no quería guardármelo para mí. Verás... ¿Recuerdas cuando me contaste lo que te dijo el chamán sobre tu destino? ¿Que realmente tu destino era estar solo, y que, si encontrabas a tu pareja, llegaría una guerra?

Asiento y aprieto a Frankie más fuertemente contra mí. Aquí hay algo que me huele mal.

—¿Qué me estás queriendo decir, Ben?

—Nada importante. Solo quería darte mi punto de vista y me gustaría que lo tuvieras en cuenta. Verás... ¿Realmente ella vale tanto la pena como para poner en peligro la vida de todos los componentes de tu clan? ¿La mía? ¿Nos sacrificarías a todos por ella, Caleb?

—¡Pero que estás diciendo, Ben! ¡No tienes ningún derecho a decirme eso! ¿Acaso no elegirías tú a la mujer de tu vida, a tu alma gemela, después de más de cuatrocientos años de espera? La guerra no es segura, Ben. ¡No es segura! No pienso deshacerme de mi mitad por una burda suposición. ¡Ni de coña! ¿Por qué me dices eso?

Nunca hubiera esperado esas palabras de mi hermano. Creí que siempre me apoyaría, que sería feliz al verme finalmente con el amor de mi vida.

—Bien. Pues ya que estás en contra de tu clan y estás poniendo por delante de nosotros, de tu hermano y de tu pueblo a una simple humana, te desafío a un combate a por el liderazgo. ¡¡¡Te reto a muerte por el puesto del Alfa, Caleb!!!

Mientras tanto, en la mente de Frankie

—La verdad es que nunca me hubiera imaginado esto, hija mía. ¿Me estás diciendo que nos dejas, que dejas a tu familia y tu tierra por un hombre lobo? ¿Es que has perdido el juicio, Francisca? ¡Los hombres lobo no existen! ¡Haz el favor de dejar de decir estupideces y piensa!

—No te pido que me creas, papá. Solo te estoy diciendo una realidad. Si he venido hasta aquí, es para comunicaros mi decisión; que la aceptes o no, es tu problema.

—¡A mí no me hables así, descarada! Y solo te diré una cosa. O él o nosotros. Como elijas a ese hombre antes que a tu familia, te juro que te desheredo y que no volverás a saber nada más de nosotros el resto de tu vida.

No entiendo como mi padre puede ponerme en esa tesitura. ¿Mi familia o Caleb?

—Ese hombre nunca te amará, niña. ¡¿Acaso crees que alguien podría amarte!? ¡Recuerda tu hándicap, Francisca! ¡Sé realista, maldita sea! Ese hombre, o lo que sea, quiere algo de ti, necesita algo de ti, pero te aseguro que amor no es. ¡Es imposible!

Escuchar esas palabras tan duras de parte de mi progenitor hacen que lágrimas amargas descendan por mis mejillas. ¿Cómo se atreve a decirme eso? ¿Así me demuestra cuanto me ama? ¿Siempre ha pensado eso de mí?

—Padre...

—Ese hombre te dará la patada cuando menos te lo esperes. No pierdas el tiempo con él, Francisca. Vuelve con nosotros y olvídale. Nosotros te queremos, él, te aseguro que no.

«Confía hija mía. Confíad en vosotros. No dudes.»

—¡¡¡No!!! —respondo gritando a las palabras de mi padre y abro los ojos de golpe.

Me intento incorporar y los brazos de Caleb me lo impiden.

—¿Caleb? ¿Qué haces? Bájame, por favor.

—No nena. Ahora mismo será mejor que no te deje sola. No me fio de mi hermano.

Miro a mi alrededor y no veo nada. ¿De qué me habla?

—Caleb, ¿de qué me estás hablando? ¿Por qué mencionas a Ben?

Me mira con el ceño fruncido y me señala enfrente de él con la cabeza.

—Déjame bajar, cielo. Por favor.

Niega y me aprieta más fuerte contra él.

—¡Caleb, bájame!

—¡No! ¡Corres peligro! ¡¿es que no lo ves?!

—¡El qué! ¡Yo no veo nada! ¡Dime que está pasando, maldita sea!

—¡Joder, nena! ¡Mi hermano está enfrente de mí y está en proceso de transformación! ¡Tengo que protegerte!

Miro de nuevo y estamos solos. ¿Qué puñetas le pasa?

—Caleb, mírame, ¡Mírame!

Me mira y veo como sus ojos están completamente amarillos. Madre mía ¿estará el también a punto de transformarse? ¿Qué cojones está pasando?

—Confía en mí, ¿ok? No hay nadie delante de nosotros, amor mío, nadie. Ben no está aquí, no está. No sé qué está pasando, pero te juro que estamos solos. Confía en mí, por favor, mi amor. Estamos solos.

De repente me deja en el suelo, me empuja tirándome de culo y empieza a rugir a lo bestia. Se agazapa, le crecen los colmillos de las encías y veo como se pone en posición de ataque, con los brazos abiertos y mirando un punto en el que no hay nadie.

—¡Caleb, no! —grito con todas mis fuerzas, alzando la mano para pararlo y arrodillándome al mismo tiempo. ¡Tengo que detenerlo!

CAPITULO 9

Me pongo de pie para impedir que lo haga y no puedo dar un paso. Miro a mis pies y veo unas raíces rodeándolos. ¿Qué puñetas está pasando aquí?

Las raíces se van alargando, empiezan a subir por mis piernas, me levantan del suelo y deslizándose por la tierra me colocan contra el tronco de un árbol. Siguen subiendo, rodeándome la cintura, el tórax, los brazos, hombros, cuello, hasta dejarme totalmente inmovilizada e indefensa.

—¡¡¡Caleb!!! ¡¡¡Ayúdame por favor!!! ¡¡¡Caleb!!! —grito totalmente desgarrada ya que la presión que ejercen en mi cuerpo es demasiado intensa. Me duele.

Caleb está medio transformado y sigue gruñendo.

—¡¡¡Caleb, mírame!!! ¡¡¡mírame!!!

La presión aumenta alrededor de mi garganta y empiezo a notar que me falta el aire. Me mira, mira hacia la nada de nuevo y me vuelve a mirar.

—Por favor..., Caleb... —susurro al mismo tiempo que una lágrima empieza a descender por mi mejilla.

Veo como todo se empieza a difuminar a mi alrededor y siento como cada vez me cuesta más coger aire.

—Caleb —lo llamo de nuevo sin apenas fuerza en mi voz.

Mi cabeza cae hacia abajo, siento que estoy perdiendo la consciencia y no voy a poder hacer nada para intentar ayudarlo.

De repente un fuerte rugido suena a mi lado y noto como la presión empieza a disminuir y como mi cuerpo va inclinándose hacia abajo. No tengo fuerzas para mantenerme en pie, siento una debilidad increíble en mi cuerpo y cuando estoy a punto de tocar el suelo, unos fuertes brazos me rodean y me abrazan.

Cojo aire con la boca, intentando llenar mis pulmones con la máxima cantidad de aire posible y abro lentamente los ojos, intentando aclarar mi visión. Miro a Caleb y al ver sus ojos, los cuales aún están amarillos me estremezco interiormente. La verdad es que imponen.

—Nena —me dice con voz más grave y ronca de lo normal elevándose en sus brazos y abrazándome fuertemente. — ¿Estás bien mi niña? Lo siento mucho, no te imaginas cuanto lo siento, cariño. Casi... casi te he perdido.

Me mece suavemente y pone su barbilla en mi hombro. Siento como me acaricia el cuello con su nariz e inhala haciéndome cosquillas.

—Caleb, cielo. No hagas eso. Creo que no debo oler muy bien.

—Para mi hueles de maravilla, nena. Necesito esto, necesito tu olor sobre mi. ¿Estás mejor vida mía?

Afirmo y le acaricio la mejilla. Levanta la cabeza de mi hombro y me mira. Levanto mi otra mano y la paso por su pelo, su cara, cuello y repito el movimiento con la otra mano. Sigo acariciándole, bajando por su cuello, hombros, torso y vuelvo a subir recorriendo el mismo camino. Me fijo en como sus ojos vuelven poco a poco a su color natural y como sus colmillos se retraen dentro de las encías. Baja su boca lentamente y me deja un dulce beso en mis labios. Rodeo su cuello con mis brazos y lo atraigo hacia mí.

Ese movimiento por mi parte es como si hubiera sido el pistoletazo de salida, porque en cuanto siente eso, oigo como gruñe interiormente y su beso se vuelve más posesivo. Introduce su lengua en mi boca, me acaricia el paladar con ella y empieza a jugar con mi lengua. Imito sus movimientos, devolviéndole todo lo que me está dando y se separa de mi rompiendo el beso.

—Desnúdate, cariño. Quiero sentirte, necesito hacerte el amor, nena.

—Caleb...

—Por favor, Frankie. Desnúdate o no respondo.

Se pone de pie y empieza a quitarse la ropa rápidamente. En pocos segundos se queda totalmente desnudo delante de mí, dejándome con la boca abierta. Tengo que admitir que tiene un cuerpo increíble. Ni el David de Miguel Ángel tenía el cuerpo que tiene Caleb. La verdad es que es digno de envidia.

Hombros anchos, brazos musculados, pectorales bien definidos al igual que sus abdominales con esos oblicuos bien marcados. El vello negro que tiene me encanta. Sigo bajando y la erección que me muestra me deja prácticamente salivando. «Madre del amor hermoso, lo que le haría yo si me dejara».

—¿Otra vez pensando en voz alta, cariño?

Lo miro enrojando y tiene una sonrisa socarrona en los labios.

—No te preocupes, mi niña, que habrá tiempo para todo. Pero ahora no. Ahora tienes que desnudarte o te arranco la ropa, Frankie. Estoy a punto de perder el control.

Me levanto y empiezo a desnudarme lentamente. Quiero ofrecerle un espectáculo, quiero que nunca olvide este momento, como no lo haré yo. La

verdad es que verlo tal y como vino al mundo ha sido increíble. Me da que esa imagen se quedará grabada en mi mente para siempre.

Me quedo en ropa interior y me acerco lentamente hacia él, pero me detiene levantando la mano gruñendo.

—Todo, Frankie. Quítatelo todo.

Asiento y después de quitarme el sujetador, me bajo las bragas y las dejo a un lado.

Caleb se acerca poco a poco a mí, mirándome como si fuera un depredador en busca de su presa. Y sé que, en este momento, su presa soy yo.

Me coge de la cintura y me levanta. Lo abrazo, rodeo su cintura con mis piernas y empieza a devorar mi boca con ansias. Baja su mano a mi sexo y lo acaricia, recorriendo mis pliegues de arriba abajo.

—Joder, nena. Ya estás empapada.

—Es culpa tuya, cielo. No te imaginas lo que le haces a mi cuerpo con solo mirarte.

Me eleva un poco y se empala de golpe haciéndome gritar por la impresión. La mezcla de dolor y placer es tan inmensa que sé que como siga así en poco alcanzaré el orgasmo.

Me baja sobre su miembro con fuerza, al mismo tiempo que eleva su pelvis, haciendo que las embestidas sean más profundas. Yo solo puedo dejarme hacer y sentir. Es tan maravilloso lo que me hace, que solo puedo jadear y gemir.

—Frankie, Frankie... es increíble notar como me rodeas, como me aprietas. No tardaré mucho cielo.

—Yo tampoco, sigue, cielo, sigue.

No para el ritmo en ningún momento, continúa haciéndome el amor intensamente y me vuelve a besar, imitando con su lengua el mismo movimiento que realiza su pelvis. Siento como el orgasmo se acerca, se va haciendo más y más intensa la sensación, hasta que llega un punto en el que va a explotar, y lo hace.

Suelto un inmenso grito al llegar, notando como palpita mi interior, estrujando el miembro de Caleb y dos embestidas después, escucho su rugido, haciéndome saber que él también lo ha alcanzado.

Cae de rodillas al suelo sin soltarme y me abraza. Lo siento en mi interior más hinchado de lo que normalmente está y haciendo un movimiento de presión con mis músculos internos, lo escucho gemir.

—Nena, será mejor que no vuelvas a hacer eso o te volveré a tomar ahora

mismo. Por si no te has dado cuenta, sigo duro en tu interior.

Afirmo y le guiño un ojo.

—La verdad es que me encantaría otra ronda, cariño. Pero creo que lo mejor sería que nos vistiéramos y continuáramos con nuestro camino, aunque me pese. La verdad es que me encantaría que nos quedáramos así un poco más.

Caleb me besa, sale de mi interior y se viste de nuevo. Yo me dirijo a mi mochila, saco unas bragas nuevas y me limpio con las que llevaba antes. Me visto y después de colocarme la mochila a mi espalda me doy la vuelta y me quedo de piedra al ver la más increíble visión que han visto mis ojos en toda mi vida.

Enfrente de mi hay una mujer rodeada de una luz violeta. Lleva una túnica blanca y encima una capa del mismo color. Tiene el pelo muy rubio, casi blanco, el cual le llega a la cintura y lleva los pies descalzos.

Miro a Caleb y está mirándola como si hubiera visto una aparición. Me acerco a él y le cojo la mano. Me mira, la mira de nuevo y esa mujer levanta las dos manos con las palmas hacia arriba.

—Bien hecho. —nos dice sonriéndonos—. Habéis llegado hasta aquí y no os habéis dejado engañar por lo que habéis visto. Habéis confiado el uno en el otro y eso era lo principal. Seguidme, por favor. Tengo que contaros muchas cosas, muchas.

Caleb y yo nos miramos sin saber qué hacer.

—Frankie. Si quieres respuestas de todo, hija mía, será mejor que me acompañéis. Y tú Caleb, como Alfa de tu clan, también necesitas saber un par de cosas muy importantes. No tenéis nada que temer de mí, de verdad. Pero es imperativo que os ponga al día. Por favor, venid.

Se da la vuelta, se coloca la capucha sobre su cabeza y empieza a caminar. Caleb y yo nos agarramos fuertemente de la mano y empezamos a seguir esa aura violácea que se empieza a internar en el bosque, y a alejarse poco a poco de nosotros.

CAPITULO 10

Ainé

Veo como Frankie y Caleb me siguen todo el camino hasta que llegamos a mi cabaña. Caleb tiene que agacharse al entrar, es una simple choza de piedra y paja; redonda, de techo bajo y con tan solo una mesa y tres sillas en el centro. No necesito nada más, no quiero distracciones.

Les indico que tomen asiento frente a mí. Frankie lo hace bajo la atenta mirada de Caleb. He notado como la protege, como la cuida, y eso hace que me sienta un poco más tranquila; mi pequeña no está sola.

—Necesito respuestas — dice Frankie viendo que no empiezo a hablar.

—Esa impaciencia es casi tan antigua como nuestro legado — le contesto y ambos se quedan callados mirándome.

Frunce el ceño y veo como no me quita ojo, así que suspiro y me concentro en lo que les voy a relatar.

—Para lo que os voy a contar ahora necesito que abráis vuestra mente. Sobre todo tú, Frankie.

Ella asiente lentamente. Caleb le coge la mano debajo de la mesa y le da un ligero apretón.

—Mi nombre es Ainé. Provengo del clan druida primigenio que se originó en los albores del tiempo.

Caleb se acomoda en su asiento sin dejar de mirarme.

—Mi clan fue el que originó al vuestro —digo mirando a Caleb— un error que intentamos subsanar desde entonces.

—Vaya, gracias —contesta Caleb con un tono irónico que no me pasa desapercibido.

—¿Conoces el origen real de tu clan? —le pregunto y veo como él asiente, pero ella niega.

Tendré que explicar un poco la historia.

—En mi clan, había una druida llamada Kaile, la cual se enamoró de un joven humano de la aldea, cerca del asentamiento druida en el que ella vivía. Ambos se amaron desde el primer momento y cualquiera que los viera, sabía que su amor era puro y eterno. Pero, aunque su amor lo era, el cuerpo del

humano, no. Los primeros años no importaron, ambos eran jóvenes, pero desgraciadamente, el tiempo comenzó a hacer mella en el joven humano.

Paro un segundo porque a mi mente viene el recuerdo de ellos besándose en la «Roca Madre» y no puedo evitar sonreír.

—A Kaile no le importaba, ella amaba su alma no su cuerpo, pero él no lo entendía así. Decidió dejarla, aunque ambos estuvieran destrozados por ello. Kaile, no podía soportar la idea de no estar con él, de saber que un día él iba a morir aunque regresaran juntos. Así que convocó a los espíritus del bosque para que la ayudaran.

—¿Los espíritus del bosque? — pregunta Frankie.

—Las fuerzas de la naturaleza han estado siempre presentes en los bosques, los desiertos, los ríos, las montañas, en todo lo que nos rodea. Son energía. Si los invocas, acuden a ti. Pero hace siglos que no se conoce un caso ya que supuestamente se habían extinguido los druidas, los únicos capaces de hacer eso. Por ese motivo, hace cientos de años que no se ha vuelto a hacer.

—Así es, Caleb — su explicación es correcta — aunque no nos habíamos extinguido, tan solo pasamos a un segundo plano.

Caleb asiente y Frankie me mira queriendo saber más de la historia, así que continúo.

—El espíritu del bosque que apareció, fue un lobo gigante de pelo negro y ojos morados. Ella rogó por su amado y sus ruegos fueron escuchados. No sabemos bien como ocurrió la transformación, ya que se hizo a escondidas para evitar ser detenidos por el resto del clan druida, pero el humano pasó de tener los ojos marrones a morados.

— ¿Es el color habitual en los lobos? — pregunta Frankie.

Niego con la cabeza.

—No, este era especial. Los druidas, sin embargo, sí que poseemos todos el mismo tono aguamarina en nuestros ojos, así es como podían distinguarnos.

Frankie asiente dejándome ver que ha entendido lo que le digo.

—Kaile y el humano, que ya no lo era, pasaron años felices juntos. Pero algo comenzó a cambiar, poco a poco, lentamente, como la mala hierba que crece en un prado que va expandiéndose despacio, hasta que es demasiado tarde para arrancarla toda.

Se me encoge un poco el alma al pensar en ese momento. Jamás vi a nadie tan triste como a Kaile cuando se dio cuenta.

—El medio lobo, medio humano, comenzó a comportarse de forma más primitiva. Empezó a ser dominante, celoso, violento. Hasta ese instante había

vivido entre los humanos que habían sido su familia y amigos sin que nadie sospechara nada. Pero llegó un momento, en que nada era suficiente para él, quería ser el líder.

—Era un lobo alfa — concluye Frankie.

—Así es querida, su naturaleza lupina salió a la luz creando caos y confusión. Kaile creía que lo podría controlar, pero no fue así, acabó con la mitad de su aldea en una sola noche y sin remordimientos.

Frankie tiembla levemente.

—Al ver Kaile que ella sola no podía detenerlo, pidió ayuda a su clan. Intentaron detenerlo por todos los medios, pero no pudieron, no hasta que la druida con el don de la visión halló la forma. Kaile, estaba embarazada y la niña que naciera de esa unión, era la única con poder para destruirlo.

—Oh Dios mío — susurra Frankie.

—Así es. Esa bebé que aún no había nacido, debía matar a su padre. Hicieron un ritual ancestral y convirtieron a esa criatura, que aún estaba en el vientre de su madre, en «La Destructora».

—¿Cómo pudisteis pedirle a una niña que matara a su propio padre? — me pregunta Frankie horrorizada.

—Porque era la única manera de salvar a los humanos.

—Aun así, eso fue una locura — continúa Frankie.

—Si hubiera sido un padre normal sí, pero cuando se enteró de la profecía, fue él quien intentó matar a su hija.

Frankie suelta un pequeño grito.

—El clan de los druidas, se trasladó a tierras más seguras y crio a Finoa para que llegado el momento, se convirtiera en La Destructora.

Veo algunas lágrimas caer por las mejillas de Frankie. Mi dulce niña es demasiado sensible para un mundo así.

—Cuando se hizo mayor, Finoa buscó a su padre por lo alto y ancho del mundo para matarlo; solo que cuando lo encontró, se dio cuenta de que él también había estado preparándose para hacer lo mismo.

Tome una respiración antes de llegar a la parte que sabía que iba a cambiar el mundo de Frankie.

—De alguna manera, había logrado que más humanos se transformaran y creó su propio clan lupino. Todos estaban esperándola para matarla. Pero ella tenía alguna de sus capacidades, como la rapidez, la agudeza visual o la olfativa, al igual que ellos. La pelea fue dura y ella estuvo a punto de ganar; pero en el último momento, Finoa no pudo asestar el golpe de gracia a su

padre. Cuando lo tuvo bajo ella, con una daga apuntando a su corazón, lo miró a los ojos y vio en ellos al hombre que su madre había amado, del que tantas historias había escuchado, el hombre que poseía los ojos del mismo color que ella.

—¿Finoa tenía los ojos de color morado? —Me pregunta Frankie y yo asiento.

—Así es. Tenían los mismos ojos, pero no el mismo corazón. Él no desaprovechó la oportunidad, le arrebató la daga y se la clavó en su pecho.

—¡No!

—No murió en ese momento, pero su clan pudo sentir como su espíritu abandonaba su cuerpo y se presentaron allí, junto a ella, para acompañarla.

—¿Y no los mató a ellos también?

—Solo fueron sus almas las que llegaron hasta Finoa — aclara Caleb.

—Eso es. Pero su espíritu se negó a desaparecer. En lugar de eso, se transformó en millones de partículas relucientes que envolvieron a la única druida embarazada del clan.

—¿Qué pasó entonces? —pregunta ansiosa Frankie.

—Ella traspasó su legado de Destructor a dicha mujer. Cuando dio a luz a una niña de ojos azules aguamarina, las esperanzas se perdieron, pero nuevamente la Druida con el don de la Visión predijo algo.

—¿El qué?

—Que tardaría mil años en regresar y que Finoa, volvería para acabar el trabajo que comenzó. Que podríamos distinguirla por lo único que la diferenciaba de nosotros.

Frankie se me queda mirando y puedo ver en sus ojos el momento exacto en que lo entiende todo.

—El color de sus ojos, tenemos el mismo color, ¡oh dios mío! Soy descendiente de Finoa —dice sobresaltada.

—No, mi niña. Eres su reencarnación.

CAPITULO 11

Frankie

—¿Su reencarnación? ¿Me estás diciendo que la profecía se está cumpliendo y que tengo que matar a todos los licántropos?

Me levanto de la silla y empiezo a dar vueltas por dentro de la minúscula cabaña. La miro, miro a Caleb y niego repetidas veces.

—No, puedo, ¡no puedo hacer eso! Sabes que soy su pareja —le digo señalando a Caleb— no voy a matarlo a él ni a nadie, ¡no lo haré!

—Te entiendo, cariño. Tú no tendrás que hacer nada. Como bien sabes, los clanes lupinos también están al tanto de la profecía y saben que el momento se acerca. No vas a tener que ir a por ellos, mi niña; serán ellos los que vengan a por ti y llegado ese momento, te vas a tener que defender. Tendrás a Caleb a tu lado para ayudarte, porque estoy convencida de que te ama con toda su alma y sé que daría su vida por ti si fuera necesario.

Veo como Caleb asiente y me mira con tanto amor, que hace que se me retuerza el corazón.

—Yo también lo haría, y él lo sabe —afirmo devolviéndole la misma mirada.

—Sí, chicos, pero tenéis que saber que el gran momento está más cerca de lo que creéis y que tú, Frankie, aún no has desarrollado todo tu potencial y poder. Y que para que eso suceda, dependerás totalmente de tu pareja.

La miro sin entender a qué se refiere y veo como enrojece y señala a Caleb con la cabeza.

—Ah, entiendo —susurro y él me guiña un ojo.

Miro a Ainé y me cruzo de brazos después de volver a sentarme en la silla.

—¿Y me puedes explicar eso de que tú eres mi madre?

Respira profundamente y se endereza.

—Porque lo soy, cielo. Soy la misma mujer que te tuvo hace más de mil años.

Me quedo estática en la silla y noto como Caleb aprieta mi mano haciéndome daño.

—Eso no puede ser —le digo mirándola a los ojos— es imposible...,

ningún ser humano...

Me interrumpe levantando la mano y mira a Caleb.

—Cielo, como ya te he explicado anteriormente, los druidas sacan su poder de la naturaleza, de toda ella. He estado todos estos siglos ayudándome de todo lo que me rodea, cogiendo prestado su poder, hasta el momento en que te tuviera delante de mí y te contara toda la historia. Cuando naciste, tuve que ocultarte, tuve que llevarte muy muy lejos para que nadie pudiera dar contigo. El tiempo de la profecía se aproximaba y no quería ponerte en peligro. Así que viajé, atravesé el océano y te dejé en la puerta de la casa de los que tú conoces como tus padres. Fue muy difícil para mí separarme de ti, vida mía, pero sabía que llegado el momento volveríamos a reunirnos, y ese momento ha llegado.

Veo como se levanta de la silla, se acerca a mí y me abraza. Me da un dulce beso en la mejilla, mira a Caleb y asiente.

—Y ahora me tengo que ir, mi amor. Mi tiempo aquí se ha acabado y mi trabajo ya está hecho. Estoy cansada, mi niña, muy cansada y ya va siendo hora de que me reúna con los míos.

—¿Pero, qué dices, madre? ¿Te vas ahora que te he encontrado?

Se sienta en un camastro que hay en una esquina y me tira un beso. No me quita la vista de encima y me fijo en como una lágrima se desliza por su mejilla.

—Cuida de ella, Caleb. Es mi mayor tesoro y lo que más quiero y querré durante toda la eternidad. Estaré a tu lado, mi amor —me dice mirándome dulcemente— siempre estaré contigo, mi amada Finoa.

Se tumba en la cama, cierra los ojos, inspira y de repente un precioso haz de luz de color violeta la empieza a envolver, hasta que el resplandor llega a su cenit. Cuando empieza a bajar de intensidad, lo único que queda en el camastro es la capa blanca que llevaba, pero nada más. Su cuerpo ha desaparecido.

Empiezo a llorar sin darme cuenta y unos fuertes brazos me rodean por la espalda. Caleb me da la vuelta, me mira y me abraza fuertemente.

—Lo siento mucho, cielo; lo siento. Sé que ha sido duro enterarte de todo esto, mi amor; pero también sé que eres muy fuerte y que lo superarás. Además, yo estaré siempre a tu lado, Frankie. Te amo, vida mía.

Levanto la cabeza de golpe y lo miro. Acaricio su mejilla y con todo el amor que siento por él le devuelvo sus mismas palabras.

—Yo también te amo, Caleb, con todo mi corazón. Pero ha sido tan triste.

Me acababa de recuperar de nuevo y no ha tenido tiempo de estar conmigo, no ha tenido tiempo de conocerme, no ha podido...

—Shhh, ya está vida mía, ya está. Estoy completamente seguro de que ella es feliz allá donde esté. Porque este poco tiempo que ha pasado contigo, después de tantos años esperándote, le deben haber sido más que suficientes. Está muy orgullosa de ver en la preciosa mujer en que te has convertido, mi amor. Estoy seguro de ello.

Me sonrío, me besa y haciéndome un gesto para que salgamos de la cabaña, nos dirigimos a la puerta, pero cuando estamos a punto de salir, lo detengo.

—Un momento, por favor. Necesito coger una cosa.

Doy la vuelta, voy a la cama y recojo la capa que llevaba mi madre. La abrazo contra mi pecho y vuelvo con Caleb.

Salimos y mientras empezamos a andar de vuelta a casa, no puedo quitarme de la cabeza la historia que me ha contado mi madre.

«Eres La Destructora, cielo. La Destructora»

¿Por qué tengo que tener yo esa responsabilidad? ¡No la quiero! No quiero tener nada que ver con guerras, muerte y destrucción.

—Caleb —le digo parándome de golpe—. ¿Por qué no nos vamos y desaparecemos a un lugar donde nadie pueda encontrarme? Vayámonos, cariño, cédele el puesto de Alfa a tu hermano y larguémonos.

Me mira con el ceño fruncido y suspira. Me abraza y me acaricia la cabeza.

—No podemos hacer eso, cielo, no podemos. Y no porque no me agrade la idea, todo lo contrario; sino porque Ben no está preparado para eso. Para ser Alfa hay que nacer cariño, y Ben no lo es. Además, ¿crees que no te encontrarían? Ser quien eres no te define solo por el color de tus ojos, cariño. También está tu poder. Ese poder no pasaría desapercibido por ningún licántropo, cariño. Aunque estuvieras tranquilamente en una terraza tomando un café, uno de los míos te reconocería enseguida. Así que, la tranquilidad te duraría bien poco.

—Entonces..., ¿no tengo más remedio que luchar?

—Tenemos, cariño; porque mi clan y yo estaremos a tu lado protegiéndote y ayudándote en la batalla. No vas a estar sola.

—¿Y, cuando todo esto acabe?

—Ya veremos, cielo. Vayamos paso a paso. Ahora, lo principal es llegar a casa, hablar con Ben y contarle todo lo que nos ha dicho tu madre. Luego,

supongo que armaremos un plan y cuando llegue el momento haremos uso de él.

—Vale —digo soltando un suspiro de resignación.

Me coge de la mano, deja un beso en mi frente y nos ponemos nuevamente en marcha. Madre mía, si tengo que admitirme a mí misma que tengo miedo, sé que me estoy quedando corta, porque la verdad es que estoy aterrorizada. El no saber qué pasará, ni cómo terminará todo, es brutal.

Después de horas de camino, llegamos finalmente a casa. Frankie está agotada después de todo lo que ha pasado, la pobre está anímicamente desmoralizada y triste, se le nota cuando me mira; sus ojos ya no tienen el brillo que tenían días atrás. Sé que ha pasado por mucho y que no está preparada para todo lo que va a venir, pero solo sé que estaré a su lado apoyándola y protegiéndola, pase lo que pase.

Entramos en casa y unas risas llaman mi atención. Frankie y yo nos miramos y después de dejar nuestras mochilas en el suelo nos dirigimos hacia la cocina, ya que ese sonido sale de allí.

Abrimos la puerta y nos quedamos estáticos en el sitio. Ben está sentado en una banqueta de la barra dándonos la espalda y a su lado hay una niña rubia, la cual le está diciendo algo al oído, lo cual hace que los dos se rían a carcajadas.

Damos un paso a la vez y Ben se da la vuelta. Se baja corriendo de la banqueta y nos abraza a los dos a la vez.

—Ben, que me espachurras —susurra Frankie y suelta un pequeño gemido.

La suelta enseguida y nos dirige hacia donde sigue la niña mirándonos con los ojos muy muy abiertos.

—Chicos, espero que todo os haya ido bien. Me alegra muchísimo veros, porque hay novedades— nos dice con una gran sonrisa—. Venid que os quiero presentar a alguien.

Coge en brazos a la niña y se acerca de nuevo a nosotros.

—Ella es Nayra, Caleb. Llegó la pasada noche y me dijo que necesitaba hablar con el Alfa de esta manada.

La niña hace el amago de quererse bajar al suelo y Ben lo hace. Se acerca a mí y cuando la tengo delante me mira, lo que hace que me quede de piedra. Tiene unos ojos color ambar preciosos y me hace pensar en algo, pero me lo quito de la cabeza enseguida porque es totalmente imposible. Me hace una señal para que me agache con su dedito, me pongo en cuclillas y del bolsillo de su pantalón saca una piedra color ambar y me la pone en la palma de la mano. Mi primera reacción es mirar el anillo de mi hermano, ya que él lleva la misma piedra y veo que sigue en su dedo. ¿A qué ha venido eso? ¿Qué significa que la niña tenga esa piedra con ella?

—¿Qué ocurre pequeña? ¿Qué significa esto? —pregunto enseñándole la

piedra.

—Shhh, escóndela, tengo que hablar contigo y no quiero que él la vea —susurra señalando a Ben con la cabeza.

—Lo miro y veo que tiene el ceño fruncido. Camina hacia nosotros y cierro el puño escondiendo la piedra. La verdad es que no quiero ocultarle nada a mi hermano, pero si esta niña, la cual no sé de dónde ha salido me lo pide, debe ser por algo. Me levanto y me coge de la mano, colocándose entre Frankie y yo.

—Nayra, ¿no tenías que hablar con Caleb? Pues aquí lo tienes.

—Lo sé, Ben —contesta con su dulce vocecita— pero tengo que hacerlo a solas, me dijeron que hablara solo con él y con nadie más.

—¿No puedo saberlo yo? Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

La pequeña niega y luego afirma.

—Sí que confío en ti, Ben, pero no, no puedo contárselo a nadie más, solo a él —contesta señalándome y agarrándose a mi pierna con sus dos bracitos.

No sé por qué, pero al notar su abrazo un sentimiento de protección se ha apoderado de mí. Le acaricio la cabecita y ella me sonrío.

—Señor Caleb, ¿podría hablar con usted, por favor? Mi papá me dijo que usted me escucharía.

—¿Y quién es tu papá cielo?

—Es Marko. Marko Moore. Mi papá es el Alfa de su manada y me dejó un mensaje antes de irme. Me dijo... «Nayra, cariño, lo que te he contado, se lo has de contar al alfa Carras. No se lo cuentes a nadie más, solo a él. Te dejaré en la frontera de nuestras tierras y lo único que tienes que hacer es seguir en dirección norte durante doce horas en línea recta. No tiene pérdida. Cuando llegues a sus tierras, sabrás a donde tendrás que dirigirte. Confío en ti, cariño mío. La supervivencia de la raza depende de que llegues a él».

Nos miramos los tres sin saber que decir y ella me tira del pantalón llamando mi atención.

—¿Vamos?

—Un momento —le dice Frankie adelantándose—. ¿Estás diciendo que has hecho tú solita un viaje de doce horas desde el clan de tu manada hasta aquí?

Nayra asiente sonriendo ampliamente a Frankie y me mira de nuevo.

—Bien, vamos. Frankie, Ben, enseguida volvemos. Frankie nena, aprovecha para ducharte si quieres y descansa un rato. Nos veremos en cuanto

haya hablado con Nayra.

Los dos asienten y ella y yo nos dirigimos a mi despacho. Entramos y me siento en el sofá con ella a mi lado.

—Bien, pequeña. Cuéntame lo que me querías decir.

—¿Podría sacar la piedra por favor?

Lo hago y en ese mismo ella saca una cadena de su cuello de la cual cuelga un anillo de oro con un hueco donde tiene que ir la piedra.

Al ver eso no sé qué decir, ya que prefiero no imaginarme cosas. Prefiero no plantearme lo que eso significa o me dará un patatús.

—Verá alfa Carras. Mi papá me envió a usted por varios motivos. El primero, es que tenía que decirle de su parte que protegiera con su vida a la destructora, ya que la guerra que se avecina va a ser muy grande. Me dijo también que cuando se le necesite cuente con él, ya que su manada luchará de su parte. Él sabe que hay clanes que están en contra de la destructora por ser quien es, quien fue y por ser humana. Pero mi papá no está en contra, todo lo contrario. Mi mamá murió cuando yo nací y le dio a mi papá el día que falleció la piedra que tiene en su mano y este anillo hueco en el centro. Mamá le dijo que hace muchos, muchos años, perteneció a esta manada, pero que se tuvo que ir; tuvo que huir y al hacerlo se llevó estas dos cosas. Le dijo que me los diera cuando su corazón dijera que era el momento y le explico la historia de cómo en su manada encuentran a su pareja de vida, alfa Carras.

—Caleb.

—¿Qué?

—Que me puedes tutear, pequeña. Me puedes llamar Caleb.

—Gracias, alfa Caleb.

Me pongo a reír y le guiño el ojo.

—Solo Caleb, preciosa. Con eso basta.

Abre muchísimo los ojos, pone cara de susto y niega repetidamente.

—¡No! Si mi papá se enterara no le gustaría. Le debo un respeto alfa Caleb. No puedo tutearte.

Sonrí interiormente porque lo ha hecho sin darse cuenta y le pido que siga con la historia.

—Pues bien. Cuando mi mamá le contó la historia del anillo a papá, le dijo que mi pareja de vida llevaría uno igual al mío, pero más grande. Que este anillo me lo tenía que dar cuando cumpliera mi mayoría de edad. Pero por culpa de la guerra, mi papá me lo dio hace dos días y me dijo que viniera aquí. Me explicó que aquí estaría protegida y cuidada y que el anillo era una prueba

irreflutable de que mi mamá fue de los tuyos.

—Irrefutable.

—Eso he dicho, señor. Irreflutable

Sonríó viendo que no hay nada más que decir y decido investigar un poco.

—¿Cómo se llamaba tu mamá, cielo?

—Mara.

Intento hacer memoria, pero no recuerdo a ninguna Mara. Puede que fuera de una época anterior o algo parecido.

—¿Entonces tú mamá no encontró en mi manada a su pareja de vida?

La pequeña frunce el ceño y piensa. Se encoge de hombros y apoya la cabecita en el respaldo del sofá.

—¿Estás cansada, verdad?

—Sí. Pero no quiero que le digas nada a Ben, por favor. Puede que sea pequeña, pero he visto su anillo. Es igual que el mío, pero más grande, y sé lo que eso significa. Sé que cuando cumpla dieciocho años, mi piedra se unirá al anillo y que Ben será mi pareja.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

La veo pensando y se sonroja después de sonreír tímidamente.

—Bueno, la verdad es que es muy guapo y muy simpático —suelta una risita y se tapa la boca después de enseñarme el hueco de sus dientecitos delanteros—. Si tengo que esperar diez años, los esperaré. ¿Puedo quedarme aquí, Alfa Caleb? Papá me dijo que si le contaba esto me permitiría quedarme.

—Claro que sí, preciosa. Puedes quedarte a vivir con nosotros el tiempo que quieras.

—Solo será hasta que finalice la gran guerra. Después supongo que papá me dirá que vuelva a casa. Pero sé que, aunque me vaya nos volveremos a ver, ya que usted se convertirá en mi suegro.

—¿Suegro? —pregunto riéndome a carcajadas—. Querrás decir cuñado, Nayra.

—Bueno, eso—suelta haciendo un gesto con la mano como si diera igual—. Usted será mi cuñado, la destructora mi nuera y Ben mi marido. ¿A qué si?

Me vuelvo a reír a carcajadas, haciendo que me caigan lágrimas por las mejillas por la frescura e inocencia que tiene esta niña. Se lía de tal manera con los parentescos...

—Ven aquí —le pido dando dos toques a mis rodillas.

Ella se acerca, la cojo en brazos y la abrazo. Suspira, coloca la cabecita

en mi hombro y al cabo de unos minutos se queda dormida.

Le dejo un beso en la sien, la acomodo en el sofá, acaricio sus rizos rubios y la tapo con una mantita que hay en el reposabrazos.

—¿Así que vas a ser mi futura cuñada eh pequeña? Me da que vas a ser un pequeño terremoto con carácter y que vas a llevar a mi hermano con mano firme. Ya tengo ganas de verlo, linda. Ya tengo ganas.

Salgo del despacho cerrando la puerta tras de mí y veo a Frankie y a Ben en el salón sentados en la mesa hablando y comiéndose unos sándwiches. Al ver cómo me acerco, Frankie me aparta la silla, me siento y me da un beso.

—¿Cuál era el problema? —me pregunta con la boca llena y un pegotito de mayonesa en la comisura de su boca.

Se la quito de ahí con la lengua, haciendo que ella se sonroje y escucho carraspear a mi hermano.

—Chicoooos, no estáis solos y hay una menor.

—La menor está dormida en el sofá, Ben, así que por eso no te has de preocupar. Y bueno, respecto a lo que me has preguntado, cielo, ella sabe quién eres, su padre nos apoya y luchará a nuestro lado y me ha pedido que cuide de su hija hasta que acabe la guerra. Por ese motivo está ella aquí.

—¿No puede cuidarla él?

Niego y suspiro. ¿Hasta dónde puedo contarles? Sé que tengo que guardar el secreto de esa pequeña. Toco la piedra que tengo en el bolsillo y pienso en que decirles.

—Solo puedo deciros que esa niña es muy importante. Nada más. Os pido por favor que confiéis en mí y que no me pidáis explicaciones que no puedo dar, chicos. Me ha pedido que guarde el secreto y lo hare. Pero tranquilos que no es nada malo. En eso podéis estar tranquilos.

—¿Seguro que no podemos saberlo? ¿Tan grave es?

—No es grave, Ben, te lo garantizo. Pero no, no se podrá saber hasta que llegue el momento. Y creedme, cuando llegue, los dos sabréis porque he tenido que callármelo.

Un fuerte grito proveniente de mi despacho, hace que salgamos los tres corriendo hacia allí y al entrar vemos a Nayra arrodillada en el suelo, gritando y señalando la ventana, la cual está abierta.

Corro hacia allí y veo a un lobo pardo corriendo, alejándose de aquí. Cierro la ventana, corro la cortina y me acerco a Nayra.

Ben la tiene sentada en sus rodillas, la está abrazando al mismo tiempo que le susurra que ya ha pasado todo y la pequeña poco a poco pasa de llorar

a soltar pequeños hipidos.

—Ese..., ese lobo malo me ha gruñido y me he asustado mucho, Ben. Sé que me quería hacer daño y no sé por qué. Yo no le he hecho nada malo.

—¿Lo has visto? —me pregunta mi hermano entrecerrando los ojos.

—Sí, Ben. Y no era de los nuestros.

CAPITULO 12

Nayra lleva un mes viviendo con nosotros y tengo que admitir que me ha revolucionado la casa entera. No solo está siempre detrás de Ben jugando, sino que ha influenciado en casi toda la manada y tiene a los machos más jóvenes detrás jugando con ella también. Cuando Frankie cocina, ella cocina, si Ben y yo entrenamos en el gimnasio, ella está ahí pidiéndonos que la enseñemos. Es un terremoto, la verdad.

Pero también tengo que admitir que es una niña super dulce, inteligente e inquieta. Lo quiere saber todo, siempre pregunta cuando no sabe algo, tiene una mente muy muy curiosa y muchas veces mientras estoy en mi despacho trabajando, ella se sienta en la silla de enfrente y me pregunta qué estoy haciendo. Pero claro está, al no entender nada de mi trabajo, aunque se lo explique, ella acaba por bajar de la silla y salir corriendo llamando a Ben.

—Hola, mi amor.

Levanto la vista de los documentos y ahí está mi preciosa pareja. Me levanto del sillón, camino hacia ella y Frankie corre a mis brazos, los cuales ya están abiertos para recibirla y nos fundimos en un apasionado beso.

—¡Puag! ¡Que ascooo!

Nos separamos y al mirar hacia la puerta vemos a Nayra con sus manitas cubriendo sus ojos. Está dando golpes con la punta del zapato en el suelo y carraspeo.

Separa uno de sus deditos de su carita y al ver que ya no nos besamos baja sus manitas.

—¿Por qué los mayores tenéis que hacer esas cosas? ¿Nunca os han dicho que eso es una guarrería? —Nos dice con una pose un tanto chulesca con sus

manos en la cintura y cara de desagrado.

Me acerco a ella después de soltar una carcajada y me pongo en cuclillas.

—¿Sabes, cielo? Ahora piensas eso, pero cuando seas más mayor no opinarás igual. Al contrario, te gustará que te besen.

Niega y me abraza.

—No me gustará Caleb, no me gustan las babas. Así que nunca dejaré que un niño me dé un beso, eso es... es... ¡aaagh!

Frankie y yo nos ponemos a reír y ella se adelanta unos pasos.

—Nenita, ¿qué te parece si tú y yo nos vamos a hacer una tarta de chocolate y dejamos a Caleb que siga trabajando?

—¡Sí! —responde dando saltitos y palmadas. —¡Vamos!

Coge de la mano a Frankie y se la lleva a rastras por la puerta. Se gira, me tira un beso y se va riéndose por algo que le ha dicho ese terremoto de niña.

Vuelvo a sentarme en mi sillón y en el momento en que cojo el documento que estaba mirando, una fuerte explosión y un grito hacen que me levante corriendo de la silla y salga en esa dirección.

Llego a la cocina y veo a Frankie sentada en una esquina abrazando a Nayra. Las dos tienen los ojos abiertos como platos mirando a esas tres moles y Nayra tiene su cabecita metida en el cuello de Frankie. Hay un enorme boquete en una esquina, lo que indica que han entrado por allí para poder tenerlas acorraladas y que no puedan huir por ningún otro lado.

—¿Qué queréis!? —grito para llamar su atención.

Se giran hacia mí y el que parece el líder se me acerca hasta ponerse a mi altura.

—Queremos a esas dos —contesta señalándolas—. No pongas resistencia, Caleb Carras o acabaremos contigo y con todo tu maldito clan. No sé cómo has podido acoplarte a una humana, y más a la destructora, pero eso ningún clan lo va a permitir. Así que más te vale no interponerte.

—No creo que eso pase, chaval.

Escucho la voz de mi hermano detrás de mí y se coloca a mi lado.

—¿Queréis bronca? La tendréis. Pero a ellas no les vais a poner una mano encima. Por encima de mi cadáver, vamos.

El matón se encoge de hombros y después de levantar una mano, las escuchamos gritar.

Doy un paso al frente y un puñetazo, el cual no me esperaba, me manda al suelo de espaldas. Ben reacciona en ese momento y le mete una patada en el estómago a ese tipo, pero se ve que se lo espera y después de esquivarlo, le hace un barrido con su pierna y Ben acaba en el suelo.

Nos incorporamos los dos de nuevo, y cuando vamos a atacar, una luz violeta hace que miremos en esa dirección.

Frankie está de pie, con Nayra colocada a su espalda y con la mano extendida. La nena la tiene agarrada por la pierna y mira un punto fijo, como si ahí hubiera alguien.

Una especie de energía está rodeando su mano y su cabello está elevado, meciéndose a causa de ella. Pero lo que más me impacta es su mirada. Sus ojos se han vuelto de un morado intenso, todo su ojo está recubierto por ese color. El brillo que desprenden es increíble, es como si un haz de luz fuera a salir de ellos.

El tipo que está con nosotros se acerca a ella lentamente y en cuanto ella ve ese movimiento, levanta su otra mano y lo apunta a él.

—¡Largaos de aquí! —grita haciendo que tenga que taparme los oídos.

Joder, esa voz... esa voz no es suya, es como si la hubiera poseído otra persona y hablara por ella. Es una voz más grave, como si hablara a través de un micrófono pero con los decibelios a tope.

—Frankie...

—¡Quieto, Caleb! ¡No os mováis de dónde estáis! No quiero freiros a vosotros por equivocación.

Vuelve a mirar a esos tres y frunce el ceño. Avanza una pierna y de repente, un haz de luz sale de su mano en dirección a uno de los que tiene delante haciendo que acabe estampado contra la pared de la cocina, medio transformado en lobo e inconsciente.

Su compañero saca una pistola al mismo tiempo que el que está delante nuestro y Frankie al darse cuenta hace lo mismo, manda un haz de luz en su dirección y mientras uno de ellos sale por la ventana de la cocina, el otro acaba rompiendo la mesa del comedor, al haber caído sobre ella.

Ben y yo corremos hacia ellos y les tomamos el pulso. Nos miramos y negamos a la vez. Frankie se los ha cargado a los tres. Nos levantamos y al mirar en dirección a Frankie, vemos como esa luz violeta desaparece de su cuerpo y como cae inconsciente en el suelo.

Corro hacia ella y Nayra se levanta y corre hacia Ben, el cual la abraza fuertemente.

—Ya está pequeña, ya está. ¿Estás bien? —le pregunta limpiándole las lágrimas de las mejillas.

La pequeña asiente y lo vuelve a abrazar. Levanto a Frankie del suelo y abrazándola, me dirijo a nuestra habitación. La dejo sobre la cama y la miro. ¿Será cierto lo que nos dijo su madre? Esto que acabo de ver, antes, ella hubiera sido incapaz de hacerlo. Se ve que con nuestra vinculación y a medida que ha ido pasando el tiempo, sus poderes se han ampliado y hoy ha podido

hacer uso de una parte de ellos. O eso parece, ya que realmente, no sé hasta qué punto pueden llegar.

—¿Está bien?

Me giro y en la puerta está Ben con la pequeña en brazos. Nayra rodea su cuello con sus bracitos y su cintura con sus piernas. Se podría decir que parece un pequeño koala. Ben está acariciando su espalda y no me quita la vista de encima. Me levanto y afirmo después de soltar un fuerte suspiro.

—Sí, lo está.

—Joder tío, ha sido increíble. Nunca hubiera imaginado que Frankie fuera capaz de eso.

—Ni yo, Ben, ni yo. Y la verdad, es que tengo la impresión de que lo que hemos visto, es solo una pequeña parte de lo que puede hacer. ¡Joder! si esos son los poderes de la destructora, entiendo que los clanes se la quieran cargar. Es brutal su poder, Ben. Tenemos que hacer algo. No voy a permitir que todos los clanes vayan a por ella, no lo consentiré.

—Bueno. Ya entiendes lo de la gran guerra entonces, ¿no? Pero creo que después de lo que hemos vivido hoy, podemos estar en parte tranquilos. Frankie se podrá defender perfectamente.

—Lo he visto, he visto a Frankie luchando.

Miramos a la peque y está con la mejilla en el hombro de Ben.

—Ya lo sabemos, cariño, estabas ahí.

La peque niega y me mira.

—La he visto aquí —dice señalándose la cabeza.

—¿Cómo? No te entiendo Nayra.

Se encoge de hombros y mira a Ben.

—Cuando estaba abrazando la pierna de Frankie, en el momento en que ha lanzado esa luz violeta con su mano, la he visto delante de esta casa. Llevaba un vestido blanco muy bonito, su pelo era lila, como sus ojos y tenía las manos hacia arriba. Pero lo que me ha asustado es que la casa estaba ardiendo, se estaba quemando y Ben y tú estabais delante de Frankie tirados en el suelo.

Veo como empieza a temblar y una lágrima descender por su carita.

—No quiero que os pase nada. Frankie estaba también llorando, pero su cara era de...mmm... ¿cabreo? de estar muy muy enfadada. Sí, lloraba y estaba muy enfadada. Y luego no he visto más, porque ella se ha desmayado. No os pasará nada, ¿verdad? No quiero que me dejéis solita, por favor. Yo quiero crecer y casarme con Ben.

Ben me mira con los ojos muy muy abiertos y luego mira a Nayra.

CAPITULO 13

Tengo que admitir que la situación es muy cómica. La cara de pasmo que ha puesto Ben era digna de ser retratada y no solo por las palabras que ha soltado Nayra por su boquita, sino por el abrazo que le ha dado después de haberlas dicho, lo que ha hecho que Ben se quedara a cuadros.

—Nayra, cariño, ¿por qué has dicho eso? —le pregunta apartándola de él —. ¿Acaso has tenido una visión o algo por el estilo?

La pequeña me mira con cara de susto porque se ha dado cuenta de que ha metido la pata.

—Oye, Caleb. ¿Qué te parece si cuando vayas a la empresa Nayra y yo te acompañamos? Así la peque ve donde trabajas. Además, creo que convendría que me reincorporara a mi puesto, hace mucho que no vamos por ahí y tengo la impresión de que no me bastará la mesa para organizar todo el trabajo pendiente que debo tener.

Me doy cuenta de la táctica de Frankie y enseguida acepto. Veo como Ben nos mira con el ceño fruncido, lo que me hace ver que él también se ha dado cuenta de lo que pretende Frankie y cuando va a decir algo la enana se pone a gritar y a saltar de alegría.

—¡Sí! ¿De verdad que puedo venir?

Ben niega con la cabeza y yo frunzo el ceño.

—No creo que sea lo más conveniente, hermano. Piensa que en la empresa no habrá nadie con ella y tu despacho no es que esté cerca del de Frankie precisamente. Si le pasara algo no podrías hacer nada, Caleb.

—Ben, creo que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, ¿no crees? Además, no creo que nadie se acerque a la empresa para amenazarme o

intimidarme. Si aquí no han podido conmigo, menos podrán en la empresa. Piensa que hay seguridad y que para acceder a la última planta tendrán que pasar previamente por ella.

Suspira y acepta.

—Vale, tienes razón. Pero yo también voy. No os voy a dejar solos. Caleb —avanza un paso y mira su reloj— ¿Sobre que hora partimos? Es para dejar preparadas unas cuantas cosas.

—Pues..., creo que en una hora, más o menos.

—Bien.

Se da la vuelta, no sin antes mirar a Nayra y sube las escaleras en dirección a su habitación.

—Lo siento —susurra la peque—. Se me ha escapado, ha sido sin querer.

—No te preocupes, cariño, a todos nos ha pasado alguna vez. Pero ten cuidado a partir de ahora, ¿de acuerdo? Piensa que Ben no lo puede saber hasta que seas mayor, cielo. Eso nos dijiste.

Asiente y me abraza. Frankie nos mira con pena y se acerca a acariciar la cabecita de Nayra. Me abraza a mí, me besa y después de guiñarme un ojo se dirige también a las escaleras.

—Será mejor que me cambie. Creo que ir con vaqueros y una sudadera no es la mejor indumentaria para ir a la oficina.

Niego y cojo en brazos a Nayra.

—Y bien, enana. ¿Qué hacemos tú y yo mientras tanto?

La peque se encoge de hombros y se pone a pensar colocando su dedito en la barbilla.

—¿Podemos jugar un ratito ahí fuera? ¿Te conviertes en lobo, Caleb?
¿Jugamos al escondite?

—No pequeña, no da tiempo para eso. Pero el sábado te prometo que lo haremos.

Veo como se pone triste, así que para evitar que se ponga aún más la dejo en el suelo y empiezo a hacerle cosquillas. La pobre se tumba en él, riéndose a carcajadas y así como estoy a punto de levantarme para dejarla tranquila, veo como se queda totalmente rígida, se pone seria y se queda mirando un punto fijo en el techo.

Me aparto de ella enseguida y la miro. Está totalmente estática y rígida, con las pupilas totalmente dilatadas y sin mover un solo musculo. Levanto mi mano para acariciarle la cabeza y en ese momento parpadea, mira a su alrededor y en cuanto me ve, se incorpora.

—¿Qué te ha pasado cariño? ¿Has tenido otra visión?

Afirma y me mira seriamente.

—No vayas a la empresa, Caleb, no vayas.

—¿Qué? ¿Y eso? ¿Por qué no puedo ir a la empresa, Nayra?

—Porque hay una persona muy mala allí. Una persona que sabe quién es Frankie. Una persona que la odia y que te odia a ti. He visto como tiraba a Frankie por las escaleras, Caleb, y cómo me decías llorando que Frankie se había ido al cielo.

No entiendo nada de lo que me está contando. ¿Pero quién puede haber en la empresa que nos odie tanto como para querer hacerle daño a Frankie?

—Nayra, ¿estás segura, cariño? Esto que me estás diciendo es muy grave.

—¡Sí! ¡Estoy segura! Frankie llevaba un vestido verde muy bonito, con un cinturón negro y en mi visión estaba con las mangas llenas de sangre antes de que la tiraran por las escaleras. No vayáis por favor, ¡no vayáis!

Se abraza a mí y se pone a llorar desconsoladamente. Por Dios, ¿cómo es posible que esta niña haya visto eso? Entonces tiene visiones premonitorias, esta pequeña tiene realmente el poder de ver el futuro. ¿Lo sabrá su padre? ¿Por eso la ha enviado aquí? Pobrecilla, tan pequeña y ya con tanta responsabilidad en sus hombros...

—Eys, cariño, tranquila. No nos pasará nada, cálmate.

Niega repetidamente con la cabeza y se abraza más fuerte a mi cuello.

—No vayáis, no vayáis, por favor, por favor... —me susurra al mismo tiempo que sus hipidos hacen que se me encoja el corazón.

—¿Qué está pasando aquí?

Levanto la cabeza y veo a Frankie enfrente con cara de preocupación. La miro de arriba abajo y abro los ojos como platos.

—No puede ser... —digo gimiendo—. ¿Será verdad?

—¿El qué? ¿Qué pasa, Caleb? ¿No voy bien para ir al trabajo? —se mira el vestido y se encoge de hombros—. Lo siento, la verdad es que no tengo un fondo de armario muy amplio que digamos, además, toda mi ropa sigue en mi apartamento. He hecho lo que he podido.

Nayra se separa de mí y la mira.

—¡Es ese! ¡Ese era el vestido! ¡Caleb, te lo he dicho, no vayáis por favor, quedaos aquí!

Frankie la mira y coloca sus manos en la cadera.

—¡Vale, vale, me cambio! ¡Madre mía, que perrería que os ha entrado con este vestido! ¡Tampoco es tan feo, puñeta!

—Creo que será mejor que nos quedemos en casa esta tarde, nena. He cambiado de opinión y la verdad es que prefiero quedarme en casa.

Frankie me mira como si me hubieran salido dos cabezas y después de soltar un gruñido se da la vuelta y sube las escaleras de dos en dos. Se nota que lleva un buen mosqueo encima.

Miro a Nayra y la veo sonriéndome. Le retiro de las mejillas algunas lágrimas que le quedaban allí y le devuelvo la sonrisa.

—Espero que no te hayas equivocado, pequeña, porque Frankie está muy enfadada.

—Se le pasará, tranquilo. Frankie es muy buena, ¿sabes? Creo que si vas a verla y le das unos cuantos besitos de esos que a mí me dan asquito se le pasará. Ella te quiere mucho. Así que sé que el enfado se le pasará enseguida.

—¿Tú crees? —Le pregunto mirándola pícaramente—. ¿Con que con unos besitos y ya estará bien?

Afirma y se ríe.

—Pero no lo hagáis delante de mí, ¿eh? Que no me gusta —replica negando con su dedito y poniendo carita de asco.

—Ya te gustarán ya, pequeñaja, —me río y le doy un toquecito en la punta de su naricita—. Espérate a hacerte mayor y verás.

—La verdad es que creo que cuando sea mayor, los únicos besos que me gustarán serán los de Ben. Es muy muy guapo y tiene unos ojos muy bonitos. ¿Te has dado cuenta? ¿A qué los tiene bonitos, Caleb?

Carraspeo, porque la verdad es que no sé qué decirle. Madre mía menuda

pregunta.

—Venga, Caleb, díselo. ¿Tengo los ojos bonitos, hermano?

Nos giramos y vemos a Ben apoyado en el marco de la puerta. Me mira, mira a Nayra y levanta una ceja. Tiene una sonrisa socarrona y niego.

—¿No vas a decir nada? —se carcajea y se adelanta hasta ponerse a nuestro lado. —Ven aquí, pequeña —me la quita de mis brazos y se la coloca en la cintura—. Creo que tú y yo será mejor que vayamos a jugar al escondite. Me da que al final no iremos a la empresa, ¿me equivoco?

Nayra niega y le da un beso a Ben en la mejilla. Ben me mira y afirma. Me da que este sabe más de lo que parece.

—¿Te transformarás en lobo? Porfa, porfa..., quiero jugar con el lobo.

Ben se ríe mientras se aleja con ella hacia la salida y se la coloca sentada sobre los hombros. Nayra coloca sus manitas en su cabeza, desaparecen por la puerta y a los pocos segundos veo a un lobo corriendo por delante de la ventana y con la pequeña sentada sobre su lomo partiéndose de risa.

Sonrío y me dirijo a las escaleras. Tengo que hablar con Frankie para contarle lo que me ha dicho Nayra. Pero, sobre todo, tengo que averiguar quién coño en la empresa es el que quiere matarla y sé que haré lo que haga falta para conseguirlo.

CAPITULO 14

Entro en mi oficina y cuando veo el desbarajuste de papeles, documentos y carpetas que hay en mi mesa, hace que casi me dé un síncope. No, si al final tenía yo razón. Tantos días de ausencia han hecho que se me acumule un montón el trabajo, y la verdad, es que no sé como lo haré para sacármelo de encima. Me da que me faltarán horas en el día, aunque... me da que si yo estoy así... Caleb tendrá el doble de trabajo o más.

La verdad es que no sé al final que pasó ayer para que él cambiara de opinión sobre lo de venir a trabajar de manera tan radical, y, por mucho que le pedí que me lo explicara, simplemente me dijo que tenía que organizar unas cosas y que al final prefería venir hoy. Así que, como él es el jefe y es el que manda, pues no me quedó más remedio que claudicar. Vale que es mi pareja, pero en temas de trabajo sé que él es quien toma y tomará siempre las decisiones.

Me siento en mi sillón, enciendo el ordenador y empiezo a colocar el trabajo pendiente por orden de prioridad. Cojo la primera carpeta y me suena el teléfono.

Pongo los ojos en blanco y suelto un bufido. «Ya empezamos...»

—¿Sí, dígame?

—¿Señorita Summers? — Dime Gladys – Verá, hay un señor aquí... y... bueno, dice que tiene que hablar con usted urgentemente. Le he pedido su nombre pero no me lo quiere dar.

—No te preocupes, ya voy yo hacia allí.

—De acuerdo.

Me levanto de la silla y salgo por la puerta. No, si al final será imposible que adelante nada de trabajo. Me da que me darán las tantas aquí.

Giro la esquina del pasillo que he recorrido y veo enfrente de Gladys a un hombre enorme, de largo pelo negro y de aspecto muy intimidante. Me paro en seco al verlo, porque la verdad es que he sentido un escalofrío al mirarlo y no me ha causado buena sensación.

Me acerco y él da un paso en mi dirección. Joder, ¿y yo pensé que Caleb era un mastodonte cuando lo conocí? Pues anda que este tipo... madre mía debe llegar seguro a los dos metros.

—¿Me buscaba? — pregunto intentando demostrándole que no me intimida en absoluto, aunque en mi interior sienta todo lo contrario; ya que, al quitarse las gafas y mostrarme esos fríos ojos azul hielo, casi blancos, se podría decir que he sentido casi... pánico —. Soy Frankie Summers, señor...

—Dralll Wilkins —me ofrece su mano y la tomo para no parecer descortés.

Noto un ligero pinchazo en la palma y la retiro de golpe. Me la miro y veo una pequeña gota de sangre. Lo miro y me fijo en que sonrío ligeramente. Le frunzo el ceño y meto la mano en el bolsillo de mi americana. Miro su mano y veo que lleva un anillo en el dedo anular. Al tener los brazos cruzados sobre su pecho lo puedo distinguir perfectamente. Es un sello ovalado y en su interior lleva el dibujo de un extraño animal. Parece la cabeza de un lobo, pero no lo podría asegurar. Pero lo que me llama la atención son los dos pequeños rubíes que lleva por ojos. La verdad es que es un diseño magnífico, a la vez que escalofriante. No sé por qué pero no me causa buena sensación.

—¿Le gusta mi anillo, señorita Summers?

Lo miro y me señala el sofá que hay enfrente de la mesa de Gladys. Nos sentamos y me lo enseña más de cerca. Afirmo y sonrío de lado.

—La verdad es que el anillo es precioso, señor Wilkins. El diseño es

perfecto y muy... original.

—Sí. La verdad es que este anillo es muy antiguo señorita Summers. Lleva en mi familia muchas generaciones y ha ido pasando de padres a hijos. La verdad, es que es muy especial para mí.

—Lo entiendo. Un anillo de esas características es digno de ser heredado —le sonrío, aunque por dentro algo se revuelve haciendo que no pueda estar relajada en su presencia — Y bien. ¿Cuál es el motivo de su visita señor Wilkins? ¿En qué lo puedo ayudar?

—Ah, pues verá, es muy fácil. Quiero que se levante, que se dirija a la salida, que baje en el ascensor y que durante el camino no hable con nadie.

—Sí, claro. Disculpe pero tengo mucho trabajo pendiente y...

Me voy a levantar, cuando él me coge del brazo y me detiene.

—No estoy bromeando señorita Summers. Le acabo de inocular un potente veneno, el cual ya está en su torrente sanguíneo. ¿Recuerda el pinchazo? —sonríe y mira a Gladys, la cual está tecleando en el ordenador sin enterarse de nada —. Disponemos de una hora antes de que empiece a hacerle efecto. No estoy bromeando, se lo prometo. Si en una hora y media no le he puesto el antídoto, le aseguro que morirá y no de una forma muy placentera que digamos. Los dolores, por lo que he visto en otras personas, son increíbles. He visto a más de uno gritar desgarrado. ¿Se quiere arriesgar? ¿O hará lo que le he dicho y me acompañará?

—No es broma ¿verdad?

Niega y me levanto.

—Muy bien. Dígame que tengo que hacer exactamente.

—Lo que le he dicho que haga. Una vez abajo, salga por la puerta y verá enfrente de usted un vehículo negro con los cristales tintados. Abra la puerta

de atrás, entre y espere a que llegue. Y no se preocupe, no tardaré nada en seguirla. Solo tendrá que esperar unos diez minutos en el coche, no más.

Me dirijo hacia la salida sin decirle nada a Gladys, aprieto el botón del ascensor y espero a que llegue. Maldita sea, ¿y ahora cómo lo hago para avisar a Caleb? Tengo que hacer algo. Pero no se me ocurre el que.

El ascensor llega, entro en él y a mitad de camino se para en una planta. Se abren las puertas y veo entrar a Selena, la cual al verme frunce el ceño y pone cara de asco. Mierda, ahora no estoy para aguantar sus gilipolleces.

—Vaya, vaya... así que has vuelto a la oficina al final. Y yo que creí que después del bochornoso espectáculo que diste con tu desmayo Caleb te habría echado a la calle.

La miro directamente a los ojos y le hago ver que no me molesta para nada lo que me diga. Levanto mi ceja y la miro de arriba a abajo como si fuera un bicho insignificante, y vuelvo a mirar al frente.

—¡Pero tú quién te has creído que eres para mirarme así, estúpida!

—¿Yo? —me encojo de hombros y meto las manos en los bolsillos del pantalón—. Nadie, la verdad. Solo soy la mujer que se está tirando cada noche a tu jefe. La mujer que ama y la mujer que va a pasar el resto de su vida con él. ¡Ah! Y soy la mujer que te manda a la mierda en este preciso momento y que te advierte que como me vuelvas a molestar, acabará de patitas en la calle en menos de lo que canta un gallo ¿te ha quedado claro? ¿Me vas a venir con chulerías y prepotencias a mí? Pues vas lista, mona.

Se abren las puertas y salgo con la cabeza bien alta. Sonrío interiormente por la cara de pasmo que se le ha quedado a esa arpía pero al ver la puerta de salida, ralentizo el paso.

Sé que me ha dicho que tenía prohibido hablar con nadie, pero es que no lo he podido evitar. Esa mujer me saca de totalmente de mis casillas. Además, hace mucho que tenía ganas de ponerla en su sitio y hoy al fin he podido

hacerlo.

Salgo por las puertas de la empresa y, efectivamente ahí está el coche. Voy a cruzar y en el momento en que voy a hacerlo, una mano me agarra por el brazo. Me giro y veo a Ben con la pequeña en brazos.

—¡Eys preciosa! ¿A dónde vas?

Los miro a ambos y me quedo bloqueada.

—¿Frankie?

—Dile a Caleb que lo amo con toda mi alma, Ben. Y que lo siento mucho.

Frunce el ceño y en ese momento veo como Nayra pone los ojos en blanco y se queda rígida en los brazos de Ben, así que aprovecho la distracción y cruzo corriendo la calle, me meto en el coche y cierro la puerta. El coche arranca y en el momento en que lo hace un extraño y fuerte olor, hace que empiece a marearme. Apoyo la cabeza en el respaldo y siento como poco a poco se me cierran los ojos.

—Adiós, Caleb... — susurro sintiendo como caigo poco a poco en la inconsciencia.

CAPITULO 15

—Hola, Carras.

Levanto la mirada de los papeles al escuchar esa voz que hacía tanto que no escuchaba.

—Drall —susurro al ver delante de mí a mi antiguo amigo y, desde hace muchos años, peor enemigo. La verdad es que en todos los años que llevo sin verle ha cambiado muchísimo. Ahora una larga melena negra lo hace parecer un matón, y los tatuajes que asoman por sus muñecas y cubren alguno de sus dedos ayudan a ello. ¿Qué le puede haber pasado para acabar así?

—Te veo bien, Carras.

Se sienta en la silla que tengo enfrente sin pedir permiso, pone el tobillo encima de su pierna izquierda y se cruza de brazos.

—¿Qué quieres, Drall? —Le digo lo más seco que puedo. Quiero que vea que no es bienvenido —. Por si no lo has visto estoy muy ocupado.

—Vaya... veo que no has cambiado. Negocios, negocios, negocios... Siempre igual. Dime, Carras...¿no te aburres de llevar siempre la misma aburrida e insulsa vida?

—Eso no es de tu incumbencia. Así que si eso es todo...

Hago el ademán con la mano de que se largue y se pone a reír.

—Creo que eso no va a pasar. Tenemos algo muy importante de lo que hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar, Drall. Así que, sal de mi despacho de una puñetera vez, y piérdete.

Se pone a reír y frunzo el ceño. ¿De qué se ríe este maldito imbécil?

—Caleb, Caleb... Claro que tenemos que hablar. Sobre todo, sino quieres que le pase nada a la destructora.

Me tenso en cuanto escucho esa frase y me incorporo lentamente de la silla. Él también lo hace y me regala una sonrisa de suficiencia.

—Vaya, Carras. No me gusta nada esa mirada. Más te vale que no me mires como si quisieras liquidarme, porque si algo me pasara, tu amada desaparecería de la faz de la tierra en unos... setenta minutos —me dice mirando el reloj de su muñeca.

—¡¡¡Caleb!!! —grita Ben entrando en tromba por la puerta —. He visto a Frankie hace nada y estaba muy rara.

Mira a nuestro invitado y al ver quién es, se pone a gruñir de modo amenazador y da un paso en su dirección. Creo que su lobo está a punto de atacar y tengo que detenerlo.

—¡Alto! —le grito rodeando mi mesa y me pongo delante de él —. Tiene a Frankie, Ben. Detente.

Ben lo mira y vuelve a gruñir.

—Ben... le advierto.

—Ahora lo entiendo todo. ¡¿Que le dijiste, cabrón?! ¡Con que la amenazaste para que se metiera en ese coche sin dirigirme la palabra? Ya me extrañó su comportamiento.

Drall se carcajea y se dirige a la puerta.

—Esperad instrucciones. No hagáis nada hasta que volváis a saber de mí, de lo contrario, la próxima vez que veáis a esa mujer, será en una bolsa y hecha pedazos.

Abre la puerta y se va.

Ben sale detrás y cuando lo voy a detener me empuja. Va hacia mi secretaria y afirma, como dándole permiso para algo.

—Ya puedes salir, pequeña.

Veo a Naira salir a gatas de debajo de la mesa y en cuanto ve a Ben corre a sus brazos. Él la levanta y la abraza fuertemente.

—Ya está pequeña, ya está —le susurra al oído y Naira se pone a llorar.

La abraza, le da consuelo y le acaricia la cabecita. Besa su frente y le limpia las lágrimas que caen por sus pequeñas mejillas. Me da la impresión de que me he perdido algo realmente importante.

—Ben, será mejor que entremos a mi despacho y hablemos.

Ben asiente y sin soltar a Naira entramos.

Nos sentamos en el sofá, se la coloca en su regazo y la pequeña suspira.

—¿Estás bien, cariño? —pregunto a la pequeña a lo que ella niega. Me coge la mano y me acaricia el dedo donde siempre he llevado el anillo que ahora lleva Frankie.

—Lo tendrás de vuelta —susurra sin dejar de acariciarme el dedo —. El anillo volverá a ti.

Me quedo atónito tras escuchar esas palabras. No puede ser, eso no puede ser posible. La única manera de que el anillo vuelva a su portador original es

si su pareja...

—¿Ben? —le pregunto con miedo. Él, al ver mi mirada aterrada, simplemente niega.

—No te puedo decir más, Caleb. Hace unos minutos, Naira tuvo una visión. Estábamos a punto de entrar por las puertas de la empresa, cuando vimos a Frankie. Al verme se sorprendió y en cuanto presté atención a la pequeña porque vi que estaba en trance, Frankie salió corriendo y se metió en un coche, el cual salió a toda prisa en cuanto ella cerró la puerta. Solo me dijo unas palabras dirigidas a tí. «Dile a Caleb que lo amo con toda mi alma, y, que lo siento».

Un fuerte escalofrío me recorre de arriba a abajo. Parecía que se despedía de mí. Esas palabras sonaban a despedida.

—Tenemos que hacer algo, no podemos quedarnos de brazos cruzados, Ben. No voy a consentir que le pase nada. No puedo perderla, hermano, no puedo. Me... me moriría...

—No la perderás —me dice Naira bajándose del regazo de Ben y subiéndose en el mío—. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí. Hasta que la luna roja desaparezca en el cielo. Cuando la luna roja desaparezca, si ella no está de vuelta, será demasiado tarde.

—¿Y cuándo se supone que aparecerá la luna roja, pequeña?

—En tres días. Cuando amanezca el cuarto día, si ella no está con nosotros...

Niega y me abraza.

Miro a Ben y él asiente. Ha visto mi mirada de decisión. No voy a permanecer de brazos cruzados y a esperar que ese maldito hijo de puta me maneje como a un maldito títere.

—Vámonos a casa, Caleb. Hablemos con el anciano. Tal vez él pueda echarnos una mano.

[...]

Maldita sea. ¿Cuánto tiempo me van a dejar así? Ya he perdido la noción del tiempo. Me tienen atada de pies y manos. Unas cadenas rodean mis muñecas y mis pies, me tienen de pie contra una pared, con las manos elevadas

por encima de mi cabeza y el dolor que siento en mis brazos en muy intenso.

Cuando me he despertado y he visto la situación en la que me encuentro, al principio he sentido pánico, pero me he acordado de lo que me dijo ese hombre. Me tiene que dar el antídoto. Cumplí con mi parte, hice todo lo que me pidió. No creo que me deje morir. Bueno, o eso espero.

Se abre la puerta de la habitación donde estoy encerrada y el chirrido de las bisagras hace que se me acelere el corazón, ya que me ha recordado al sonido de las mazmorras que salen en las películas de terror.

La poca luz que entra al abrirse la puerta, hace que pueda al fin echar un vistazo a lo que me rodea, y lo que veo, hace que de mí salga un fuerte grito de terror.

—Vaya, veo que no te gusta la compañía, querida.

Levanto la mirada al escuchar esa voz, y veo a Selena atravesar la puerta, junto a un hombre mayor, el cual no conozco de nada.

Miro de uno a otro y Selena se pone a reír.

—Mírate. La destructora de clanes indefensa y a mi merced al fin.

Frunzo el ceño y la miro con todo el odio que me inspira ahora mismo. Me da la impresión de que he caído en una trampa por ingenua.

—Dame el antídoto —le ordeno—. Ese loco me dijo que me lo daría si seguía sus órdenes y lo he hecho.

Se pone a reír a carcajadas, lo que hace que me tense. Mira al señor que hay a su lado, el cual niega y ese gesto hace que Selena se ponga seria de golpe.

—No hay antídoto, imbécil. —Me dice con cara de satisfacción—. ¿Acaso creías que un simple pinchacito serviría para inocularte un veneno? Me da que has visto demasiadas películas, tonta. —Niega y se carcajea por lo bajo. Se cruza de brazos y levanta una ceja—. Eso ha sido un pequeña trampa que hemos urdido mi novio y yo. Y por lo que veo ha salido bien. Peeero...

—Zorra manipuladora —le suelto sin poder evitarlo, lo que hace que ella me gire la cara de un fuerte guantazo.

—¿Zorra manipuladora yo? —se ríe sarcásticamente—. Tiene gracia que lo diga precisamente dice la que se estaba tirando a mi pareja.

—¿Tu pareja? Sigue soñando, Selena. Caleb es mío por destino. ¡Yo llevo su anillo, no tú!

—Un fuerte rugido por su parte hace que me quede estática y que me de cuenta de quién es ella realmente.

—Joder, eres una loba.

—Si, soy una loba y seré la futura pareja de Caleb, en cuanto desaparezcas de su vida. Lo cual, sino se desbaratan mis planes, será más pronto que tarde. ¿Verdad tío? —le dice al hombre que permanece en silencio a su lado.

El hombre asiente, se coloca a mi lado y me desata la mano izquierda. Escucho como dice unas palabras en una lengua totalmente desconocida para mí y mientras las recita, noto como si me estrujaran el corazón. Grito por el dolor que siento, un dolor agudo y muy intenso. Un dolor horrible, el cual hace que apenas pueda respirar. De repente, el dolor se detiene y con las pocas fuerzas que me quedan, lo miro. Está sonriendo mirando su palma, y lo que veo me deja totalmente aterrorizada. Tiene el anillo de Caleb en ella, el anillo que suponía que, solo mi muerte, haría salir de mi dedo.

Se acerca a Selena y se lo entrega. Ella lo coge, me mira con una cara de satisfacción increíble y cuando veo como se lo intenta colocar en su dedo corazón, aguanto la respiración.

Frunce el ceño al ver que del principio de la uña no pasa y que por mucha fuerza que haga al empujar, el anillo no entra, al contrario, se va encogiendo más y más, hasta que el agujero desaparece completamente.

—¡No! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Este anillo me pertenece a mí!

Me mira y al ver la sonrisa de superioridad que le dirijo, al saber que ese anillo nunca le pertenecerá, se acerca a mí, me coge del pelo y estampa mi cabeza contra la pared. Después, no siento nada más.

[...]

—No te preocupes, Caleb, la encontraremos. Daremos con ella de una manera u otra —me dice Ben desde el volante.

Yo estoy sentado a su lado y Naira está detrás durmiendo.

—Ojalá, Ben. Ojalá tengas razón y pueda recuperar a la razón de mi existencia, de lo contrario...

En ese momento, un intenso dolor hace que suelte un fuerte grito. Me pongo la mano en el pecho e intento respirar con normalidad, cosa que me resulta lograr.

Ben detiene el coche en el arcén y me mira con pánico.

—¡Hermano! ¿Qué te pasa? ¡Hablame! —me grita y me sujeta de los

hombros.

—Frankie —susurro respirando agitadamente—. Algo... algo le ha pasado a Frankie...

CAPITULO 16

—Caleb, hermano ¿estás mejor?

Asiento porque el terrible dolor ha pasado. No sé que ha podido causarlo, pero estoy seguro de que tiene que ver con Frankie. Algo le ha tenido que pasar.

—Ben... —nos giramos al escuchar el gemido de la pequeña y lo que veo no me gusta nada. Está hecha un ovillo en el asiento, tiritando y sudando. Ben estira su mano y le toca la frente.

—Joder, Caleb ¡está ardiendo!

Sale del coche y se sienta detrás con ella. La sienta en su regazo y le retira el cabello de su carita. La pequeña me mira y al mirar sus ojos febriles me doy cuenta de que está mal.

Me siento en el asiento del conductor y arranco.

—¿Estás bien para conducir?

—Si, Ben. Ya ha pasado, tranquilo. Vamos a casa, tenemos que bajarle la fiebre a Naira como sea.

Arranco y piso el acelerador a fondo. Primero Frankie y ahora la niña. ¿Qué puñetas está pasando aquí?

Llegamos en apenas quince minutos, Ben sale del coche, coge a la pequeña en brazos y entra corriendo en casa. Yo me dirijo a uno de mis hombres y le digo que vaya corriendo a buscar al médico del clan, que lo traiga a rastras si es necesario, pero que lo traiga lo antes posible.

Entro, y al no ver a mi hermano lo llamo.

—¡Aquí arriba!

Subo corriendo las escaleras y entro en su habitación. Ben está pasándole una toalla mojada por la frente, se ve que intenta bajarle la temperatura.

—Un baño —le sugiero sabiendo que eso suele funcionar—. Hay que meterla en la bañera con agua fría, Ben. Eso ayudará a bajarle la fiebre.

—¿No sería mejor esperar al médico?

Le toco la frente a la pequeña y niego.

—Está ardiendo, Ben. Creo que si le pusiéramos el termómetro reventaría. Le quitamos el vestidito entre los dos y la metemos en la bañera. Pongo el

tapón, Ben enciende la ducha y empezamos a pasársela por todo el cuerpo.

Voy pasando mi mano por su carita pero no funciona, la temperatura no baja y la verdad es que me estoy empezando a acojonar.

—Esto no va bien Ben, sigue ardiendo. ¡Por lo menos tendría que haberle bajado un poco la fiebre!

Al ver como Naira empieza a temblar y a convulsionarse, la sacamos enseguida y la envolvemos en una toalla.

La secamos entre los dos, la metemos en la cama y la cubrimos solo con la sábana. No queremos taparla demasiado, tampoco sería bueno.

«Joder, si Frankie estuviera aquí... ella seguro sabría qué hacer.»

En ese momento entra el médico por la puerta y al ver a la niña frunce el ceño. Se acerca y le pone la mano en la frente.

—Está mal, está muy mal.

Le pone el termómetro y cuando pita a los pocos minutos se lo quita y mira la temperatura.

—Cuarenta y un grados, maldita sea. ¿Cuánto lleva con fiebre?

—Le ha venido de golpe —le explico al médico—. Esta mañana estaba perfecta.

La destapa, le palpa el estómago, la barriguita, le mira las pupilas, la garganta, oídos... pero al no ver nada raro niega.

—No lo entiendo, todo está bien. No veo infección de ningún tipo para que tenga esta temperatura tan elevada. Le sacaré sangre y lo mandaré analizar. En una hora como mucho tendré los resultados.

El médico le saca sangre y guarda el tubo en su maletín.

—¿Tiene familia?

—Sí, su padre.

—Vayan a buscarlo. Por si acaso...

Al ver lo que insinúa, miro a Ben, el cual se ha quedado pálido. Niega y se sienta en la cama. Tapa de nuevo a Naira y le besa la frente.

El médico se va, sabiendo que en menos de dos horas estará de vuelta y Ben me mira.

Llora. Mi hermano está llorando.

—No quiero que le pase nada, Caleb. No quiero que me deje.

Al escuchar sus palabras, recuerdo lo que me dijo la pequeña hace unos días, sobre lo de que Ben era su pareja. ¿Será posible que Ben, o su lobo, la reconozca inconscientemente?

—Ben —susurra la pequeña —Ben, no me dejes.

Ben se acerca a ella y le susurra algo al oído, tras lo cual ella sonríe.

Empieza a temblar de nuevo, pero pocos segundos después, el temblor remite dejándola tranquila.

Le hago una señal para que me acompañe fuera de la habitación y niega.

—Ben— susurro —. Tenemos que hablar.

—¡No! —Me gruñe y frunzo el ceño.

—Ben —le increpo poniéndome serio —. Te hablo como tu alfa, no como tu hermano. Sal ahora mismo de esta habitación y acompáñame. Hay que localizar a su padre lo antes posible. Naira ahora está tranquila, hermano. Está descansando.

Bufa, me mira despectivamente y sale detrás de mí. Echa un último vistazo a la niña y cierra la puerta detrás de él.

Avanzo unos pasos y me giro al escuchar un ruido.

Ben abre la puerta y la deja ligeramente abierta.

—Si la cierro y me llama no la oiré.

—Sabes que sí la oirías, Ben. Tenemos una buena audición, recuérdalo.

Se encoge de hombros y abre la puerta un poco más.

Bajamos las escaleras, nos dirigimos a la cocina y le señalo el café. Acepta y le sirvo una taza.

—Ben, sabes que adoro a Naira, pero en caso de que...

—No lo digas. Ni siquiera lo pienses, Caleb. A Naira no le pasará nada.

—Pero el médico...

—¡Me da igual lo que haya dicho ese matasanos, joder! ¡Naira se pondrá bien! ¿me oyes? ¡Se pondrá bien!

Se abre la puerta y entra Salvatore.

—Ves a buscar al padre de Naira enseguida. Ya sabes donde vive. Es muy urgente, su hija está muy enferma. Tráelo aunque sea de las orejas.

Salvatore asiente y sale corriendo por la puerta.

—Caleb, si algo le pasara yo... yo...

Suspira y se sienta.

—Te juro que no sé lo que me pasa, hermano. Lo que siento aquí —se toca el pecho — es muy fuerte. No lo comprendo, la verdad. Este dolor...

Suena mi móvil y lo saco del bolsillo de mi pantalón.

No conozco el número, pero aún así contesto.

—¿Dígame?

—Hola, Carras. ¿Me has echado de menos?

—Drall —gruño.

—Escucha bien porque no lo voy a repetir. Mañana por la noche te quiero a las diez en punto en el parque que hay enfrente del edificio de tu oficina, en la fuente para ser exactos. Vas a ir con la niña. Iréis vosotros dos solos, la niña y tú ¿te ha quedado claro?

—¿La niña? ¿Qué coño sabes tú de ninguna niña?

—No me tomes por gilipollas, Carras. ¿Crees que no sé que alojas en tu casa a una niña pequeña? La quiero.

—Olvídalo.

—Bien. ¿No te interesa el intercambio? Frankie por la pequeña vidente. Te lo estoy poniendo en bandeja, Carras. Sino accedes al intercambio, Frankie morirá.

—¡Serás cabrón! ¡No se te ocurra tocarla!

Escucho como se ríe y un gemido de fondo.

—¿Caleb?

—Frankie, cariño...

—Caleb, no lo hagas, no...

Suena un golpe y un gemido. Como la haya tocado...

—Ni caso, Carras. Tu novia acaba de aprender una gran lección. Una buena bofetada a tiempo y se callan. Nunca falla.

—¡No vuelvas a tocarla, cabrón! ¡Te voy a matar!

—Mañana a las diez, Carras. No te lo volveré a repetir. Si mañana a las diez no estás ahí con la niña, una llamada por mi parte y todo habrá acabado para la destructora. Y sabes que no estoy bromeando.

Cuelga y estampo el teléfono contra la pared de la rabia y frustración. Pego un grito y mi hermano se acerca.

—¿Qué ha pasado?

Niego porque no quiero que se entere. No quiero que Ben sepa nada, bastante mal lo está pasando ya.

—Caleb...

—No, hermano. Esto es cosa mía.

—Pero si tiene que ver con Frankie...

—¡Precisamente por eso mismo! ¡Porque tiene que ver con ella!

Se queda callado, retrocede y se vuelve a sentar. Suspira y pega un sorbo al café.

—No entiendo como todo se ha liado tanto, Caleb... no entiendo por qué...

De repente, un fuerte grito procedente de la habitación de Naira, hace que echemos a correr escaleras arriba. Ben abre la puerta con tal ímpetu que la acaba estampando contra la pared. Encendemos la luz, miramos hacia la cama, y lo que vemos, hace que nos quedemos totalmente a cuadros.

CAPITULO 17

—Joder... —susurramos Ben y yo a la vez porque no podemos creernos lo que tenemos delante.

—¿Naira? —Pregunta Ben y veo como empieza a caminar poco a poco en dirección a la cama.

—Quieto. No te muevas, Ben. Esa no es Naira.

Ben retrocede hasta situarse de nuevo a mi lado y miramos a la figura que está totalmente inerte y con los ojos abiertos en la cama de Ben. Ante nosotros, se encuentra una joven de unos veinte años como mucho, y eso si los tiene. Está completamente desnuda y mirando al techo.

—Es Naira, Caleb, mírala bien, es ella.

La miro y exceptuando la tonalidad del pelo, y que ahora lo lleva a la altura de la cadera... por lo demás, la verdad es que no me recuerda en nada a Naira.

—¿Cómo estás tan seguro, Ben? ¿Cómo sabes que es ella?

—Joder, mírala. Es su cara. Vale que tiene los rasgos más perfilados, pero, son sus ojos, su pelo, la cadena que lleva en el cuello, Caleb, es la misma que llevaba Naira. Además —me dice tocándose el pecho — este se ha acelerado brutalmente en cuanto la he mirado.

Me fijo más detenidamente y veo que es cierto. Es la misma cadena y la misma gema que siempre ha llevado encima.

En ese momento, Naira, si es que es ella, nos mira fijamente. Me mira a mí y luego a Ben. Se quedan mirándose fijamente y pocos segundos después, Naira lo llama estirando su brazo hacia él.

Ben se acerca a ella, le sujeta la mano y se sienta a su lado. Me percató en que no le mira el cuerpo en ningún momento, sino a los ojos, unos ojos ambar impresionantes. Y digo impresionantes, porque, si de niña tenía una tonalidad oscura preciosa, ahora se le han aclarado y parecen oro fundido.

—¿Naira? —le pregunta Ben acariciándole la cara.

Ella asiente y le devuelve la caricia.

—¿Qué te ha pasado pequeña?

Naira nos mira y se encoge de hombros.

—Recuerdo... —carraspea porque tiene la voz ronca—. Recuerdo que mi padre me dijo algo hace unos meses... algo que no entendí en ese momento, pero ahora sí. Me... me dijo una frase. Me contó que la vidente necesitaría de mucha madurez para aceptar lo que le depararía el destino, y no solo madurez mental. Y bueno... creo que mis dieciocho actuales años, han hecho que entienda a lo que se refería cuando me dijo el «no solo mental.»

—¿Dieciocho años? ¿Ahora tienes esa edad?

Naira afirma y cuando se mira y ve en el estado en que se encuentra, se cubre con los brazos. Veo como se ruboriza y a Ben, el cual parece haberse dado cuenta también, levantarse corriendo, coger una sábana del armario y cubrir a Naira con ella.

—Gracias.

—No tienes porque dárme las, cielo. Y bueno —suspira— ¿Y ahora qué?

Llaman a la puerta y doy permiso. Vemos entrar al médico, el cual al ver a Naira, niega.

—Lo sabía —lo escucho decir—. He llegado tarde.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto acercándome a él.

—Pues que después de analizar la sangre de la muchacha y ver lo aceleradas que iban sus células, me ha quedado todo claro. La fiebre le venía precisamente por ese motivo. Su cuerpo estaba cambiando, señor Carras, y para compensarlo, surgió la fiebre como una especie de defensa. Realmente, ella nunca ha corrido peligro.

—¿Pero eso ya se ha detenido verdad? —Pregunta Ben con el ceño fruncido.

—No. Aún le queda un cambio por pasar. No se sabe exactamente cuándo, pero en cuanto vean como la fiebre le empieza a aumentar... significará que su último y definitivo cambio estará cerca.

—¿Cómo sabe usted que es un cambio y no más?

—Por la analítica. Por los datos que he extraído de ella y porque sus células aparte de extrañas, me han enseñado eso. Están a punto de madurar completamente. Los datos no fallan señores. Se producirá un solo cambio y será el definitivo.

—¿Y cuántos años crecerá, doctor?

—Tendré veintisiete años.

Nos giramos los tres hacia ella y la vemos levantarse de la cama.

—Naira, tienes que descansar, pequeña.

—¿Pequeña? ¿Realmente te parezco tan pequeña, Ben? —le pregunta dirigiéndose a él.

Me fijo en sus movimientos y parecen los de una leona a punto de cazar a su presa. Se mueve sensualmente, con un contoneo de caderas que hipnotizaría a cualquier hombre y veo como le dedica a Ben una mirada de... «Voy a comerte, nene» increíble.

Ben carraspea, retrocede y se coloca a mi lado. Me da que el lobito se ha asustado —pienso riéndome interiormente —.

—Señorita, tendría que guardar reposo. Su cuerpo ha pasado por un trauma bastante intenso en pocas horas. No tendría que estar de pie —la regaña el médico.

—Pero si yo me encuentro bien. Además, me necesitaréis para rescatar a Frankie, lo he visto.

—¿Cómo? —pregunto acercándome a ella y la sujeto de sus finos hombros.

—Pues, que he visto como Ben, tú, yo y un hombre que no conozco de nada... pues eso, que íbamos en busca de Frankie.

—¿Tú? Tú no te vas a mover de aquí, Naira. Ni hablar —le dice Ben en tono autoritario.

Naira lo mira y en cuanto Ben y yo vemos como sus ojos se empiezan a iluminar, haciendo que su tono ámbar, coja una tonalidad amarilla clara, retrocedemos lentamente hasta la puerta. El médico no se lo piensa dos veces y sale corriendo, cerrando la puerta detrás de él, pero Ben y yo nos quedamos observándola.

Una especie de luz ámbar sale de todo su cuerpo, la cual se empieza a mover a su alrededor, como si acariciara su figura de cabeza a pies. Naira eleva sus manos, poniéndolas en cruz y nos mira con sus ojos resplandecientes.

—Atacad.

—¿Qué?

—Que ataquéis. Necesito averiguar si esto es lo que creo. Venid los dos a por mí. ¡Atacad!

Ben y yo nos miramos y él niega.

—Naira... pe...

—¡Que ataquéis! ¡Deja de llamarme pequeña Ben y atacad! ¡Ya!

Se acerca a nosotros y así como creemos que es ella la que nos va a atacar, lo hacemos nosotros y nos lanzamos a la vez. Corremos y cuando estamos a

punto de llegar, chocamos contra esa especie de barrera luminosa, lo que hace que rebotemos en ella y caigamos espantados en el suelo.

La miramos, nos miramos y Naira baja los brazos, haciendo que la luz desaparezca de su cuerpo y que sus ojos vuelven a su tonalidad normal.

—Es lo que imaginaba —nos dice mientras se dirige al armario de Ben.

Coge una camiseta, se desprende de la sábana y se la coloca. La camiseta le llega dos palmos por encima de las rodillas y la cubre perfectamente.

—Espero que no te importe, Ben.

Él niega y se la queda mirando con la boca abierta.

—¿Qué es lo que te imaginabas? —le pregunta y nos ponemos de pie los dos.

—Que soy un escudo. Nada puede rozarme y, si lo amplío, tampoco nada podrá tocar a quién esté cerca de mí.

—Joder —susurramos de nuevo Ben y yo a la vez.

—Por ese motivo me necesitáis, chicos. Puedo protegeros a vosotros y también a Frankie. No sabemos cómo está y en caso de que me necesite...

—Creo que será mejor que bajemos y hablemos esto con Steven. Él como beta tiene que estar al tanto de todo. Además, será el que esté al mando hasta que regresemos y tengo que darle unas directrices.

Ben y Naira me siguen y al llegar a mi despacho, llamo a Steven al teléfono.

Lo escucho sonar detrás de la puerta y luego tres toques hacen que me dé cuenta de que Steven está esperando a que le dé permiso.

—Adelante.

Steven entra y se acerca a nosotros.

—Caleb, venía para comentarte una idea que se me ha pasado por la cabeza. No es una idea cien por cien segura, pero... si sale bien, sería muy buena para nosotros.

Le señalo la silla para que se siente y lo hace.

—Cuéntanos tu idea, Steven.

—Bien. A ver... ¿Has escuchado alguna vez hablar de la raza de los Aniquiladores? —me pregunta y me deja a cuadros al nombrarlos, ya que sé perfectamente quienes son.

—Sí —le confirmo.

—Pues verás, conozco a uno de ellos. Es un amigo mío al que hace mucho que no veo y he pensado que si accede, y ya que este es un tema que implica a

una medio humana y a seres sobrenaturales... Pues... creo que sería imprescindible para la misión y bueno... que os podría ayudar y mucho.

—Es él —escuchamos decir a Naira—. Ese es el hombre del que os hablaba, el hombre que vendrá con vosotros para rescatar a Frankie.

—Bien. ¿Y cómo se llama ese Aniquilador, Steven? ¿Tienes cómo ponerte en contacto con él?

—Sí, Caleb. Tengo como ponerme en contacto con él, y se llama, Krell.

Steven me da su número de teléfono y procedo a realizar la llamada. Solo espero que acceda a ayudarnos y que todo salga bien.

CAPÍTULO 18

Caleb

Después de la llamada al que llaman el Aniquilador, nos hemos dado prisa para coger nuestro avión privado. Me ha costado horrores convencer a Ben de que dejara a Nayra en casa; no se quiere separar de ella ni un momento, pero le he convencido de que estaría en buenas manos con su padre.

La preocupación de no saber cómo esta Frankie me está matando. Si algo llegara a sucederle no sé qué haría. Solo el pensamiento ya me vuelve loco.

El viaje en avión se me hace eterno pero es necesario. Steven me ha dicho que Krell es el mejor en lo suyo; es decir, en detener sobrenaturales que se pasan de la raya, y, más si hay humanos implicados. Y realmente, este es el caso.

Llegamos al sitio que nos ha mandado el aniquilador. Aparentemente por fuera parece una fábrica. Hombre listo, buena manera de pasar desapercibido frente a los humanos.

Llamamos a la puerta y nos abre un hombre bastante grande, el por su expresión, lleva grabado en el rostro la palabra «peligro.»

—Hola, soy Caleb Carras y este es mi hermano Ben. Tenemos una cita con Krell.

—Claro pasen, los está esperando.

El hombre grande y rubio, nos acompaña a través de la instalación que es todo un cuartel general. Hay monitores de cámaras de seguridad que, algo me dice, son de aquella ciudad, y que lo tienen todo perfectamente controlado.

Llegamos a una puerta cerrada y el hombre golpea suavemente con los nudillos.

—¿Sí? —se oye a través de la puerta.

El hombre que nos acompaña abre un poco la puerta y se asoma.

—Krell tienes visita. Los hermanos Carras. —le tutean. Eso es bueno. Ya que implica que hay lazos fraternales entre el jefe y sus hombres.

—Gracias, David. Que pasen por favor.

El tal David nos abre la puerta para que pasemos y, cuando veo a Krell, me quedo pasmado. Si pensaba que el hombre que nos había acompañado era temible; él que tengo delante ahora mismo es un depredador. Un asesino letal. Desde luego, si hay alguien que nos pueda ayudar a salvar a Frankie, sin duda es él.

Krell se levanta y se acerca hasta nosotros, es grande, fuerte y aunque su rostro es fiero nos sonrío y extiende la mano en forma de saludo.

—Hola, soy Krell —nos saluda mientras nos ofrece su mano primero a uno y luego al otro, la acepto gustoso.

—Yo soy Caleb y este es mi hermano Ben. Gracias por recibirnos con tan poca antelación, pero es un tema muy urgente. Mejor dicho... de vida o muerte.

—Por favor sentaros. ¿Queréis tomar algo? ¿Un café o una copa? —nos ofrece indicándonos las sillas frente a su mesa del despacho.

—Una copa de lo más fuerte que tengas estaría bien —le pido, estoy nervioso, preocupado.

¿Sabéis esa sensación cuando sientes que lo más importante de tu vida se te está escapando de entre tus dedos? Pues así me siento ahora mismo. Pero también sé que tengo que mantener la mente fría para poder recuperar a la mujer que amo.

Krell asiente y se dirige a un mueble bar que tiene en el despacho y coge una botella de cristal donde se suelen guardar los buenos licores. Esta es de un color ocre; la verdad es que me da igual lo que contenga si calma algo mis nervios. Con tres vasos y la botella vuelve a nuestro lado y se apoya en la mesa mientras sirve tres buenos lingotazos. Brindamos en silencio y lo apuramos de un solo trago. El líquido arde a través de mi garganta; si es que es bueno ese licor.

—Bueno pues vosotros me diréis. Tiene que ser algo realmente malo si Steven ha tenido que recurrir a mí —nos dice el hombre mientras se sienta en su sitio tras el escritorio.

Meso mi cabello varias veces con las manos como si ese simple gesto me pudiera dar el ánimo que me falta antes de hablar.

—Han secuestrado a mi mujer —Krell levanta una ceja.

—Drall es un renegado de la manada, siempre me ha odiado, pero nunca se había atrevido a atacarme abiertamente... hasta ahora, que ha encontrado mi talón de Akiles. Krell..., mi mujer es medio humana —veo como abre los ojos desmesuradamente. Para los aniquiladores las reglas son muy claras, los

sobrenaturales no podemos mantener relaciones con seres de otra especie— sé que está prohibido Krell y que tu deber es detenernos, pero déjame terminar por favor.

—Prosigue —por lo menos es un hombre razonable.

—Ella es mi pareja de nacimiento.

—Pero eso no es posible...

—Pues lo es, amigo, y no permitiré que nada le ocurra, —y eso que le digo es una advertencia.

—Continua por favor, yo no haré nada contra ella, te doy mi palabra.

—Drall tiene presa a Frankie. Es mitad lobo y mitad humana. Al ser mestiza, tiene unos poderes impresionantes, los cuales creo que solo ha empezado a desarrollar. Frankie es la Destructor, Krell, y creo que por eso la quiere. Y a Nayra...

—¿Quién es Nayra? —noto como mi hermano se tensa cuando aquel hombre pronuncia su nombre.

—Te lo contare todo de camino a Minnesota... si aceptas claro —esta vez es mi hermano quien contesta.

—No te preocupes, la salvaremos. ¿Sabes dónde están? —pregunta mientras se dirige a la pared del mueble bar. Empuja en la piedra correcta y se abre un armario secreto donde tiene todo un arsenal de armas.

—No, no lo sé. Pero Drall me dijo que tenía que encontrarme con él esta noche frente a mis oficinas, en una fuente que hay. Tengo que ir solo con Nayra o de lo contrario matará a mi mujer —confieso y mi tono de voz suena exasperado.

—No te preocupes. Ahora en el avión idearemos el plan de ataque —nos contesta el hombre mientras se arma hasta los dientes y nos entrega armas a nosotros.

Minnesota 22:00 Horas PM

Estoy junto a Nayra en la fuente. Estamos agarrados de la mano y mi cuerpo sobresale algo sobre ella, no puedo evitarlo, no quiero que le ocurra nada. Mi hermano me mataría si algo le sucediera.

Durante el viaje en avión le hemos contado a Krell todos los detalles que necesitaba saber y hemos ideado un plan. Él y mi hermano están camuflados en

un coche negro pequeño que no llame la atención, para así poder seguirnos hasta el escondite de Drall y poder rescatar a Frankie. Me han prometido que no los detectarían.

Estoy nervioso, las manos me sudan, necesito que esto salga bien y volver a tener a Frankie entre mis brazos, en casa y segura.

El maldito Drall llega tarde, los minutos pasan y no aparece. Nayra, que parece leer mis pensamientos aprieta su pequeña mano contra la mía para infundirme ánimo.

Veo que un Audi negro último modelo se acerca hacia nosotros despacio, hasta que se detiene. Espero ver bajar a mi mayor enemigo de él, pero en cambio, baja Selena. Cuando la veo, mi mandíbula casi se desencaja.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto apretando los puños por la rabia que siento en ese momento.

—Hola, cariño. He venido a buscaros —saca un arma, nos apunta y meto a Nayra detrás de mí. —Pronto esto terminará y podremos estar juntos. Sabes que es lo correcto, Caleb.

Mi alma grita que eso nunca ocurriría, que antes me moriría. Pero quizá es mejor seguirle el juego a esa psicópata. Si... ahora que la veo detenidamente, me doy cuenta de que su rostro no es el de una persona normal, si no el de una demente. Por eso la ha escogido Drall para estar entre sus filas.

—Tienes razón, Selena, vamos, quiero acabar cuando antes con esto para que podamos tú y yo disfrutar. —Noto a Nayra que quiere protestar pero apretó su mano para que confíe en mí.

Selena esta encantada; es lo bueno de la gente perturbada, que no hace nunca preguntas si oye lo que quiere escuchar y fuerzo una sonrisa que no siento para dar más seguridad a mis palabras.

—¿Nos vamos, cariño? Una vez que Frankie muera, serás mío para siempre.

Siento una punzada en mi corazón ante esas palabras, pero debo disimular si quiero salvar a mi mujer.

—Claro preciosa vamos —he conseguido que deje de apuntarnos ya que no me ve una amenaza, pero no guarda la pistola seguramente por Nayra.

Nos dirigimos al coche. Nayra entra primero y yo después. Selena va delante en el asiento del copiloto girada para poder vigilarnos. Podríamos huir, pero ella sabe que no es lo que queremos, por eso va tan tranquila.

—Bueno y que tenemos aquí. ¿Cómo has crecido tanto, Nayra? —pregunta

la loca a la joven a mi lado que no me suelta la mano.

—Perra, vas a morir entre terribles sufrimientos, lo he visto —ese comentario enfada mucho a Selena ya que apunta directa a la cabeza de Nayra y en ese momento me tenso.

—Nayra... dile la verdad a Selena. Va a ser mi pareja y tú lo sabes, me lo dijiste —le suplico con la mirada para que me haga caso.

—Aunque no me guste admitirlo es verdad, Selena. Serás la pareja de Caleb.

Eso parece que contenta a la loca, porque sonrío y dirige la mirada hacia mí, con una especie de amor enfermizo reflejado en ellos.

—Ya casi hemos llegado, cariño. Pronto todo acabará.

Se me hacen bola esas palabras, pero haré cualquier cosa por salvar a Frankie. Vendería mi alma al mismísimo diablo si fuera necesario.

Llegamos a una casa a las afueras de la ciudad. Está en mitad de la nada, por lo que es un buen sitio para un secuestro, sin duda. Bajamos del coche y Selena nos pide que la sigamos al interior. Ya dentro de la casa, veo que hay muchos de los hombres de Drall. Renegados como él armados hasta los dientes. Espero que Krell y Ben hayan conseguido seguirnos hasta aquí, si no Nayra y yo estaremos perdidos. Todos saludan a Selena cuando pasa, ¿qué pintará ella con Drall? Cuando estemos lejos de todos esos oídos curiosos, le preguntaré.

La casa, aparentemente es una vivienda normal, pero esta llena de hombres armados. Bueno, lobos. Solo espero que podamos salir vivos de esta.

Atravesamos el salón y seguimos por un pasillo donde hay una puerta roja. Selena la abre y nos dice que entremos.

—Selena, cariño, ¿qué haces con Drall? No me gusta nada ese hombre.

—Ni a mí tampoco. Pero tuve que aparentar que quería ser su novia, para así poder matar a Frankie y lograr tenerte solo para mí. No sabes todo lo que he tenido que hacer con ese malnacido para que podamos estar juntos, Caleb. Así que... espero que me demuestres lo agradecido que estas por todo lo que he luchado por nuestro amor.

—Por su puesto, querida. Te compensare con creces todo lo que estás haciendo por nuestro amor. Llévame junto a Frankie, nena, quiero confesarle mi amor por ti.

Eso parece que la satisface, porque tiene la sonrisa que pone un niño cuando recibe un juguete nuevo. Bien, eso es lo que quiero.

Llegamos al sótano y al final de un pasillo veo una puerta custodiada por dos guardias, armados con rifles de asalto y que saludan con la cabeza a Selena.

—Señora, sabe que no puede pasar, son órdenes del jefe —dice el más alto con acento de Europa del este.

—Tranquilo, Benjamín. No tardaremos. Simplemente quiero que se despidan de esa perra antes de matarla.

El hombre no parece muy convencido, pero nos deja pasar.

Cuando abren la puerta veo una sala preparada como una mazmorra. Tiene cadenas en las paredes y mientras la recorro con la mirada, me topo con Frankie. Está desmayada y muy pálida. ¡Les mataré por esto! Me juro a mí mismo.

Selena me mira para comprobar en mi rostro mi reacción, por lo que tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas por sonreír, como si la mujer allí enfrente encadenada no me importara lo más mínimo.

Selena, complacida con lo que ve, se dirige hacia mi amor y la agarra del pelo. Levanta su cabeza y como no reacciona la abofetea muy fuerte. Siento ese golpe como si me lo hubiera infringido a mí mismo, pero no me lo puede notar. Miro a Nayra y espero que con una sola mirada entienda lo que le suplico.

—Despierta zorra, mira quien ha venido —le grita Selena a Frankie, la cual va abriendo los ojos despacio, y nos mira como si le costara enfocar la vista.

—Cal... Caleb ¿estás aquí de verdad, o es otra alucinación? —me pregunta con la voz quebrada por la debilidad y a mí, se me parte el corazón al saber que durante su cautiverio ha estado soñando conmigo.

Mi cuerpo solo quiere salir corriendo y abrazarla, consolarla, decirle que ya estoy aquí y que no dejaré que nada le pase. Pero no puedo, aún no. Y más sabiendo que en nada la voy a destrozar con mis palabras.

—Hola Frankie. He venido, sí, pero no por ti. La verdad es que he venido por Selena. Ella es mi único y gran amor —miento, sintiendo como cada palabra me destroza por dentro.

Frankie termina de abrir los ojos y veo como sufre por lo que le acabo de decir, pero no puede ser de otra manera.

—¿Ves, Zorra? te dije que sería mi pareja. Y ahora tú, vas a morir sin pena ni gloria, nadie te echará de menos —le dice riéndose maliciosamente.

Veo como las lágrimas salen por las mejillas de Frankie, a Selena quitar el seguro de su pistola y apuntar a Frankie con ella en la sien.

—Caleb, dile a tu putita a quien quieres —me destroza el alma hacerlo, pero sé que es la única manera.

—Frankie, lo siento, pero realmente amo a Selena. Ella es una loba de pura raza y no una mestiza como tú —digo intentando que el desprecio sea palpable en mis palabras y que Frankie lo note.

—Caleb yo te amo, no puede ser... —me contesta Frankie destrozada, y veo como las lágrimas no paran de caer por su rostro.

«Por favor que lleguen pronto los refuerzos» — rezo en silencio.

—¡Selena! —grita de repente Drall a mis espaldas— ¿Qué demonios estás haciendo?

Viene acompañado de varios hombres armados.

—Tomar lo que me pertenece —y en ese momento, aprieta el gatillo.

Krell

Ben y yo hemos seguido al coche que se ha llevado a Krell y a Nayra. Ben conduce mientras yo voy observando su trayectoria. Terminamos en una casa a las afueras, en mitad de la nada. En apariencia es un sitio normal, pero algo me dice que hay un sótano. Si yo tuviera que tener un a un rehén, lo tendría en el sótano de mi casa.

Aparcamos el coche en una zona apartada y resguardada por árboles para no ser vistos.

—Ben, tenemos que encontrar una entrada directa al sótano, algo me dice que tienen a tu cuñada ahí —le aseguro mientras salgo del coche y cojo mi cuchillo por si nos encontramos enemigos en el camino. No quiero hacer ruido, no sea que advierta al resto de nuestra presencia.

—Creo que voy a ir en forma de lobo. De esa manera podré oler si alguien está cerca o saber exactamente donde han llevado a mi hermano y a Nayra —dice mientras empieza a despojarse de su ropa.

—Perfecto, eso sería de mucha ayuda.

Y dicho esto, empiezo a ver la transformación. Aunque es dolorosa, Ben no pronuncia ni un solo quejido. Tiene un par de pelotas ese tío, la verdad es que me cae bien.

Cuando termina, me mira a través de su rostro lobuno.

—Vamos perrito bonito —le digo de broma y me gruñe en respuesta. Hay que ver que malas pulgas tiene.

Rodeamos la casa sin apartarnos en ningún momento de la seguridad que nos proporciona la oscuridad. Ben va olisqueando, tratando de descubrir algún rastro, hasta que parece que halla algo. Aumenta el ritmo hasta casi correr y yo le sigo.

Se detiene junto a una ventana baja que esta casi a ras del suelo y me mira esperando que haga algo, pero la ventana es pequeña. El lobo entrará sin problemas, pero yo lo voy a tener algo difícil, aunque eso no me va a detener. Me agacho junto al lobo y le susurro algo al oído. Tenemos que entrar rápido, el factor sorpresa es imprescindible en una pelea.

El lobo me mira y yo asiento con la cabeza mientras me voy alejando de la ventana para poder coger carrerilla. Ben se lanza de lleno contra el cristal, y seguidamente yo corro dirección a la ventana abierta y derrapo para entrar de golpe.

En el paso por la ventana rota noto los cortes sobre mi piel, pero no es algo que me preocupe.

Estamos dentro, y menos mal que hemos llegado a tiempo, ya que la situación parece bastante fea. Una mujer apunta con una pistola directamente a la cabeza de otra, por lo que entiendo, que esa debe ser la mujer de Caleb, ya que a él casi se le salen los ojos de las orbitas por esa visión.

Hay otro hombre apuntando a Caleb y a Nayra. De repente todo se lía y ocurre muy rápido.

—¡Selena! —grita el hombre con traje y lleno de tatuajes que apunta a Caleb— ¿Qué demonios estás haciendo?

Sus hombres armados nos apuntan a mí y también a Ben.

—Tomar lo que me pertenece —y aprieta el gatillo.

En ese momento, en el que pienso que es el final de la mujer de Caleb y me lleno de horror, la pequeña Nayra empieza a brillar de un bonito color amarillo dorado. Esa luz, se arrastra desde su cuerpo rápidamente y va a parar sobre Frankie, rodeándola entera, y la bala que amenazaba con reventar su cráneo, golpea sobre el escudo de luz que Nayra ha creado para protegerla. Caleb la lleva corriendo junto a Frankie, y la muchacha la abraza.

—Quedaos juntas Nayra y por favor, no bajas el escudo por nada del mundo veas lo que veas —le pide Caleb antes de darle un fugaz beso en la

frente a la joven.

La mujer que ha disparado y el resto de hombres armados aún están algo impresionados por lo que acaba de ocurrir y, me doy cuenta de que es nuestro momento. Es ahora o nunca, no tendremos otra oportunidad.

Sin pensarlo, me lanzo sobre el hombre de los tatuajes y le doy un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que tira la semiautomática que tenía en la mano. Veo como su labio sangra y sonrió. Caleb y Ben están atacando al resto de hombres.

—Krell, no lo mates, ¡es mío! —grita furioso Caleb.

—Tranquilo, solo lo voy a hacer sangrar un poquito —los ojos de Drall me miran asombrados ya que no se esperaba aquel golpe.

—¿Tú eres el Aniquilador? —dice sorprendido.

—Sí y... ¿sabes que es lo que hago con los tipos como tú que se saltan las reglas e intentan dañar a una humana? —pregunto mientras saco dos dagas que llevo en mi espalda.

—¡No la he dañado! —protesta enérgicamente— Ella es una mestiza, es la destructora y junto a Nayra la vidente me iban a ayudar a conquistar el mundo —su voz denota que es un loco ávido de poder. Mis favoritos.

—Eso será por encima de mi cadáver— le digo y me lanzo directo a por él.

Drall esta vez si ve venir el golpe y levanta la pierna en una patada que da pleno en mi plexo solar dejándome sin respiración. Parece que va a ser un buen contrincante, y lo prefiero; no me gusta luchar contra débiles que al primer golpe lloran como niñas.

Antes de que pueda recuperar el aire, se lanza sobre mí, dándome puñetazos en el rostro y las costillas a diestro y siniestro. Ya me he cansado de jugar, odio que me toquen la cara. Me tiro de lleno contra sus piernas haciéndole un barrido y me subo encima de él. Mis puños metálicos empiezan a golpear sin piedad el rostro de ese maldito lobo. Intenta poner sus antebrazos por delante para protegerse, pero es imposible, quiero su sangre en mis puños y no parare hasta que la tenga.

Sigo golpeando pero un grito me desconcentra.

—¡No, Caleb! —es la voz de Frankie, y antes de que pueda ver qué ocurre, el malnacido que tengo debajo de mí, consigue sacar un cuchillo de dentro de su chaqueta y me lo clava en el pecho, muy cerca del corazón.

Ha fallado por muy poco. Me he cansado de sus juegos y tengo que ayudar a los demás. Así que, ya harto, cojo su cabeza con ambas manos y la golpeo fuertemente contra el suelo, con la suficiente fuerza para dejarlo inconsciente

pero no matarlo, ya que es algo que le he prometido a Caleb que haría él.

En ese momento, veo que la mujer que tiene que ser Selena por lo que me han contado, tiene encañonado a Caleb, mientras este sigue luchando. Entre él y Ben casi han acabado con todos los hombres de Drall.

Miro la escena e intento pensar en cómo desarmar a esa maldita mujer, antes de que llene de balas el cuerpo de Caleb.

—Si no eres mío no serás de nadie. A no ser que Frankie quiera salir voluntariamente del escudo y salvarte. ¿Qué me dices Frankie? ¿Tú vida por la de él? Si tanto le amas, no tendrás problema con ese cambio, ¿verdad? —la escucho decir sin dejar de apuntar a Caleb.

Todos estamos paralizados mirando la escena, ya que, un paso en falso podría acabar con la vida de Caleb.

Frankie, que ya ha sido desatada por Nayra, tiene el rostro surcado de lágrimas y no aparta la mirada del hombre que ama, el cual está a punto de morir frente sus ojos.

—No lo hagas, Frankie, por favor —la voz de Caleb suena quebrada, seguramente por el dolor de saber que todo va a terminar así y no podrá estar más con la mujer que ama.

Miro a Frankie y veo como su expresión atormentada está llena de dudas. ¿Tiene que hacer lo que el hombre que ama le pide? o al contrario, ¿entregará su vida por amor? Difícil decisión.

Veo como Selena se está impacientando y quita el seguro del arma. A esta mujer no le tiembla el pulso a la hora de disparar. Está totalmente ida.

—Muy bien, zorra. Despídete de tu amor— y veo como su dedo empieza a apretar el gatillo.

Sé que no voy a llegar a detenerla antes de que esa loca despechada apriete el gatillo, pero entonces, algo ocurre que nos deja a todos atónitos. Los ojos violetas de Frankie empiezan a emitir una luz del mismo color, es como si fuera un fuego líquido y a Selena, no le da tiempo de reaccionar. La luz llega hasta ella, justo cuando está al lado de su pecho. Toma forma de mano iridiscente y de un solo golpe, atraviesa su pecho y agarra su corazón. Selena se lleva la mano al pecho como si fuera capaz de detener ese poder, pero no es así.

—Has querido destrozarme el corazón, Selena, así que yo haré lo mismo con el tuyo —la voz sale de la boca de Frankie, pero no parece la suya. Es una

voz poderosa, una voz que hac que cada pelo de mi cuerpo se erice.

Alza su mano abierta, la cierra en un puño y, en ese momento la luz hice lo mismo porque Selena, suelta un aullido de dolor, antes de caer inerte sobre el frío suelo.

Después de ver eso, Caleb corre a abrazar a su mujer y le enjuaga las lágrimas con sus besos.

—Todo ha terminado mi amor, ya estás a salvo —le dice Caleb a Frankie mientras la acuna tiernamente entre sus brazos.

Ben cambia a su forma humana y recibe a una Nayra que va corriendo hacia él.

Y yo, siendo observador de todo aquello solo deseo volver a casa y ver a mi pequeña pelirroja.

—Te amo, Caleb —dice Frankie besando el rostro de su amado.

—Y yo a ti pequeña, y yo a ti. Nunca más dejaré que nada te dañe — le promete él.

—Bueno, ni yo a ti —dijo ella riendo y es verdad, ya tiene un inmenso poder en su interior.

—Siento romper este momento tan sentimental chicos, pero deberíamos sacar la basura —digo mirando al hombre inconsciente a mis pies.

—No te preocupes, Krell. Me lo pienso llevar a casa y torturarlo antes de quitarle la vida por todo lo que me ha hecho sufrir — me confirma Caleb.

—Oye tío, tienes un puñal clavado en el pecho —me dice Ben sorprendido.

Me miro y es verdad, con todo lo que ha ocurrido ni me he acordado de él.

—Tranquilo, nada que no se arregle con un poco de sexo —todos ríen ante mis palabras.

—Frankie, este es Krell. Es un Aniquilador que ha venido a ayudarnos para rescatarte. Ellos son los encargados de que los sobrenaturales cumplamos las normas, y... bueno... tal y como ha dicho, se alimentan del placer de sus compañeras de cama —le explica Caleb a su mujer.

Ella abre los ojos con sorpresa y yo le guiño un ojo.

—Krell, muchas gracias por venir a ayudarnos —dice ella agradecida mientras se acerca y me ofrece su mano— te abrazaría, pero no sé si eso sería bueno para tu cuchillo —dice señalando mi pecho, así que poniéndose de puntillas, me besa en la mejilla y oigo un gruñido animal proveniente de Caleb.

—Tranquilo hermano, creo que nunca he visto a una mujer que ame tanto a

su hombre como ella te ama a ti.

CAPÍTULO 19

Después de acompañar a Krell al hangar para que mi avión privado lo llevara de vuelta a casa, me subí de nuevo en el coche y me senté al lado de Frankie. La subí a mi regazo, apoyé su cabeza en mi hombro y la abracé.

Faltó tan poco para quedarme sin ella, sin el amor de mi vida... Solo sé que sino llega a ser por Nayra, Frankie no estaría ahora mismo entre mis brazos.

Cada vez que recuerdo el poder que utilizó para derrotar a Natasha, se me pone la piel de gallina. Mi mujer es poderosa, mucho, y en combinación con Nayra son un dúo letal.

Ben y Nayra están en los asientos delanteros. Nayra está dormida con la cabeza apoyada en la ventana y Ben la va mirando de vez en cuando. Se preocupa mucho por ella, lo veo. ¿Se habrá dado cuenta de que ella es su pareja destinada?

Nayra nos dijo que no le dijéramos nada a Ben sobre eso hace tiempo, pero... ¿hasta cuando habrá que mantener el secreto? Creo que Ben se merece saber que tiene a su lado a su mujer, ¿no? Una mujer con aspecto de adolescente, cierto. Porque a pesar de contar ya con dieciocho años, su aspecto es el de una adolescente de no más de dieciseis.

Espero que no tarde mucho en pasar por su último y definitivo cambio. Me encantaría verlos al fin felices y juntos, la verdad.

—¿Caleb? —gime Frankie —Caleb, no entres, sal. —Susurra y me doy cuenta de que está teniendo una pesadilla —el anillo, mío, mío, dámelo.

—Shhh —intento calmarla abrazándola y hablándole al oído suavemente —. Ya está cielo ya está. No pasa nada con el anillo, cariño, nada.

Se calma y suspiro. Miro por el espejo retrovisor y veo a Ben mirándome.

—Ha tenido que pasarlo mal, hermano. Ahora entiendo el dolor que sentiste en el pecho. Para quitarle el anillo tuvieron que hacerle mucho daño, Caleb, mucho.

—Si supiera dónde está ese hijo de puta, te juro que se lo haría pagar caro. Como le ponga las manos encima al tío de Selena alguna vez lo muelo a palos, Ben. Te lo juro.

—No hace falta que me lo jures, te creo.

El tío de Selena desapareció antes de que liberáramos a Frankie. Quisimos dar con él pero fue imposible. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Está ilocalizable. Solo espero que cuando nos hayamos ocupado de Drall, cante como un pajarito y nos diga donde se puede estar escondiendo.

Llegamos a casa pocas horas después y Frankie y Nayra bajan del coche. Ben y yo las acompañamos al interior pero antes le digo a Steven que lleve a Drall a las mazmorras del poblado y que lo tenga vigilado siempre.

Nos dirigimos a nuestras habitaciones, cada uno con su pareja y cuando Ben va a entrar con Nayra, ella simplemente niega, le da un beso en la mejilla y cierra la puerta.

Ben me mira con cara de cachorro apaleado y yo simplemente me encojo de hombros y le digo que se vaya a su habitación a descansar.

Frankie y yo entramos en nuestra habitación, nos desnudamos y nos metemos juntos en la ducha. Cuando veo como coge la esponja, se la quito de las manos.

—No, cariño. Esta vez voy a tener el placer de enjabonarte yo. No me lo niegues, nena.

Frankie me besa y me abraza. El agua está mojándonos y no me suelta.

—Cariño, sino te despegas de mí no creo que pueda hacer nada. Venga, déjame lavarte y luego me podrás abrazar cuanto quieras —le pido acariciándole la espalda.

Ella niega, tiro la esponja al suelo y le devuelvo el abrazo.

—Creí que nunca más estaríamos así, Caleb. Tuve mucho miedo.

—Tesoro, nunca hubiera permitido que eso pasara y lo sabes. Sabes que te buscaría hasta en el lugar más recóndito del mundo, Frankie. Eres mi vida, cielo. Eres mi todo. Sin ti no soy nada, mi amor, nada.

Frankie me mira, me sonrío y me besa. Me acaricia el pecho y suspira. Me vuelve a mirar y es tan grande el amor que veo en su mirada, que hace que el corazón me empiece a latir apresuradamente.

—¿Sabes? Recuerdo el día que te conocí. La verdad es que me impactaste —sonrío y mira al suelo. Le levanto la barbilla para que me mire y le acaricio la mejilla.

— Yo también me acuerdo —contesto y me carcajeo —. Entraste en mi despacho y me llamaste mastodonte.

Frankie se pone a reír y niega.

—No, cariño, vas mal. Ese no fue el primer momento que te vi y me fijé en ti.

Frunzo el ceño porque no sé entonces cuando puede haber sido nuestro primer encuentro.

—Solo te diré... que acabé sentada de culo en el suelo cuando entraste por las puertas de la empresa.

Hago memoria y entonces es cuando caigo. Recuerdo ese momento. Fue el mismo día de la entrevista. Recuerdo a una mujer muy pequeña chocando

conmigo y quedarse medio atontada mirándome. Recuerdo que pensé... ¡que boquita de piñón más bonita! Ya que la tenía en forma de «o» en cuanto levantó la cabeza y me miró.

—Ya me acuerdo. Entonces, ¿eras tú la cosita minúscula a la que tiré al suelo? —pregunto y me empiezo a reír—. ¡Ays! —me quejo y me toco el costado—. ¡Uñas quietas gatita!

—¡Eso por llamarme cosita minúscula! Que vale que soy bajita, pero es que tú sigues siendo un mastodonte, Caleb. Bueno... mi mastodonte —me rebate y guiña un ojo.

—Sí, nena, tú mastodonte.

Me agacho a recoger la esponja y empiezo a lavarle el cuerpo, empezando por sus pies y sigo subiendo. Me fijo en su sexo pero prefiero no hacer nada. Ahora mismo solo quiero cuidar de ella y no clavarla en la pared de la ducha y follarla como un loco. Así que, inspiro hondo y me centro en lo importante.

Frankie se deja hacer y veo como se relaja. Una vez la he lavado y he recorrido con la esponja todos los rincones de su pequeño cuerpo, echo champú en mis manos y le empiezo a lavar su larga melena. Le masajeo el cuero cabelludo y la escucho gemir, lo cual hace que mi miembro, el cual se había relajado, se tense de nuevo.

—Frankie —gimo y suspiro—. Ahora no, preciosa.

Se da la vuelta y se arrodilla. No será capaz...

—No nena, no... Levántate, cielo. Déjame cuidar de ti —le pido sujetándola de los brazos y la levanto.

—Pero, Caleb... yo también quiero cuidar de ti, cariño. ¿Acaso crees que no veo el estado en el que estás?

—Lo sé, pero ahora no es el momento. ¿Acaso crees que no veo lo hecha polvo que estás? —la coloco debajo del chorro de la ducha y le empiezo a

aclarar el jabón del pelo —. Ahora deja que me ocupe de tí ¿vale? Ya habrá tiempo para lo otro, cielo. Tenemos toda la vida para amarnos.

Acepta y salgo de la ducha. La saco detrás de mí y la envuelvo en una esponjosa toalla. La seco completamente, le quito la humedad del pelo y la llevo a la cama. La siento en ella y empiezo a cepillar su larga melena. Solo quiero que se deje hacer y que se relaje. Admito que me encanta cuidar de ella, del amor de mi vida. Nunca hubiera imaginado que cuando la conocí, descubriría lo que es amar de verdad. Amar con toda el alma. Frankie me ha devuelto la vida y se ha llevado las sombras que cubrían mi corazón.

Nos metemos en la cama, nos tapamos con el edredón y así como apago la luz, un sonido procedente del cajón de la mesita del lado de Frankie, hace que ella se espabile de golpe.

Se incorpora, abre el cajón y coge el móvil. Mira la pantalla y veo que pierde el todo el color de la cara. Se ha quedado blanca.

Descuelga, se lo pone al oído y carraspea.

—Ho... hola mamá.

CAPÍTULO 20

—¿Hola mamá!? ¡Hola mamá! —me grita como una energúmena por el teléfono —. A tí es que te desheredo, ¡mala hija! Me has tenido una larga temporada sin saber nada de ti, ¡nada! ¡Desde que llegaste a esa maldita ciudad me llamaste solo una vez y tarde y fue para decirme que te habías dormido! ¿Te crees que soy una jovencita para aguantar eso, niña? ¡Me has tenido en vilo! ¡Casi me ha dado un infarto! ¡Sino llega a ser por tu padre que me ha dicho que te llamara de una vez y así me quedaría tranquila...! ¡Porque si es por tí me podrían haber dado las uvas, mala hija! ¡Ya me puedes contar y espero que sea una buena historia, del porqué de tu mutismo durante tanto tiempo!

Me quedo callada porque, aparte de que no me esperaba para nada esa llamada me ha pillado totalmente desprevenida.

Miro a Caleb y está con la espalda apoyada en el respaldo de la cama, con los brazos cruzados y con una sonrisa divertida en sus labios.

Alzo la ceja y sigo escuchando a mi madre poniéndome a parir.

Le digo sí a todo, porque la verdad es que después de su primera parrafada he dejado de escucharla. Siempre ha sido una madre demasiado protectora conmigo, al contrario que con mi hermana pequeña y me ha dejado muy poca libertad, casi ninguna más bien, y entiendo que esté así. Pero bueno. Tampoco hay para tanto ¿no?

—¿¡Me escuchas!?

—Sí.

—¿Qué te he dicho, Francisca?

—Que sí, que tienes razón, mamá.

—¡Francisca Summer! ¡Encima tienes la santa barra de decirme que sí a todo como si estuviera loca!?

—Aja... lo que tú digas, mami.

—¡Ya está bien! ¡Escúchame! Solo te llamaba para que supieras que en este momento estoy embarcando en un avión con destino a Minnessota. El vuelo llegará en quince horas, así que ¡más te vale que estés en el aeropuerto para recogerme, o te juro por lo más sagrado que en cuanto te vea te calentaré de tal manera el culo que no te podrás sentar en una semana! ¡Y me da igual que seas mayor, Francisca, porque lo haré!

Al escuchar eso me pongo derecha de golpe y miro a Caleb con los ojos como platos.

—¡No, mamá! ¡No hace falta que vengas, en serio! —escucho un tono seguido y me doy cuenta de que ha colgado —. ¡Mamá no! —grito y cuelgo la llamada.

Bufo y me quedo mirando la puerta de la habitación, hasta que Caleb habla.

—¿Así que te va a calentar el culo, cariño? Eso quiero verlo —me guiña un ojo y se pasa la lengua por su labio inferior.

—No, Caleb, ahora no por favor. —Me pongo las manos en la cara y suspiro. —No puede venir, no puede ¿no lo ves?

—¿Cómo que no? ¿Y por qué según tú no puede venir, nena?

—¿Qué por qué!? ¡Joder nene, que sois lobos!

—¿Y? Una cosa es que seamos lobos, cielo, y otra muy diferente es que tu madre tenga que saberlo. ¿Acaso tú lo supiste cuando nos conocimos? No, ¿Verdad? En ese caso, tu madre no tiene porqué saberlo tampoco nena. Venga,

tranquilízate. Ven conmigo, abrázame y descansa un poco. En trece horas saldremos de aquí a buscar a tu madre y la instalaremos aquí.

—¿Aquí? ¿En tu casa?

—¿Dónde sino?

—¡Pues en un hotel, Caleb! ¡No en un poblado lleno de lobos, nene!

Se pone a reír y lo miro. La verdad es que estoy empezando a echar chispas. Demasiado tranquilo lo veo... ¡no sabe lo que supondrá tener al huracán Carmen en su casa!

—Caleb, para. Ahora te ríes cielo, pero no sabes cómo es mi madre. Te aseguro que en cuanto entre por la puerta a los cinco minutos tendrás ganas de que salga por ella.

—Venga ya, no será para tanto...

Lo veo tan tranquilo y con tanta seguridad en lo que me dice que decido callarme.

—Ya verás ya. Luego no me digas que no te avisé. Y el que avisa no es traidor, Caleb.

—No te preocupes, cariño. Si se pone muy pesada le gruñimos un poco Ben y yo y ya verás cómo sale por patas. Nunca mejor dicho. —Me guiña un ojo y me gruñe a mí.

Me echo a reír porque me he imaginado la escena en mi cabeza y la verdad es que sería brutal.

—Anda, ven cariño. Abrázame.

Me pongo a su lado, lo abrazo y lo veo coger el mando del equipo de música que tiene en la habitación. Lo enciende y la melodía que empiezo a

escuchar me encanta. ¡Adoro esa canción!

*Después de la tormenta la calma reinará
Después de cada día la noche llegará
Después de un día de lluvia el sol se asomará,
Y después de ti, que*

*Después de cada instante el mundo girará
Después de cada año más tiempo se nos va
Después de un buen amigo, otro amigo encontrarás
Y después de ti, que, después de ti que*

*Después de ti, no hay nada
Ni sol ni madrugada, ni lluvia ni tormenta
Ni amigos ni esperanza*

*Después de ti, no hay nada
Ni vida hay en el alma
Ni paz que me consuele,
Ni hay nada si tu faltas,*

*Después de haber tenido siempre vuelves a tener
Después de haber querido, intentas otra vez
Después de lo vivido, siempre hay un después
Y después de ti, que, después de ti, que*

*Después de ti, no hay nada
Ni sol ni madrugada, ni lluvia, ni tormenta
Ni amigos ni esperanza.*

*Después de ti, no hay nada
Ni vida hay en el alma
Ni paz que me consuele
No hay nada si tú faltas,*

Después, después de ti, que?

Suspiro y lo miro. Hay tanto amor en su mirada... pero tanto. Nunca me hubiera imaginado al llegar a Minnessota que acabaría encontrando la felicidad absoluta, ni que el hombre al que amo me amara tanto como sé que me ama.

Creo que en nuestro caso, la frase de «te amo hasta el infinito y más allá» nos viene como anillo al dedo.

—Te amo —le susurro en el oído y noto como una lágrima empieza a caer por mi mejilla.

—Yo también te amo, *Fransisca* Summers. Cada día le doy las gracias al cielo por haberte puesto en mi vida, cariño.

Me pongo a llorar sin poderlo evitar y no de pena, sino de felicidad. Porque solo saber que tengo y tendré a este maravilloso hombre a mi lado el resto de mi vida, hace que me den ganas de seguir adelante y de hacerle frente a todo lo que la vida me ponga por delante. Todo.

—¿Te ha gustado la canción? Por tu reacción creo que es que sí.

Asiento y lo beso intensamente. Caleb me devuelve el beso poniendo en él la misma intensidad y pasión con que lo estoy besando yo. Se coloca encima mío, me toma de las manos y las coloca por encima de mi cabeza. Unimos nuestros dedos, nos miramos a los ojos y de esta manera siento como me empieza a penetrar lentamente, muy lentamente. Gimo y lo vuelvo a besar. Necesito besarlo.

—Mírame, cariño, mírame. No apartes tu mirada de la mía en ningún momento, por favor. Necesito ver ese precioso color violeta oscurecerse a causa de la pasión, necesito saber que lo que hago, lo que sientes..., es tan inmenso como lo que siento yo estando en tu interior. Mírame amor mío, mírame.

Y lo miro. No aparto mis ojos de los suyos en ningún momento. Caleb sale y entra de mí, me embiste fuertemente y el placer que siento es tan tan inmenso, que segundos después alcanzo el clímax y grito.

Caleb me besa para sofocar el sonido que ha salido de mi interior y poco después me sigue él. Suelta un rugido sin separar su boca de la mía en ningún momento, y cuando se relaja, cae encima de mí. Lo abrazo fuertemente y

escucho como me susurra «te amo» varias veces en el oído. Le devuelvo sus palabras y cuando noto como se va a separar de mí, lo abrazo más fuerte y rodeo sus caderas con mis piernas porque no quiero que se separe de mí.

—Cariño, será mejor que me dejes separarme un poco. Te voy a aplastar.

—No. Déjame un poquito más. Necesito sentirte un poquito más, Caleb.

—Frankie..., sino me sueltas me da que volveré a repetir muy pronto y necesitas descansar.

—¿Me lo prometes?

—¿El qué?

—Que lo repetirás muy pronto.

—Serás... ¡brujilla!

Me empiezo a reír a carcajadas y Caleb empieza a hacerme cosquillas.

—¡Vale, vale! ¡Para por favor, para! Ya te suelto cielo —le digo aún riéndome y con la respiración acelerada.

Separo mis brazos de su espalda y así como lo hago, niega.

—¿No?

—No. Abrázame de nuevo cariño, porque volvemos a empezar.

CAPÍTULO 21

Estamos en la terminal de llegadas del aeropuerto esperando a mi madre. Se abren las puertas y vemos como la gente empieza a salir.

—Estoy de los nervios, Caleb.

—Tranquila, nena, que no va a pasar nada.

—¡Mírala, esa es! —le digo señalándola y empiezo a agitar mi mano para que me vea.

—¿Esa es tu madre?

—Sí, esa es. ¿Por qué?

—¡Joder nena, si es un tapón!

Le pego un manotazo en el pecho y le frunzo el ceño.

—Puede que sea bajita, Caleb, pero me tiene una mala leche monumental. ¿Has escuchado la expresión «pequeña pero matona»? Afirmo y me mira — pues a ella le viene como anillo al dedo. —Agárrate los machos, nene... porque el huracán Carmen me ha visto y viene hacia aquí con una cara de malas pulgas bestial.

Mi madre viene hacia nosotros con el ceño fruncido, los labios apretados y con un andar tan rápido que parece que la estuvieran persiguiendo.

Se sitúa frente a mí al llegar, me mira de arriba a abajo y luego a los ojos, tras lo que abre los suyos como platos.

—¡Mi niña! — grita y me da un abrazo de oso increíble —. Su cabeza llega a mis hombros y apoyo la mía en la suya. Hay que decir que con su metro cincuenta y cinco, hasta a su lado yo soy alta —. ¡Te has quitado las lentillas, mi amor! ¡Estás enseñando tus maravillosos ojos!

Voy a contestarla, cuando escucho a alguien gritar mi nombre. Miro detrás de mi madre y veo a mi padre y a mi hermana pequeña correr hacia mí.

—¡Frankie! ¡Frankie! —grita mi hermana Olga y al llegar aparta a mi madre y me abraza ella.

En su caso es diferente. Es mi cabeza la que llega a su hombro. Es la pequeña pero la más alta de la familia, a parte de mi padre, claro. Al ser inglés, es un hombre alto y estilizado para su edad y mi hermana pequeña se ve que ha sacado su genética.

—Pero... ¿qué haces tú aquí también? ¿Y tú, papá? —Le pregunto y lo abrazo también a él —. ¿Cómo es que estáis aquí los tres? Creía que venía solo mamá.

—Eso díselo a tu hermana, Frankie. Se empeñó en querer venir y bueno... ya sabes que cuando a tu hermana se le mete algo en la cabeza...

Escucho un carraspeo a mi lado y miro a Caleb, el cual está sonriendo y mirándome. Me está haciendo señas con los ojos para que se los presente, creo. ¡Pobrecillo mio! Y encima hemos estado hablando en castellano y me da que él no ha entendido nada.

Veo a mi madre y a mi hermana mirar a Caleb con la boca abierta y a mi padre con los ojos entrecerrados.

Carraspeo y me decido a presentarlo.

—Mamá, papá, Olga... este es mi novio, Caleb —digo en inglés, para que Caleb se entere de lo que estoy diciendo.

—¡Hola, encantada de conocerte, Caleb! — mi hermana va a hacia él, lo coge de la solapa de la camisa y tira para que se agache un poco, lo que me causa gracia, ya que aunque mi hermana sea alta, él con su más de metro noventa, hace que todo el mundo sea pequeño a su lado. Caleb se inclina y Olga le da dos besos bien dados a lo español.

Caleb carraspea por la efusividad de mi hermana y miro a mi padre, el cual sigue con los ojos entrecerrados y mirándolo de arriba a abajo.

—Igualmente, Olga. También es un placer conocer a la hermana de la mujer que amo.

En ese momento mi padre carraspea y lo miramos.

—Así que eres la pareja mi hija, ¿no?

—Sí, señor... pareja y futuro marido, con su bendición, claro está.

—¡Ays. Dios. Mío! —grita eufórica mi hermana y se pone a aplaudir y a dar saltitos —. ¡Di que sí, papi. ¡Dí que sí!

Miro a Caleb con la boca abierta y me sonrío.

—Es lo que quiero, cariño. ¿Acaso tú no?

—Creía que ya lo era... pero bueno... sí, claro que sí...

—Ufff, menuda efusividad, nena.

—Es que me has pillado con la guardia baja... y...

—Bueno, ya hablaremos al llegar a casa, ¿vale? Creo que ahora lo principal es que nos llevemos a tu familia de aquí para que puedan descansar.

—¿¿Alguien puede decirme que está pasando aquí?! ¡Que yo no sé apenas

inglés, puñeta! —oigo gritar a mi madre, la cual está con los brazos cruzados y dando golpecitos con el pie en el suelo —. ¿Quién es este señor que está cogiendo la mano de mi niña?

—Por lo visto es el novio de nuestra hija, cariño. Y futuro marido si es que doy mi autorización.

—¿Qué!?! —grita y al ver que mira a Caleb soltando fuego por los ojos me coloco delante de él.

—Mamá... tranquila.

Bufa y mira a Caleb.

—Me da que usted y yo caballero vamos a tener unas cuantas palabras. Ya me explicará que es eso que ha dicho mi marido de que quiere casarse con mi hija. ¡Porque por mi no hay problema, que conste! ¡El problema está en que creo que nos hubiésemos enterado después de la boda! ¿Me equivoco? —le increpa dándole toquitos en el pecho con el dedo índice, mientras lo mira a los ojos con la cabeza totalmente echada hacia atrás como si estuviera mirando un rascacielos.

—Mamá... ya hablaremos en casa. Vamos. Que el aeropuerto no es sitio para hablar de esto.

Mi madre acepta de mala gana, le hago señas a Caleb para irnos y empezamos a caminar.

—No sé porqué nena, pero me da que tu madre me acaba de echar una bronca de tres pares de cojones.

—Te lo dije nene. El huracán Carmen ha llegado a tu vida. ¿Estás seguro de que la quieres como suegra? —le guiño un ojo y me detiene.

—Cariño... aunque fueras la mismísima hija de Satanás te querría en mi vida. Te amo con toda mi alma, mi amor. Solo quiero vivir a tu lado el tiempo que me quede de vida. Quiero cuidarte, quiero tener hijos que tengan tus maravillosos ojos, quiero protegerte, cuidarte y adorarte por toda la eternidad, Frankie. Y si para eso tuviera que pelear con una jauría de coyotes, ten por cierto que lo haría.

Un largo ooh, hace que Caleb y yo miremos en esa dirección. Mi hermana pequeña está llorando como una magdalena al igual que mi madre, y mi padre está mirando a Caleb con una cara de orgullo increíble.

—¿Qué... qué os pasa? ¿Por qué estáis todos así?

—Pues que nos hemos emocionado, hija. ¡Ays Dios mío de mi corazón y de mis entretelas! ¡Ya adoro a mi yerno! —dice mi madre llorando y con la mano

en el corazón.

—Pero... ¿pero tú no decías que no sabías inglés?

—¡Ays hija! ¿Te crees que después de treinta años casada con uno no sabría hablarlo? Una cosa es que en casa no se hablara, cariño, pero otra muy diferente es que tu padre y yo no lo habláramos en la intimidad.

—¡Mamáaaa! Demasiada información, joder.

—¡Esa boca, niña!

—Perdón —le digo bajando la cabeza.

—Caleb —lo llama mi padre y se acerca a él—. Si todo lo que he escuchado, si todo lo que le ha dicho a mi hija es totalmente cierto...

—Lo es —contesta Caleb.

—Déjeme acabar, por favor.

Caleb asiente y me coge de la mano.

—Bien, decía... que si todo lo que he escuchado es cierto... desde ya le digo que tiene mi bendición para casarse con mi hija, señor...

—Carras, Caleb Carras, señor Stevens.

—¡Ostras! ¡Como el cura de la peli el exorcista! —grita mi hermana y mi madre le mete una colleja.

—¡Ays mamá! —se queja mi hermana masajeándose la nuca.

—¡Esa boca niña! —la reprende con la mano preparada para meterle otra. Mi hermana se pone detrás de mi padre buscando protección y le saca la lengua a mi madre. ¡Vaya dos! Me digo descojonándome por dentro.

—Pues bien. —Interrumpe mi padre y saca a mi hermana de su espalda—. Bienvenido a la familia —le ofrece la mano y Caleb se la estrecha. Mi padre tira hacia él y lo abraza —Puedes llamarme Frank, hijo. Será un placer tenerte como yerno.

—Igualmente, señor... esto... Frank.

Mi padre se ríe, me mira y abre sus brazos. Corro a ellos y me abraza muy muy fuerte.

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña mía. Muy muy orgulloso.

—Gracias, papi. Muchas gracias. Te quiero.

—Y yo a ti, mi pequeña terremoto.

—¿Terremoto? —Pregunta Caleb.

—Nada, nada, ya te lo explicaré en otra ocasión, cariño.

—¡Sí! —Yo también tengo anécdotas que contarte de mi hermana, cuñado —le dice guiñándole el ojo a Caleb, por lo que yo carraspeo y niego.

—Cari, me da que voy a ser feliz escuchando esas historias y... no sé, pero me da que me voy a reír un montón con ellas. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas —le dice mi madre—. Esta, aquí donde la ves —le dice señalándome—, era una rebelde de pequeña. Tendrías que haberla vista con un cucharón de madera en la mano, el cual se suponía que estaba en la encimera. Tenía solo quince meses. ¿Te puedes creer que cuando le pregunté que cómo lo había cogido, ella solo me dijo, «vuela a mano»? —Caleb y yo nos miramos de soslayo y a mi madre de nuevo—. Y lo bueno del asunto, es que con los años que han pasado aún no he podido descubrir cómo puñetas cogió ese cucharón del soporte de madera que había en la encimera ¡Ella, una renacuaja que no levantaba un palmo del suelo! —mi madre me mira en plan... ¿me lo explicas? Pero simplemente me encojo de hombros y le sonrío.

—Venga, vámonos a casa —ofrece Caleb para sacarme el marrón de encima—. Ahí os presentaré a mi hermano Ben y a Nayra.

—¿Hermano? Uy uy uyyy. Y... ¿Es tan guapo como tú?

—¡Olga! —grita mi madre— ¡Esas cosas no se dicen! ¡Yo no te he educado así, niña!

—Mamááá, que ya tengo veinticuatro años, ¡no me avergüences por favor!

—Pues compórtate como una señorita, o también acabarás recibiendo unos azotes como le dije ayer a tu hermana. ¡Que aunque tenga cincuenta años aún tengo fuerzas para calentaros el culo!

—¡Eys! A mí no me metas mamá. Ya me bastó ayer. Y sí, Ben es muy guapo, Olga, pero ya está cogido. Lo siento hermanita, pero es tarde para ti.

La escucho bufar y refunfuñar un... «como siempre llego tarde» y Caleb aprieta mi mano.

—Ya me explicarás eso de que mi hermano es muy guapo, cariño.

Sonrío con coquetería y le doy un beso en la mejilla.

—A ver, cielo... una cosa es que no pueda probar el menú, pero la carta soy libre de mirarla. Además, tengo ojos, ¿sabes? Y estos ojos se enamoraron de ti en cuanto te vieron. Así que menos quejas, so petardo.

—¡Bien dicho hermanita! ¡Que nosotras también podemos mirar a un bombón de vez en cuando! ¿Además, para eso están, no? Ya que no podemos disfrutarlos, por lo menos nos alegramos la vista. ¡Qué suerte has tenido hermanita, que suerte! —me dice guiñándole un ojo a Caleb, haciendo que el se sonroje.

Caleb acelera el paso y me arrastra tras él.

—Madre mía, nena... tu hermana parece una come hombres. Sin ofender ¿eh? Pero creo que mi hermano en sus manos no le duraría nada. Me recuerda a la viuda negra.

Me pongo a reír a carcajadas y miro a mi hermana, la cual está enfurruñada porque mi madre le está echando de nuevo otra bronca.

Tras subirnos en el coche y después de un trayecto de hora y media, llegamos al poblado y Caleb aparca delante de casa. En ese mismo momento, Ben aparece sonriendo con Nayra detrás.

—Joder, menudo maromazo —dice mi hermana es castellano, tras lo que recibe una colleja de mi madre.

—¡Ays mamá! ¡Me has hecho daño!

—¡Y más que te dolerá como sigas así! ¡Cierra la boca, Olga!

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Caleb.

—Pues que mi hermana ha sido ver a tu hermano y lo ha llamado maromazo. Y bueno, ya has visto la reacción de mi madre.

Caleb se empieza a partir de risa y sale del coche. Los demás le seguimos y Ben al verme corre a abrazarme.

—¡Hola preciosa! —le devuelvo el abrazo y le beso en la mejilla.

—Vaya, unas tanto y otras tan poco —escucho decir a mi hermana, por lo que le hago una señal con la mirada para que se calle de una vez.

Mi madre carraspea y arrastro a Ben conmigo junto con Nayra.

Ben, Nayra, os presento a mi padre Frank, a mi madre Carmen y a mi hermana Olga.

Los dos se acercan y se dan la mano y dos besos a la española por parte de mi madre y hermana.

Pero como no, mi hermana tenía que liarla y al ver a Ben lo abrazó, le dio dos fuertes besos en la mejilla y después de halagarlo y decirle lo bueno que estaba en castellano, haciendo que mis padres negaran y mi madre bajara la cabeza totalmente avergonzada, se apartó de él moviendo las caderas sensualmente.

Miro a Nayra y la veo sonriendo levemente. Me mira y me guiña un ojo. Se acerca a mí y me susurra al oído.

—Lo siento, Frankie, pero tu hermana no tiene nada que hacer. Ben es mi destino, y lo sabes.

—Claro que lo sé, cariño. Y no le hagas caso a mi hermana por favor. Ella

es así. Pero no lo hace con mala intención.

—Tranquila, Frankie... que tu hermana y yo nos llevaremos bien, ya lo verás.

En ese momento un trueno suena y empieza a llover a cántaros.

—¡Mierda, mi pelo! —Grita mi madre —. ¡Que la peluquería me ha costado un ojo de la cara!

Entramos todos corriendo a casa y nos sacudimos el agua de la ropa.

Pocos minutos después, entra Steven con las maletas de todos en sus manos y bajo sus brazos y Caleb, mi padre y Ben, corren a ayudarlo.

—Qué raro... ¿No oléis a perro mojado, chicos? —dice mi madre mirando a su alrededor.

Caleb y yo nos quedamos tiesos como estatuas y la miramos.

—¿Tenéis un perro en casa? —pregunta mi hermana.

Miro a Caleb y él asiente imperceptiblemente.

—¡Si! —contesto con demasiada efusividad a causa de los nervios—.

Tenemos una mascota. Es como si fuera un... un...

—Un lobo —verifica Caleb —. Y le hace señas a Steven para que salga de la casa. Así que no os asustéis si lo veis por aquí, que aunque sea enorme es muy bueno.

—Ah, ¿no está?

—No...no. Debe estar paseándose por el bosque.

—¿Con este tiempo? Pobrecillo, llegará empapado el pobre.

En ese momento, un enorme lobo color canela aparece por la puerta, entra y se coloca al lado de Caleb.

—¡Madre mía de mi vida, Frankie! ¡Es un perro precioso! ¿De qué raza es? —pregunta mi hermana acercándose a Steven el cual está en su forma lupina.

Se pone en cuclillas y empieza a acariciarle la cabeza, a rascarle detrás de las orejas y le da un beso en todo el morro.

El lobo le devuelve un lametón en la mejilla y mi hermana se empieza a reír.

—¡Ays, Frankie! ¡Creo que me he enamorado! ¡Me encanta! ¡Es precioso!

Caleb, Ben y yo nos miramos y sonreímos porque sabemos lo que le deparará a Steven con el tornado Olga.

—Ven bonito, ven. Vamos a secarte ese precioso pelo con una toalla o pondrás el suelo de la casa perdido. Vamos al baño, guapo.

El lobo gruñe ligeramente y mi hermana lo mira, pone los brazos en jarras y

da un fuerte pisotón en el suelo.

—¡Ah no! Gruñidos no perrito malo. ¡Ven conmigo o no te daré comida de mi plato cuando me pidas! Sé que todos lo hacéis, así que no me mires con esos ojitos de perrito apaleado porque cuando me empeño en algo lo mantengo. ¡Venga, sígueme, guapo! ¡Ven! —le silba al mismo tiempo que se dirige al baño.

Steven la sigue, nos mira y gime.

—Lo siento, cachorro. Pero creo que ha llegado tu yang —le dice Caleb a lo que Steven le gruñe enseñándole los dientes.

CAPÍTULO 22

Un mes después

Si tuviera que decir algo sobre este mes que he tenido a la familia de mi mujer en casa, podría decir que ha sido una auténtica locura.

Su madre era la que llevaba mi casa. La que cocinaba, la que se metía en mi habitación como si fuera la suya y recogía y limpiaba. Me llamaba a gritos a las ocho de la mañana para que me levantara y me decía la típica frase que reza «a quién madruga Dios le ayuda». Y se quedaba tan fresca. Admito que durante una semana tuve ganas de convertirme en lobo delante de ella, pegarle un buen susto y hacer que saliera por patas de mi casa. Pero por Frankie procuraba tener mucha paciencia. Se la veía feliz con su familia revolucionando mi casa, y eso me hacía feliz a mí.

Olga y Steven tenían una relación muy extraña. A ratos se miraban como si quisieran devorarse y a ratos tenían unas broncas monumentales. La última de muchas, fue porque encontró en la habitación de Steven un sujetador suyo y le echó una bronca monumental. Lo llamó pervertido, salido, ladrón de sostenes y unas cuantas lindezas más que Steven tuvo que soportar. ¿Y por qué? Pues porque él no podía defenderse, claro, ya que fue él en forma de lobo el que lo cogió y se lo llevó a su habitación. ¿Y que iba a decirle él? ¿La verdad? Pues no. Así que bajó la cabeza y se dejó embroncar.

La relación entre Ben y Nayra va viento en popa. Hay que decir que esos dos se llevan de maravilla y la atracción mutua que sienten es bestial.

Nayra ha cambiado un poco físicamente este mes. No ha pasado aún por el cambio completo que nos comentó, pero ya aparenta sus dieciocho años y no quince como aparentaba cuando los padres de Frankie llegaron.

La familia de Frankie, al verla se quedó de piedra. Sin embargo, Nayra les dijo que ella se veía igual y así lo dejó. La familia de Frankie igualmente se quedó con la mosca detrás de la oreja pero dejaron pasar el tema.

Y bueno... ¿yo? Pues ahora mismo estoy delante del espejo de mi habitación arreglando la pajarita de mi *smoking*, con mi hermano Ben detrás

preparando los anillos.

Si, hoy es el día de mi boda al fin. Durante todo este mes las mujeres han estado preparándolo todo. Han implicado a todo el clan, a los hombres los pusieron a preparar una preciosa pérgola en el jardín trasero de mi casa. Las mujeres lo arreglaron, lo decoraron y lo dejaron impecable para hoy.

La verdad es que estoy muy orgulloso de toda mi gente. Como su alfa, el ver cómo han aceptado a mi mujer y a su familia... ha hecho que me sienta honrado de tener este clan y de todos y cada uno de ellos.

—¿Listo hermano? Piensa que has de llegar tú al altar antes que la novia.

—Claro que estoy listo, Ben. Llevo preparado para este momento toda mi vida.

Salimos de mi habitación y caminamos por el pasillo en dirección a las escaleras.

Cuando pasamos por la habitación de la madre de Frankie, escuchamos risas y mucho jaleo. Se ve que se lo están pasando bomba.

Sonrío y mi hermano me da un toque en el hombro. Lo miro y me guiña el ojo.

—Vais a ser muy felices, Caleb. Lo sé.

—Yo también lo sé, hermano. Es la mujer de mi vida.

Afirma y bajamos la escalera dejando las risas detrás nuestro.

Bajamos y al llegar a la zona del salón vemos a mi suegro esperándonos sentado en un sillón. Se levanta al vernos y viene hacia nosotros. Me da un fuerte abrazo y otro a mi hermano.

—Quiero que sepas, Caleb, que estoy muy orgulloso de ti y de toda tu familia. He visto lo mucho que queréis todos a Frankie, y sé, que cuando tengamos que volver a España podré irme totalmente tranquilo.

Afirmo y me sonrío. Me devuelve la sonrisa y suspira.

—Aún recuerdo cuando era una niña pequeña y se sentaba en mis rodillas. Le encantaba que le contara la historia de Caperucita y el lobo feroz. Era su cuento favorito. Pero ¿sabes? Nunca me hubiera imaginado que ese cuento se convirtiera en realidad.

Miro a mi suegro con los ojos abiertos como platos y carraspeo incómodo.

—Señor Stevens, yo...

—Tranquilo, hombre, que no pienso decir nada. Mis labios están sellados.

—Pero cómo ha...

—¿Qué cómo lo he averiguado?

Afirmo y él sonríe y niega.

—Digamos... que este viejo tiene mucho tiempo libre y se ha paseado mucho por tus tierras, chico. Admito, que la primera vez que vi lo que se supone que no tenía que saber, casi me dio un patatús... pero aún así, decidí callarme y no decir nada. ¡No quería que tomarais por un loco! —se ríe y coloca su mano en mi hombro—. Pero cuando lo vi en varias ocasiones más y en una de ellas fue Steven el que se convirtió en lobo... digamos que todo me quedó totalmente claro. No te pregunto si Frankie sabe algo, porque tengo la seguridad de que sí lo sabe. Y tampoco te pregunto si tú eres uno de ellos, porque viendo que eres su jefe... el alfa, más bien... sé que es así. Pero tranquilo, ya te digo que por mi parte este secreto se irá conmigo a la tumba. Ni mi mujer ni mi hija están enteradas y nunca sabrán nada. Sé que es un tema muy peliagudo y que no se puede ir aireando por ahí. Así que, Caleb... solo te pido una cosa. Haz feliz a mi hija, ámala con todo tu ser y cuidala, por favor. Te estoy entregando un trocito de mi corazón con ella y solo deseo que sea feliz, muy feliz. No te pido nada más, muchacho.

—Frank. Te doy las gracias por todo. Por ser tan buen hombre, por guardar nuestro secreto, y sobre todo, por haberme dado a tu hija. Solo te digo que puedes quedarte tranquilo. Frankie está en buenas manos. La adoro, la amo con todo mi ser, bueno..., mi lobo y yo la amamos con todo lo que somos. Ninguno de los dos podríamos vivir sin ella, Frank. Eso te lo juro. La voy a hacer feliz. Voy a intentar que siempre tenga una sonrisa en su cara cada día de su vida. Y solo le pido a Dios, que el día que se la tenga que llevar, me lleve con ella. Porque sería incapaz de vivir ni un solo día de mi vida sin tu hija, Frank. Ninguno. Solo quiero que sepas que me he quedado corto diciéndote todo lo que te he dicho, porque lo que siento aquí dentro —le digo tocándome el corazón—, es inmenso.

Me fijo en como Frank tiene los ojos aguados y está aguantando el tipo.

Asiente, me abraza y me da dos palmadas en la mejilla.

—Ahora ya me quedo tranquilo, muchacho. Muy muy tranquilo. Venga, salgamos de aquí de una vez, no sea que bajen las mujeres y nos pillen de cháchara, sabiendo que tendríamos que estar en el altar.

Salimos de casa y nos dirigimos a la parte trasera de la casa.

Mucha gente del clan está ya sentada en las sillas, las cuales están colocadas a ambos lados haciendo un pasillo. Una alfombra roja lo atraviesa desde la salida de la casa hasta el altar, el cual está bajo una preciosa pérgola

blanca. Esta tiene forma de arco, está recubierta de flores silvestres de todos los colores y en la mesa blanca que hay haciendo de altar, dos pequeños ramos de las mismas flores lo decoran.

Las sillas están decoradas con lazos blancos y rojos en los extremos y dentro de cada lazo dos rosas rojas y una blanca central, componen el pequeño *bouquet* que las remata. La verdad es que les ha quedado precioso.

En ese momento la marcha nupcial empieza a sonar y miro hacia la puerta.

Allí está ella y está arrebatadoramente preciosa. Lleva un vestido blanco, con escote cuadrado. La parte de arriba va pegada a su cuerpo y la falda cae muy suelta a su alrededor. Las mangas van pegadas a sus brazos hasta por debajo del codo y desde allí se abren y caen hasta casi rozar el suelo. Los bordados en tonos dorados que lleva en la cintura y alrededor del escote son impresionantes. ¿Dónde habrá encontrado ese vestido? Parece muy antiguo, la verdad.

Frankie me mira, me sonrío y siento como mis piernas empiezan a temblar por dentro. Al fin, al fin va a ser mía por toda la eternidad.

Una niña pequeña del clan, va delante de Frankie y está soltando de una canastita blanca pétalos de rosa rojos y blancos.

Llega hasta mí, me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Se coloca al lado de su madre, la cual está en la esquina de la primera fila y me tira un beso. Me he tenido que aguantar la risa, porque no me esperaba eso de esa enana y he estado a punto de ponerme a reír a carcajadas.

Miro a Frankie y suspiro. Me guiña un ojo, se lo guiño yo y me sonrío. Mi corazón empieza a latir apresuradamente en mi pecho. Madre mía, una sola sonrisa de mi mujer hace que todo mi cuerpo se ponga tonto.

Una vez llega al altar, se coloca a mi lado, le beso los nudillos de su mano derecha y miramos al altar. Allí está el chaman o anciano de la aldea listo para convertirnos en marido y mujer.

—¿Lista? —le susurro.

—Siempre.

Nos damos las manos y miramos al chamán.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para...

En ese mismo momento, una inmensa luz morada empieza a tomar forma al lado del chamán, lo que hace que se quede callado de golpe y nosotros no podamos apartar la mirada.

Escuchamos murmullos detrás nuestro, pero no les hacemos caso.

La luz poco a poco se va desvaneciendo y empieza a formarse la forma de una persona, de una mujer. Una vez que la luz casi ha desaparecido y vemos de quién se trata, un gritito por parte de mi mujer, hace que nos demos cuenta de que es su madre a la que tenemos delante.

—¿Ma... mamá? -pregunta Frankie sin poderse creer lo que ven sus ojos.

—Hola, mi niña -le dice su madre sonriendo dulcemente

—Pero cómo...

—Tranquila, cariño. Ahora os lo contaré todo. Por cierto, veo que el vestido de novia que le entregué ayer a tu madre te queda perfecto. Me honra que lo lleves, mi amor. Es el vestido que hubiera llevado yo si me hubiera llegado a casar.

La madre de Frankie mira detrás nuestro y vemos a Carmen de pie y llorando. Mira a la mujer que tenemos enfrente con cariño y le sonrío, a lo que la verdadera madre de Frankie también le sonrío y asiente.

—Y bien. ¿Cómo iba a perderme la boda de mi hija? Todos sabemos que para una madre, ver a su hija casarse con el amor de su vida es lo que más desea. A parte de su completa felicidad. ¿No es así, Carmen?

Ella asiente entre hipidos y abraza a Frank.

—Mi niña, con permiso de este buen hombre —dice señalando al chamán— me gustaría que me concedierais el inmenso honor de poder casaros yo.

Frankie llora y me mira. Yo asiento y ella, mirándome con todo el amor del mundo, me susurra un te amo y mira a su madre.

—Será un inmenso honor, mamá.

Frankie se gira hacia Carmen, su otra madre y Carmen le tira un beso y le susurra un «te quiero». Su padre le guiña un ojo, pasa el brazo por encima de los hombros de su madre y los dos se sientan. Olga, sin embargo sigue sentada, está estática, pálida incluso y con una cara de «no puedo creerme lo que esto viendo».

Miramos a la madre de Frankie y esperamos a que empiece.

—Muy bien hijos míos. No haremos la tradicional boda que todos conocéis. Para mí, lo más importante son los votos, ya que estos, salen directos del corazón. Así que, chicos por favor, recitad vuestros votos y así todos conoceremos la inmensidad de vuestro amor. Caleb, empieza tú, por favor.

Carraspeo, inspiro hondo y me preparo para abrirle mi corazón a mi mujer. Quiero que todo el mundo sepa cuanto la amo.

—Mi amada Frankie. Hoy es el momento perfecto para hacerte la mayor promesa que he hecho en toda mi existencia, la cual ha sido muy muy larga. Te prometo que eres la persona con la cual quiero recorrer el largo camino de la vida. Eres mi felicidad, mi alma gemela y mi todo. No quiero una vida en la que no estés a mi lado, amor mío; porque una vida sin ti, sin tu luz, sería una vida triste y vacía. Te amo, cariño. Déjame ser tu luz entre las sombras y tu alegría en los momentos de tristeza. Déjame amarte, cariño, porque yo... te amaré hasta el fin de los días.

Frankie llora y ríe a la vez. No deja de mirarme a los ojos y sorbe por la nariz.

—Preciosos votos, Caleb. -me dice su madre sonriendo -. Ahora tú, hija mía.

Frankie mira a su madre, a sus padres y finalmente a mí.

—Caleb, amor mío. Te elijo a ti sobre todo el mundo para caminar contigo en el camino de la vida, para dormir contigo cada noche y abrazarte, para darte consuelo en los malos momentos, para acompañarte en cada una de las aventuras que vivamos juntos. Te elijo a ti para formar una familia y para que cuides de nosotros, y, sobre todo, te elijo a ti para amarte, cuidarte, respetarte y adorarte por toda la eternidad y más allá, cuando Dios se nos quiera llevar. Porque te amo tanto, Caleb, que ni la eternidad me bastará para demostrarte todo mi amor.

Ahora soy yo el que nota como una lágrima se desliza por mi mejilla porque esas palabras me han llegado al alma.

Escucho lloros y gemidos y veo a Carmen llorando desconsoladamente, a Olga también y, lo que se me hace más extraño, a su verdadera madre, a la cual, una brillante lágrima cae por su mejilla. Una lágrima que desprende un brillo increíble. Es como si fuera purpurina plateada.

—Ben, los anillos por favor – Le pide con la voz entrecortada y Ben se acerca.

Abre la cajita y cojo el anillo de Frankie, el anillo que era mío y que le quitaron de su dedo el día que la secuestraron.

—Caleb, es... es...

—Sí, mi amor... finalmente vuelve a ser tuyo.

Frankie me ofrece su mano y le introduzco el anillo en su dedo anular, el cual al llegar al final se estrecha quedando perfectamente acoplado.

—Con este anillo, yo te desposo, Frankie.

Frankie coge un anillo exactamente igual al que le he puesto, pero con un grabado diferente. En vez de una piedra morada hay dos, las cuales están rodeadas por el símbolo del infinito, que es el amor que siento por ella.

Me mira y me coloca el anillo sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

—Con este anillo, Caleb, yo te desposo.

—Bien. Pues ya está hijos míos. Ahora solo me queda decir, que he sido muy feliz de haberos casado y que yo os declaro finalmente marido y mujer. Puedes...

No la dejo terminar y alzo a Frankie de la cintura, me rodea el cuello con sus brazos y nos besamos apasionadamente. La gente estalla en aplausos y vítores y poco después nos separamos y nos echamos a reír por la inmensa felicidad que nos embarga.

—Hija... sé feliz. Desde el otro lado te estaré observando mi amor. Vive, ama y disfruta de lo que la vida te ofrezca. Te quiero, vida mía. Cuídate.

La madre de Frankie le tira un beso, Frankie lo coge con la mano y se la coloca en su pecho, encima de su corazón.

Su madre desaparece poco a poco y miro a Frankie, la cual está llorando de pena y felicidad. Puedo sentir lo que siente en mi interior y es muy muy intenso. Me da que esta mujer a parte de casarnos ha hecho algo más, porque puedo sentir perfectamente todas sus emociones.

—Te quiero mamá... Adiós.

EPÍLOGO

Epílogo

—¡Mamá, sabes que te quiero mucho, pero como no te calles de una maldita vez, me levantaré de la cama y te sacaré a patadas a pesar de las contracciones, que lo sepas! ¡Ya tengo muy claro que tengo que respirar, puñeta! ¡De lo contrario me ahogaría! -le grito y gimo por el fuerte dolor que me está atravesando.

—¡Oye, conmigo no seas sarcástica, niña!

—¡Pues cállate la jodida boca! —grito cuando siento una fuerte contracción recorrerme lo que hace que empuje fuertemente.

—Así cariño, así —me dice Caleb al oído, el cual no se ha separado de mí desde que empecé con la primera contracción hará unas cinco horas.

—¡Venga señora Carras, empuje! ¡Ya le veo la cabecita!

Mi madre se asoma y mira entre las piernas

—¡Es rubia, cariño, rubia! —Mira a Caleb, me mira a mí y frunce el ceño —. ¿También tenías que dar la nota tú? ¿Tus dos padres morenos y tú tenías que salir rubia? A no ser que hayas salido a tu abuela. Ella era rubia. Si... ya veo ya... ¡has salido a tu abuela, mi niña!

Miro a Caleb asustada y niega.

—Déjalo, concéntrate en que nazca nuestro hijo cariño. Sabes que sea como sea lo amaremos.

—Si... lo amaremos.

—Venga que viene otra... ¡empuje señora Carras!

Empujo con todas mis fuerzas y después de un fuerte grito, noto como el bebé sale de mi interior y lo escucho llorar.

—¡Es un niño! —grita la comadrona – un niño perfecto, enorme y sano.

—¡Un niño! —responde mi madre gritando—. ¡Frank, cariño, tenemos un nieto!

En ese momento se abre la puerta de la habitación y entran mi padre, mi hermana, Ben y Nayra, los cuales al ver al bebé se quedan pasmados. Los miro con el ceño fruncido y miro a Caleb para que me explique el porqué de esa reacción.

—Ejem, nena... será mejor que lo veas por ti misma.

Caleb me pasa a nuestro hijo con una enorme sonrisa y al mirar sus rechonchas manitas y su carita regordeta, me fijo en sus ojos y es cuando entiendo su reacción. Sus ojos son de un azul oscuro muy muy brillante... se podría decir que es casi un azul eléctrico. Tiene unos ojos increíbles, perfectos y precisos.

—Es... es... es guapísimo mi amor. Tenemos un hijo guapísimo.

—Y yo que me iba con que era una niña... ¡Siempre haces lo contrario a lo que te digo! ¿Ni haciendo hijos podías hacerme caso, eh?

Nos reímos todos y miro a mi madre.

—Mamá, tengo que decirte que el tema del sexo del bebé depende del padre, no de mí. El que ganó la carrera fue un varón así que... —miro a Caleb y le guiño un ojo.

—Anda que... Pues a ver si para la próxima gana una hembra, así tendréis la parejita.

Me coge al bebé de los brazos y se sienta en el sillón.

—¿A que sí Flavio, a que quieres una hermanita?

—¡¿Flavio?! —gritamos todos en la habitación.

—¡Os pillé! —nos suelta mi madre partiéndose de la risa — tranquilos chicos, que ya sé que lo llamaréis Faustino como mi abuelo en paz descanse.

Al ver que nos hemos quedado todos mudos, nos mira y se pone también seria.

—¡Vale, vale, ya me callo! ¡Que solo era otra broma, chicos! —nos dice refunfuñando por lo bajo —. Bueno a ver, ¿qué nombre le pondréis a este bombón?

—Florencio —suelto guiñando un ojo para que me vean todos y mi madre levanta la cabeza de golpe y me mira.

—¡¿Es que te has vuelto majareta niña!? ¡¿Florencio Carras?! ¡No le pega ni con cola!

Nos ponemos todos a reír y mi madre se da cuenta de que ahora la de la broma he sido yo.

—Me lo merezco, sí señor.

—Se llamará Michael. Michael Carras.

—¡Ays como el Arcangel! —dice mi madre con tanta efusividad, que asusta a Michael y se pone a llorar —. No, no no, mi niño del alma, no pasa nada, cariño, no te asustes —le susurra mientras lo meces y le empieza a cantar una

canción de cuna que solía cantarme mi madre cuando yo era pequeña. Bueno, más que una canción de cuna era una canción romántica de la película Pulgarcita, pero me gustaba tanto que se la hice aprender a mi madre y me la cantaba cada noche antes de acostarme. Y aún la recuerda por lo que veo.

Yo te haré volar, yo seré tu gran amor, juntos llegaremos hasta el sol. Yo te haré soñar, volaremos sin temor, todos nuestros sueños van a ser verdad. Todo lo que más deseas te lo voy a dar. Volarás conmigo siempre, no te dejaré de amar. Yo te haré volar, ven conmigo a descubrir otro nuevo mundo de color. Somos el cielo azul bailando sobre el mar. Cree en mí y yo te haré volar. Todo lo que más deseas te lo voy a dar. Volarás conmigo siempre, no te dejaré de amar. (Tú me harás volar). (Tú serás mi gran amor) Iremos hacia un nuevo mundo de color. Viviremos maravillas. Somos el cielo azul bailando sobre el mar. Eres cuanto quiero. (Eres cuanto siento) Cree en mí y yo te haré volar.

Caleb y yo nos fijamos en que Michael se ha quedado de nuevo dormido.

—Nunca falla, querido, nunca falla, —nos mira y sonrío—. Ya tenéis canción para cuando este bichito llore.

Mi madre me coloca a Michael de nuevo entre mis brazos, me besa, da un beso a Caleb en la mejilla y sale por la puerta con los demás, dejándonos solos a Caleb y a mí.

—Soy muy feliz, Frankie. Me has hecho el hombre más feliz de la tierra. Creía que no se podía amar más de lo que te amo a tí, cariño. Pero a mi hijo... no puedo explicarte el gran amor que siento por él en estos momentos.

—Te entiendo perfectamente, cariño, porque a mí me pasa lo mismo. Os amo tanto, tanto a los dos, que sería imposible de medir. Y soy tan feliz, Caleb, tanto...

—Pues ya somos dos —me repite haciéndome reír.

—Vamos a ser muy felices, ¿verdad?

—Claro que sí, Frankie, vamos a ser completamente felices, mi vida. Yo me ocuparé de eso. ¿Deseas algo más?

—¿Algo más? No, cariño, ya tengo en mi vida todo lo que siempre había soñado, todo. Teniéndote a ti y teniendo a nuestro hijo, Caleb, no deseo nada más.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Arwen McLane es el seudónimo empleado por Laura L.

Nacida en Palma de Mallorca hace cuarenta y tres años, casada y con dos hijos, Arwen disfruta leyendo y escribiendo en su tiempo libre.

La música es su inspiración para escribir y disfruta haciéndolo por las noches ya que es el momento de mayor tranquilidad del día para ella.

Esta es su primera novela publicada en Amazon y espera que no sea la última.

Entre su bibliografía se encuentran los dos primeros libros de la serie Wolf Enterprises, los cuales publicará próximamente.

REDES SOCIALES

Si quieres ponerte en contacto con ella o conocer todas las novedades sobre sus novelas la encontrarás en...

Facebook: Arwen McLane

Instagram: @ArwenMcLane

E-mail: Arwenmclane@gmail.com